

ESPAÑA
EN EL SIGLO XV

ESPAÑA EN EL SIGLO XV.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Don Vicente Campiñá.



SEVILLA

IMPRESA A CARGO DE DON FRANCISCO IBAÑETA
calle de la Cruz, número 11

1849

ESPAÑA EN EL SIGLO XV.

ESPAÑA
EN EL SIGLO XV

ó

EL GITANO.

NOVELA HISTÓRICA

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

por

Don Vicente Campini.

TOMO II.

SEVILLA.

IMPRESA A CARGO DE DON FRANCISCO LIS,
calle de la Cuna, núm. 47.

1849.

ESPAÑA

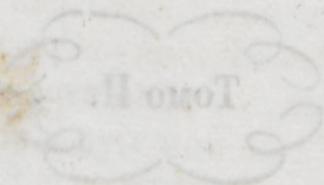
EN EL SIGLO XV

EL GRAN

NOVELA HISTÓRICA

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Don Vicente Campiñal.



SEVILLA.

IMPRESA A CARGO DE DON FRANCISCO IRI
Calle de la Cruz, núm. 47.
1849.

CAPITULO I.

Proyectos.

Despues de la entrevista donde Juana habia visto rechazadas sus pretensiones con una firmeza que no pudo esperar, se encontraba amenazada de una viva y sorda agitacion.

Ya se ha visto que en el arretrato de su cólera habia llegado hasta amenazar al rey con

su resentimiento, y esta circunstancia, demostraba hasta la evidencia lo que podia ocasionar su carácter celoso y vengativo, y la osadia de sus resoluciones. Aborrecia sobre todo al arzobispo, á causa de la mucha influencia que ejercia sobre el rey, y sabia que este no obraba sino con la inspiracion del prelado. Asi es que deseaba ardientemente deshacerse de este incómodo personaje, y siniestros proyectos de venganza se agitaban en el alma de Juana, quien á su vez estaba apoyada por el maestro de Santiago, cuyo poder era bastante grande hácia ella.

Al salir Juana del gabinete del rey, la acompañó Pacheco á su aposento, á fin de concertarse para tomar una determinacion necesaria, en tan graves circunstancias.

Juana; sin manifestar á su consejero los medios que tenia para lograr la regencia, le pidió su dictámen en este asunto. Pacheco aprobó el pensamiento sin ocultarle la dificultad de semejante empresa, y el obstáculo que se hallaba en el acta en que se reconocia á Isabel por heredera de la corona y princesa de Asturias. Pero Juana, que tenia

un carácter atrevido, dispuesto á no dudar del écsito de sus empresas, dijo á Pacheco en contestacion á la dificultad que este le opusiera.

—No es la mas grande ni la mas ancha dificultad para mi, conseguir se efectúen mis proyectos, puesto que encontraré un medio para hacer anular este acta inicua; resultado del fraude y de la violacion mas patente de los derechos de mi hija al trono de Castilla.

—Pero, señora, ¿no puedo saber, atrevióse á preguntar Pacheco, que proyectos son? Oh! este, señor, es mi secreto respondió. Tengo confianza en tí, añadió con singular espresion y tuteando al gran maestro, segun costumbre de los principes españoles respecto á sus favoritos; pero este es un secreto eterno como los goces de las bienaventurados y mudo como el sepulcro.

Pacheco no porfió mas, y se separaron con promesa de verse otra vez, si los acontecimientos lo ecsigian.

Habia tentado la dueña; pero inutilmente cumplir con su mensage. La reina le habia

espresamente recomendado que entregára la carta al mismo Alfonso, y principalmente que no se diera á conocer: pues bien, el jóven caballero estaba siempre con sus amigos, de suerte que Beatriz no habia encontrado una ocasion favorable para cumplir su encargo; asi es que resolvió ir á la misma casa de Alfonso, en una hora un poco adelantada de la noche, á fin de estar mas segura de encontrarlo, y se ha visto ya como lo habia conseguido.

Cuando Juana paseando errante y con impaciencia por el jardin del palacio se encontró con la dueña, y tuvo la certeza del éxito de su billete, volvió á su aposento, habiendo antes presenciado por casualidad, la bajada de Alfonso por la ventana de la favorita.

El amor de Juana al jóven y hermoso capitán tuvo origen desde el dia en que volvió brillante á la corte de su espedicion contra los moros de Granada. En efecto, tuvo ocasion Juana de ver á Alfonso y hablar con él; pero estaba confiada en la guardia del palacio y pudo reparar la perfecta regularidad de sus

facciones, la dulzura de su mirada, y la belleza de toda su persona; fué sorprendida sobre todo por la dignidad de su talante, por su timidez natural, y su modestia que lo hacian un ser esclusivo, en medio de aquella corte prostituida, y aquellos calaveras cortesanos llenos de orgullo, jactancia y frivolidad.

Habíase envanecido largo tiempo de este amor tímido y nuevo para ella, tanto mas profundo, cuanto que era mas incierto y misterioso. Ya habian observado las tiernas y carinosas miradas, con que Juana honraba á Alfonso y la secreta inclinacion que sentia por él lo que dió lugar á perniciosas observaciones y picantes chanzas, de que era la reina el objeto.

Respecto á Alfonso acogia aquellas espressiones secretas, con una indiferencia tal, que hacia presumir, el poco efecto que producian en él, pues su corazon enteramente abandonado al amor puro de Catalina, y luego sea dicho de paso, era de aquellas naturalezas leales, sinceras y delicadas, que considerando el amor un ídolo, le tributa culto y

no saben dividir su ternura. Despues la vida escandalosa de la reina, y sus amores con el conde de Ledesma, ponian entre los dos una barrera insuperable.

Pero el amor de Juana se habia aumentado considerablemente con las victorias que Alfonso habia conseguido en Andalucia, victorias que habian aumentado su renombre. Por el contrario, él habia olvidado completamente el tierno interés con que la reina le honrara no recordando mas que á Catalina.

El incidente de que fué testigo produjo en ella un placer por el engaño de que era victima su esposo, riendo de él en union de Beatriz, pero de vuelta á su aposento tomó su gravedad habitual, mandó á la dueña colocase el plumero sobre la mesa; puso ella misma á su lado la hebilla y ordenó á Beatriz que se retirase.

Apenas la dueña salió, se levantó la tapiceria por donde acostumbraba salir el Gitano y se presentó este.

--Siempre puntual, le dijo Juana con cumplimiento.

—Siempre dichoso en satisfacer los deseos

de V. A. señora, dijo inclinándose respetuosamente: perdonad si me atrevo á preguntaros que os ha producido la sustancia que os traje anteayer noche.

—Tuve extraordinarias visiones que me produjeron una mezcla confusa de gozo y de dolor, de penas y placeres, de satisfacciones y disgustos: me levanté con la cabeza muy débil y el cuerpo lánguido y estoy dudosa en tentar otra prueba. Pero dejemos eso; otras cosas mas interesantes me ocupan y por eso te he mandado llamar.

—Estoy dispuesto á escucharos y á ejecutar vuestras ordenes, cualesquiera que sean, respondió el Gitano despues de un momento de silencio.

—Cualesquiera que sean? preguntó Juana examinando la mirada de Pedro. Cualesquiera que sean repitió; has reflexionado bien la fuerza de estas palabras?

—Señora, jamas prometo lo que no puedo cumplir.

—Pues bien, replicó la reina, sentándose y haciendo señal al Gitano para que la efectuára, puedo contar siempre con tu fuerte brazo y tu corazon de bronce?

—Siempre, contestó Mudarra sin titubear.

—Entonces, ya es ocasion que me pruebes que no he hecho mal al depositar en tí mi confianza.

—Hablad, señora, que deciais? dijo Pedro con resolucion.

—Un gran servicio; sin tu ausilio no puedo conseguir la regencia y mi hija no reinará en España, gracias al influjo de infames consejeros que arruinan la patria. Si; el rey desoyó las proposiciones que el deber de madre y reina me hizo someter á su dictámen; pero él no quiere anular el acta por la que fué su hija despojada de sus derechos y reconocida como heredera del trono Isabel. Nada ha podido convencerle; ni los ruegos, súplicas ni las amenazas; resueltamente me ha dicho que bien ó mal ya está hecho. Mas ah! no hay que admirarse de ello, está aconsejado por el Maestre de Santiago, el tesorero Andrés de Cabrera.

—Si, dijo Mudarra; dos astutas vulpejas que no se dejan facilmente rastrear. Aseguran que uno de ellos se entrega á la alquimia, y tratando de ganar las almas para el cielo, está buscando el oro sobre la tierra.

CAPITULO II.

Proyectos.

(Continuacion.)

Aun hay mas, el arzobispo y Cabrera preparan la reconciliacion del rey con los infantes: ya efectuada, vendrán á la corte y ayudados por los dos cortesanos ganarán el favor de Enrique y veré perdidos los derechos de mi hija que la alejarán, y á mí, no solo del trono sino quizás de España; asi lo han propuesto; pero á todo trance quiero impedirlo; quiero disputar hasta el fin los derechos de mi hija, los míos, y hacer por último triunfar la justicia; no quiero que sacrifiquen mis intereses, mi honor y mi dignidad. Ah! si triunfan, les ha de costar caro. Ahora bien, continuó Juana, cuando un oprimido demasiado débil gime bajo el yugo de su opresor que le despoja de los derechos mas sagrados y no puede esperar ni del cielo ni de los

hombres justicia, porque nada han conseguido sus votos, sus quejas, sus súplicas, la debe tomar ella misma siendo todos los medios que se emplean para ello justos, por mas criminales que parezcan.

—Es verdad, dijo el Gitano con sangre fria.

Juana satisfecha de haber sido comprendida, continuó.

—El mejor medio es matar á mis enemigos.

—Seguramente, contestó Pedro, y mas cuando no se cree en espectros ni visiones.

—No hay mejor medio que destruir; de esta manera se consigue que sea mas duradero el tiempo, repuso Juana. Este es mi proyecto: esperanza tengo en mi solamente y cuento contigo para llevarlo á cabo: asi me lo has prometido; y repitió las mismas palabras de Mudarra: «Estoy dispuesto á ejecutar vuestras órdenes cualesquiera que sean: ¿es verdad que no son una vana promesa?»

—No señora, nunca me retracto, respondió con firmeza.

—Pues bien, con esos dos hombres emplea el puñal, el veneno, lo que quieras con tal que

vengues los derechos de tu reina y mi hija. Especialmente con el arzobispo que es mi mayor enemigo y goza gran reputacion y prestigio entre los otros; respecto á Cabrera... le estimo, cortés; aunque astuto y sagaz, no es peligroso y podremos obtener satisfaccion de él; su ambicion le hace afiliarse al partido mas fuerte ó mas dichoso, y una vez unido á nosotros, será el mas fiel servidor. Este es Pedro, el sacrificio que te ecsijo; esto es lo que quiero deber á tu promesa estremada.

—El arzobispo de Toledo... repitió el Gitano pensativo y como queriendo recordar este nombre.

—Si, dijo Juana, es menester que muera; dejo á tu eleccion el medio de llevarlo á efecto.

—Dicen que es un santo hombre; dijo Pedro manifestando alguna repugnancia de manchar sus manos con la sangre de un hombre revestido de carácter tan sagrado.

—Y qué importa! exclamó Juana con resolucion, si es un obstáculo que se opone á nuestra empresa, y por otra parte es un hombre perverso, y como tú mismo decias, que aparentando ganar almas para el cielo, aco-

pia el oro en la tierra. Sobre todo, de no acabar con él, todo será en valde, pues muerto, el rey sabrá gavararse el corazon de los infantes, de la misma manera que ha sabido captarse el del rey, y por el contrario muertos los dos, consigo en el acto la regencia, consigo declarar nulo y de ningun valor el acta en que se reconoce á Isabel como heredera de la corona de Castilla, y entonces... reinaré en lugar de mi hija. Comprendo lo alagüeño que es esto, ¡gobernar! sí, seré dueña absoluta en el Estado: dispondré de todos los destinos; haré á mi antojo la paz ó la guerra; miraré subyugados y confundidos á mis enemigos; ¡oh placer de la venganza! Pues bien, entonces tendré lugar para favorecer á los que han coadyuvado á mis intentos. ¿Calculas Pedro el porvenir que te espera? una vez reina, tu destino está unido al mio. Te haré baron, marqués, conde, te nombraré uno de mis consejeros; te haré si lo anhelas mi primer ministro. Mira ahora si te interesa que se cumpla mi proyecto.

Escuchaba atento el Gitano, y en su mirada se conocia que participaba de la esaltacion de

la reina, y que la ambicion y la vergüenza eran ya dueñas de su corazon

Cuando Juana concluyó de hablar, le dijo Pedro:

—¿Creeis que sea necesariamente absoluta esta muerte, para que se cumpla ese brillante destino?

—Sí, absolutamente necesario, contestó Juana.

—Pues que mueran! dijo el Gitano con voz lúgubre, si, que mueran, os he jurado obediencia y tengo que cumplir mi promesa: sabedlo, señora, un poder infernal une nuestros destinos, vuestra voz me hace ángel ó demonio á su antojo, me habeis pedido que arranque dos vidas ¡ay! Enrique de Castilla, Alfonso de Carrillo, no tardareis en demandar ante Dios el eterno juicio de vuestras almas. Pero ante todo, preguntô el Gitano exaltándose cada vez mas; si ellos mueren, vuestro poder es infalible, y si gobernais, seré baron, marqués, conde, consejero real, vuestro ministro en fin. Ah! entonces no seré aquel Gitano que todos despreciaban, porque tendré honores,

fausto, grandeza, dejaré la miserable choza por los suntuosos salones, ¿no es verdad? Ah! Enrique de Castilla, Alfonso de Carrillo, mi ambicion es muy grande y no hay mas oposicion que vuestras vidas; no tardareis en presentaros ante el juicio de Dios. Pero si no se realiza, si circunstancias inesperadas lo destruyen todo, entonces ¿cual es el destino que nos espera? á mi el cadalso, la horca, de que milagrosamente escapé, y á vos... nada; los débiles son los que perecen inicuamente.

—Pero, y tus promesas? respondió con aire tranquilo la reina; tienes escrúpulos? yo creia hablar con un hombre de un temple superior, y me veo que es un ente vulgar temeroso de comprometerse.

—No, eso no, jamás retrocedo ante el peligro; lo que os he dicho fué por mera precaucion.

—Crees que en las grandes empresas no hay que arriesgar? Pero confia en mi, cuando el peligro redunda tambien en perjuicio mio crees que te abandonaré? Si por una fatalidad se frustra nuestra empresa, ya sabes que no soy ingrata.

—Perdonadme, señora, dijo Mudarra subyugado mas por las palabras de la reina que por su mirada fascinadora: perdonadme, he dudado de vos: en adelante no vacilaré: quizás seais intérprete del cielo que para bien de la España anhela este sangriento sacrificio; pues en buen hora yo seré el ejecutor de la justicia divina.

Cuando concluyó de hablar, se levantó Juana, cogió un misal, y apocresimándose al Gitano le dijo:

—Júrame sobre este santo libro cumplir la promesa que autes me has hecho: júrame que morirá el rey y el arzobispo de Toledo.

—Para qué? dijo interrumpiéndola; para jurar sobre ese libro, era necesario tener religion.

—Ninguna.

—No creéis en Dios?

—Abandonado, errante, desterrado, fugitivo, qué religion podia aprender?...

—Hace mucho tiempo que solo sé creer en vos: cuánto me alegro haber ignorado su existencia! entonces... de haberlo pronunciado seria para maldecirlo.

—Desgraciado, murmuró la reina santiguándose.

—Por lo demas, prometo y cumplo: si creyera en Dios, tal vez no os prometeria nada.

Juana no insistió en que jurase: despues de colocar el misal sobre la mesa, le preguntó:

—Pero al menos puedo contar contigo?

—Jamás prometo con ligereza, pero cuando lo hago, señora lo cumplo.

--Bien, añadió: voy á rogar al eterno por el buen écsito de tan justa empresa; sé firme y prudente: la España te bendecirá; que no te vuelva á ver hasta que estén cumplidos los destinos. El arzobispo está solo en su casa de noche: respecto al rey, yo misma te preveniré las ocasiones, que no pueden tardar en presentarse, y ejercerás tu particular talento de componer y administrar esos narcóticos; ya lo sabes todo.

Cogia el Gitano la capa que maquinalmente habia arrojado sobre el mismo sitio en que habia colocado el plumero y hebilla de Alfonso, cuando por descuido lo dejó caer: al colocarlo sobre la mesa, dijo sin intencion á la reina.

--Ved un hermoso plumero blanco, apostaria que es de don Alfonso de Córdoba ó lleva uno muy parecido. La reina echó una mirada indagadora sobre el Gitano y le preguntó con tono natural:

--Conoces á don Alfonso?

--De vista como á todos los cortesanos; pero nunca he hablado con él; mas ayer vagando en la orilla del Eresma lo ví pasar cerca de mí; llamóme la atencion su plumero y entonces pude observar que iba melancólico y pensativo.

La observacion del Gitano fué un rayo de luz para la reina como lo habia sido para él el plumero, mas los dos supieron disimular los efectos de este descubrimiento.

Pedro despues de saludar profundamente á la reina, levantó la tapiceria que ocultaba tras si la puerta y desapareció.

Juana pasó al oratorio donde por algun tiempo estuvo rezando; cuando concluyó fué á tomar el descanso que tan necesario es despues de un dia tan fértil de emociones como el que acababa de terminar.

CAPITULO III.

La caza del javalí.

Gran movimiento de guardias se observaba á la siguiente mañana en el alcázar de Segovia. Cansado Enrique de los negocios á que un momento se dedicára, buscaba de nuevo los placeres que por tan corto tiempo habia abandonado. Aquella alma indolente y afeminada no habia escuchado sino por un instante los saludables consejos que le diera Catalina de Sandoval; así que al dia siguiente, no obstante el chasco de la noche anterior, se habia levantado temprano gozoso, pues la víspera habia prevenido á sus cortesanos que pensaba dedicar el prócsimo dia á la caza del javalí. Esperábanlo en la contigua sala á la de la audiencia donde despachaba de priesa algunos negocios urgentes, todos los jóvenes que hemos visto figurar en esta novela, ves-

tian trage de caza: chaqueta de terciopelo ó paño, un cinturón de cuero, una espada corta y un cuchillo de monte, unas botas de piel de búfalo adornadas con espuelas de plata, y un ancho sombrero chambergo con una pluma blanca ó verde diferenciándose del rey, que en vez de chaqueta llevaba casaca, el cinturón barnizado y las espuelas de oro.

La audiencia concluyó con satisfacción del monarca, bajó seguido del arzobispo, del maestro de Santiago don Andrés de Cabrera y los demás cortesanos, donde lo esperaba un hermoso corcel.

Apenas llegaron, el prelado pidió permiso al rey para retirarse, que al instante le fué concedido.

Antes de montar, Enrique dirigió al rededor una mirada indagadora cuando se vió aparecer sobre un fogoso caballo ricamente enjaezado, una hermosa jóven vestida de amazona: esta jóven era Catalina de Sandoval; estaba encantadora con su nuevo trage: un sombrero adornado con plumas blancas que apenas podia sostener su hermosa cabeza poblada de rizos que flotaban al aire, y daban

realce á su hermosura: su pequeña cintura la ajustaba su amazona azul celeste, y dibujaba un talle elegante y flexible.

El rey le habia rogado que asistiese, y sea por complacerlo ó por curiosidad, satisfizo su deseo.

Al verla aparecer Enrique, se pintó en su semblante toda la satisfaccion que experimentaba. Enrique tomó las bridas de su caballo; un escudero se acercó y le entregó una bocina, pasó el cordón que para sostenerla tenia al rededor de su cuello y montó.

Durante las escenas interiores se observaban dos de los personajes que por la seriedad que se mostraban y las miradas de desprecio que se dirigian, era fácil calcular el ódio que reinaba en su corazón. Su actitud indicaba que esperaban una ocasion para renovar, el apenas pasado desafio.

A caballo, dijo Enrique, y metiendo espuelas al suyo, salió seguido de su comitiva por el bajado puente levadizo. Un momento despues estaban en el campo.

A la izquierda de Enrique marchaba Catalina de Sandoval, y á su derecha don Andrés

de Cabrera con los que alternaba á ratos en su conversacion. Pacheco al lado de Catalina, sufría en silencio por la posicion ventajosa de su rival. El condestable don Hernan de Velasco y el conde Haro, marchaban algo mas atrás: el resto de la comitiva iba sin orden.

Enrique procuraba con la mayor amabilidad alejar de si los desdenes de Catalina, efecto de la visita que la noche anterior le hizo; pero ella, mostrándose insensible, daba á entender que asuntos mas elevados la ocupaban.

—Espero que será para vos señorita una diversion agradable, y para mi mucho mas, porque tengo el placer de veros á mi lado y reconciliada con tan noble ejercicio.

—Es verdad, pero os haré una esplicacion de como me gusta, dijo Catalina.

—Decid.

—Cuando es un verdadero recreo y no se perjudican intereses tan sagrados como los de un pueblo.

—Enhorabuena, respondió Enrique, eso es hablar con talento y volviéndose hácia Cabrera, dijo: os repito que no podria escoger consejero mas prudente. Si fuese llamada á rei-

nar, ¡qué felices serian sus vasallos!

—Ya os he dicho, replicó Catalina, de la manera que comprendo el medio de hacer feliz á la España, no olvidéis que solo asi se puede conseguir tan sagrado objeto.

—Imposible parece un discurso tan juicioso en boca de una jóven, lo habeis oido? dijo don Enrique á Cabrera.

—En otra ocasion, en union de S. E. el señor arzobispo, he tenido el gusto de apreciar cuanto valen los talentos de esa señorita, en negocios de entidad y la rectitud del juicio.

—Supongo que os habrá aconsejado lo que debéis hacer con esos que rodean el trono y que son pérfidos consejeros, que solo atienden á su ambicion y su interés particular aunque perezca la nacion, dijo Cabrera echando una mirada de desprecio sobre Pacheco, y en vista de esto nosotros no conocemos que hay algunos que se oponen á la reconciliacion de los infantes con el fin de que jamas haya union entre los españoles?

Esta observacion hecha por Cabrera con tan marcada intencion, produjo una esaltacion tan visible en Pacheco, que se cono-

cia lo difícil que era dominarse. El rey no haciendo caso de ello, solamente contestó.

— Otra cosa nos ha traído aquí, dejemos los negocios políticos: y volviéndose á Catalina sonriendo añadió:

— Quiero señorita nombraros mi único consejero privado.

— Hablais de broma, repuso Catalina; pero... ojalá que vuestros consejeros os hubiesen hecho oír la verdad como yo, la España habria sido feliz; pero cuando los que rodean al príncipe todos quieren engañarle y él tiene la debilidad de dejarse engañar, los negocios se separan del recto camino y llega un momento en que el pueblo cansado se levanta como un solo hombre para derribarlo; Enrique ese dia quizás no está muy lejos para vos.

— En verdad, dijo Enrique, es una advertencia fatal y poco apropiado al lugar en que estamos, cuando acaban de desalojar un javalí que no tendrá su cubil. Los picadores están muy lejos de nosotros y oigo su bocina: ya estamos cerca.

El javalí se acababa de descubrir y con

admirable rapidéz habia dejado su estrecho aposento para internarse en el bosque: desataron los perros y la trahilla se lanzó en persecucion del animal. Casi tres cuartos de hora habia durado la conversacion sin que nadie los distrajese.

Enrique no obstante dijo á Catalina:

—Si los negocios van malos no será por falta nuestra; si pecamos tampoco nuestros consejos son la causa.

—Si quereis salvaros escuchad mis consejos, sino vuestra ruina es segura; pensadlo bien.

Mientras pasaba este diálogo entre Catalina y el rey, otra no menos animada conversacion ocupaba á los demás cortesanos que acompañaban al rey.

—No lo dije, señores, que S. A. no tardaria en buscar los placeres como antes? Hoy la caza; á la noche el refresco, donde no faltareis.

—No ciertamente, dijeron Pacheco y el conde de Paredes: debemos festejar á S. A. pues que adjura de su errores.

—Pero que idea, dijo Villadrando, la de



querer alejar de tan antiguas costumbres á Enrique? Que habríamos hecho en medio de aquella corte tan triste y silenciosa? Tuvo una bella idea la señorita de Sandoval. Si ella no goza, por qué impedir que los demas lo hagan? y si quiere ser monja, séalo, pero no es razon para que el rey se haga fraile.

—Yo creo que no pudiendo convertir á S. A. dijo Benavente, morirá sin penitencia.

—Quiéralo Dios, añadió Pacheco, para nuestra satisfaccion y la suya.

—Qué importa, dijo Santillana, que los negocios públicos vayan mal, si los nuestros van bien? qué importa que roben siempre que no seamos nosotros?

Aunque todos cumplen contra mí la sátira, repuso Pacheco, sostendré contra todos, que un rey ha nacido para gozar y divertir á los demas: para trabajar están los ministros.

—Ya veo que estamos conforme en este punto, dijo Santillana no olvideis, añadió como por reflexion, que la reunion esta noche es en mi casa y deberá hallarse S. A.

—Eso lo sabemos: pero estará tambien la favorita? preguntó Pacheco.

—La hemos instado, repuso Santillana; pero si falta no dejarán de ir otras hermosas á quienes he convidado.

—Nunca olvida nada el marqués, replicó Benavente. No observais con qué gracia maneja las bridas de su palafren la señorita?

—Es verdad, dijo Paredes, ah! es un animal muy hermoso.

—Quien, la favorita? preguntó riendo á carcajadas Santillana.

—No, replicó Jorge con sangre fria; hablo del caballo, miradlo bien, es hermoso: no hay otro mejor en las caballerizas reales.

—A propósito Santillana; dijo Rodriguez mirando el caballo que este montaba ¿es ese el famoso alazan que nos hicisteis ver!

—El mismo, repuso el marqués.

—Lindo animal, repuso Rodriguez, es hermoso!

—La caza llegó á apoderarse un instante y despues de la charlataneria de los favoritos; el condestable volvió su caballo y al momento se reunió con ellos.

—Quereis decirme marques, dijo Benavente con aquel aire y tono burlon que le

era tan familiar, ¿cuando es que los ciervos echan sus primeras astas?

— Hermosa cuestion á la verdad, contestó Benavente, á los dos años empiezan y al tercero todos los que deben tener.

— A su tercero deben llevar cuatro, seis ú ocho, el cuarto diez ó doce y al sétimo es cuando tienen todos los que pueden tener.

— Bien, marqués de Benavente! exclamó el condestable.

— Pero vos marqués de Santillana, que tan instruido en este punto sois, podreis decirme en que se conoce un ciervo viejo?

— Con mucho gusto, señor conde de Haro: cuando tienen la circunferencia del rodete ancha gruesa y dura y rodete se sabe que es la parte de la cabeza en que nace el asta.

Segunda cuando el asta está bruñida y es gruesa; y tercera cuando las goteras son anchas y grandes; supongo que sabeis que goteras son las endiduras que se observan en la estension del cuerno.

— Es menester confesar por san Jorge, exclamó Pacheco, que esta leccion está he-

cha de intento y á tiempo.

Rodriguez hizo observar que en la caza el javali era mas dificil de matar.

— A mi, dijo Jorge, tanto me importa donde se ceba el ciervo, como donde hace sus roeduras el javali, hablando en términos de monteros, lo que sé es perseguirla donde sale y con ayuda de mi jauría los alcanzo como si conociese perfectamente todos los por menores de la montería

--Corriente, pero convendreis en que el hombre que se dedica á tan noble ejercicio debe conocer aunque no sean mas que las principales nociones.

--Convenido, pero en mi juicio, vale mas la práctica que la teoría.

--La una no impide la otra, replicó Haro al conde.

--Asi pues, podria el señor conde de Paredes esplicarnos qué nombre se dá á la acción del javali cuando tiene su querencia en los prados? dijo Santillana envanecido con sus conocimientos.

--Si no me engaño hozar la tierra, respondió el conde con resolucion.

—Bien, contestó Santillana, haciendo á la vez de censor é interrogador, y si pasase la noche por casualidad en el coto?

—Diria que hizo su querencia en el coto ó escarbando.

Lo mismo si ha ido á buscar los escondrijos del risco, las bellotas y otros frutos que diré: el javalí hozó por aqui y ha herbajado por allí si descubro que pastó la hierba en los prados.

—Que os parece, no es cierto que no soy enteramente extraño á la teoría?

—Es verdad, y os felicito por vuestra instruccion.

—Veamos Maestro montero, como reconocierais la longitud de un jabalí en su rebolcadero ó cubil? preguntó Benavente con la mayor alegría.

—Nada mas facil respondiò moderando el ardor de su corcel, conoceré si el javalí es grande, viendo su longitud, latitud y profundidad del mismo modo. Tambien por las hierbas que tocára, porque despues de revolcarse sale y señala ensuciando la altura sus hojas. Hasta la circunferencia de sus

colmillos , puede conocerse examinando el árbol donde fué á cebar su furia despues de perseguirlo los perros, que tambien nos indican su altura.

--Como se debe cazar el javalí y prenderlo cuando se corren con galgos, y como haremos nosotros pronto?

--Efectivamente , el ejemplo no podria ser mas esacto, respondió Santillana, á mi modo de ver en un principio no se debe acometer un javali en su tercer año, á fin de prenderlo por fuerza, porque corre mas que un ciervo; mas cuando ha llegado á los cuatro años, puede cogérselo con facilidad. Ahora bien, si un montero levanta un javalí de cuatro años en alguna mañana, debe observar si se ha retirado temprano á su cubil, porque ordinariamente los javalies que esperan para retirarse á que amanezca, siguen largo tiempo los caminos y sobre todo en los que hay jabuco, fruto de la olla de que son muy ansiosos y prefieren á todo para su alimento. Entonces son muy atrevidos y maltratan á los perros, sin embargo en estos casos un cazador bien armado no debe temer el acer-

earse, ó en caso desviarse el mas corto trecho posible.

Santillana iba á continuar cuando á lo lejos sonó una trompeta.

—Señores, dijo D. Diego deteniendo su caballo, creo haber oído tocar la desemboscada, habrá sido acosado por los picadores que nos han tomado la delantera? y salieron todos en seguida al trote.

—El javalí no puede estar acosado todavía, cuanto mas lanzado, dijo Santillana respondiendo á la cuestion de Diego. El animal poco atento no habrá querido esperarnos.

—Apresuremos el paso replicó Diego. S. A. nos dá el ejemplo poniendo su corcel á un galope moderado é imitado por todos sus compañeros, alcanzaron al rey,

—Señores, añadió Santillana, pensamos ahora en observar los movimientos del enemigo, y entregemonos á este noble arte de la montería, tan fértil en emociones de toda especie.

—Conde de Paredes, dijo Rodriguez, vuestro venablo me parece un poco corto, si acaso el animal se arrojara sobre vos tened cui-

dado de sus golpes, y mantenedlo en distancia.

—Ah! mi chuzo será bastante largo para entrar en su garganta, respondió el conde. Además de eso, tengo una corta espada, y sólida del mejor acero, y por san San Jorge! si el señor javali se me presenta, será bien recibido, respondo yo de eso...

En este momento toda la comitiva, menos el gran maestro de Santiago y Andrés de Cabrera, de que tendremos pronto la ocasión de explicar la ausencia, habia llegado á un lugar pantanoso lleno de aulagas y altas yerbas. Situado cerca media légua del bosque de Balsain, este lugar, guarida habitual de los javalies, era de una entrada muy dificultosa para los hombres como para los caballos que se hundian en ciertas partes y tenian mucho trabajo para salir.

El javali perseguido era un animal arrogante y vigoroso, cuyos formidables colmillos dejaban bastantemente conocer, que estaba dispuesto á vender cara su vida.

Acosado ya por los perros en el bosque de Balsain, en donde el animal habia buscado momentáneamente un refugio, forzado en

esta posicion, habia encontrado medio de ganar lo llano ,y volver á su sitio cenagoso.

La caza estaba entonces en su momento mas interesante. El javali furioso, los caballos llenos de ardor y luchando de ligereza, los ginetes intrépidos diestros, é infatigables rivalizando de audacia y animándose con el gesto y la voz; luego en medio de todo este movimiento los ladridos de los perros y los sonidos majestuosos de la bocina oidos á lo lejos, todo esto formaban una de aquellas escenas fecundas en emocion que solo los cazadores, pueden comprender el encanto y embriaguéz.

Por lo demas la caza estaba toda desparramada. Santillana y sus amigos serán de los mas animados en persecuimiento del javali, el rey acompañado del condestable y seguidos de algunos de su gente, parecia no querer perder de vista á Catalina. Procuraba siempre acercarse á ella. Esta seguia la caza con ardor, y montada sobre el mas ardiente palafren escogido espresamente para ella parecia deleitarse en dejar desalentar al infortunado monarca y que el galope

un poco firme de su caballo, empezaba á cancar de una cruel manera.

Sin embargo, en el momento en que el javali, acosado por todas partes parecia cerca á sucumbir bajo los esfuerzos reunidos de sus numerosos embestidores, sucedió que un jabato en su tercer año como se decia entonces, atravesó el camino del animal perseguido. Los perros engañados hecháronse sobre esta nueva huella. Solamente algunos viejos de estos cuyo olfato era sutil y ejercitado no se dejaron engañar tan facilmente, quedaron sobre la buena pista, todos los cazadores se habian dejado desviar, y no sabian á que perros atenerse ó á los que siguieron el jabato, ó bien los que permanecieron en el rastro. Cada uno esperaba salir con impaciencia y ansiedad de esta perplejidad, el buen D. Enrique aunque no era un hábil cazador tenia sin embargo esperiencia. Habíase concretado á seguir los perros no desviados, y lanzó vigorosamente su caballo detrás de la cuadrilla inteligente, quien en este momento redoblada de ardor practicaba todas las astucias de su olfato para

encontrar el animal rastreado. Encontrábase solo en este momento por la mucha rapidéz que habia puesto en seguir la huella de los perros en traza de javalí.

Llegando de repente sobre un pequeño sendero, rodeado de altas yerbas apiñadas y pantanosas, por cuyo terreno ofrecia, sin embargo una conveniente resistencia para los pies del caballo; éste, guiado por el instinto, no parecia adelantar sino con temor; se enderezaron sus orejas, y las piernas delanteras se plantaron en batural, las de atrás aflojaron un poco, y todo anunciaba en él un repentino espanto, causado por la procsimidad de cualquier peligro, ó la presencia de un enemigo oculto. En efecto, oyóse al instante un terrible gruñido, porque el javalí acosado ya por los perros, salió de repente de su abrigo cenagoso, y no haciendo caso de la cuadrilla por un enemigo que le parecia ser mas formidable, arrojóse el feróz animal sobre el rey, ó mas bien sobre su caballo.

El noble animal recibió un furioso golpe que le abrió el vientre, mientras que el rey, dirigiendo contra él su venablo, le deseargó

un rudo golpe. Pero la impetuosidad con que el arma fué dirigida habia sido tan grande, que le faltó por haber calculado mal el alcance de este golpe, y añadiendo á todo esto, el peso del arma con el de su cuerpo, determinó su caída. Pero sin embargo, no fué una caída, sino bajó mas bien de su caballo.

Desde que Enrique se vió en el suelo, asió su espada corta y afilada, con una valentia hecha mas urgente por el sentimiento de su conservacion tan terriblemente amenazada, y se adelantó resueltamente contra el javalí.

Por lo demás, instado este por los perros, estaba perplejo, sin embargo, olvidó á sus enemigos cuadrúpedos para arrojarse sobre el de dos pies, que juzgaba mas peligroso. Preparábase para traspasar de parte á parte á su temible antagonista; mas por una nueva fatalidad, en el momento en que Enrique dirigia su arma para hundirla en la garganta del javalí, su pié mal afianzado, resbaló y volvió á caer; debió su salvacion á esta misma caída, porque el animal se precipitó sobre él con furor. Pero el terrible golpe dirigido contra el rey faltóle á su vez: rasgóle solamente el

faldon de su vestido, lastimó un poco el muslo, y le hizo venir abajo de una manera bastante graciosa. No obstante, la posicion del rey era de las mas criticas, á pesar de los vivos ataques de la cuadrilla que no cesaba de hostigar al animal. La bestia feróz mas exasperada que nunca, iba otra vez á embestir, y era de temer, que en el momento que el rey volviese á levantar, se arrojase sobre él, y lo hiriese peligrosamente con un golpe de sus colmillos, lo que infaliblemente hubiera sucedido, si Catalina reconociendo el sonido de la bocina real, y tomando la delantera á toda la comitiva, no lo hubiese al instante socorrido.

Efectivamente, no estaba muy lejos del lugar en donde el javali acababa de salir. Guiada mas bien por la curiosidad que por el pensamiento de ser util á una persona espuesta, dirigióse á rienda suelta hácia el punto de donde el estrépito del instrumento parecia salir, y llegó alli al instante.

Desde que vió al rey en aquella peligrosa situacion, y no escuchando mas que un sentimiento de humanidad, no titubeó en socor-

rerlo; sino al contrario, saltando ligeramente de su corcél, fué á recoger el chuzo de Enrique, y mientras que el javalí estaba ocupado en la doble tarea de arrostrar la cuadrilla encarnecida contra él maltratada, le hundió el venablo en la garganta, y lo tendió á sus piés, con tanta destreza, vigor, y celeridad varoniles, que Enrique se quedó estupefacto, y parecia no poder dar crédito á sus ojos. Pero como el animal no habia sido matado del golpe, lo acahó con su corta espada, y no supo lo que debia mas admirar, si la conducta briosa de la jóven, ó su maravillosa destreza.

Al momento toda la gente llegó al lugar de la escena, en que el rey acababa de correr un peligro tan grande. El javalí estaba allí yaciendo y sangriento en el suelo. Enrique todo ensuciado de barro y en un desórden de adorno suficientemente esplicado por la terrible lucha que acababa de sostener, refirió al instante el socorro inesperado y valeroso, al cual debia la vida, y el eterno agradecimiento que conservaba por la jóven.

Pero ésta montó otra vez ligeramente á ca-

ballo, y disponíase para volver al palacio; figurábase no haber hecho en todo eso mas que una accion muy simple y ordinaria, y parecia aun sorprenderse de los elogios y admiracion de que era el objeto. Sin embargo, habia corrido el mas grande peligro, porque si el golpe mortal dirigido al javalí no hubiese sido ejecutado con tanta dicha, y si el animal enfurecido se hubiera vuelto contra su nuevo agresor, entonces no habria podido luchar largo tiempo con él, ni aun evitar sus golpes, atajada por los pliegues de su amazona. Pero el venablo muy agudo del rey, dirigido con tanta destreza por la jóven, habiendo profundamente entrado en la garganta del animal, y el ímpetu que tuvo este para arrojar-se sobre la misma arma, no sirvió mas que para ayudarlo á penetrar mas adelante en el órgano herido. Por lo demás, el javalí era enorme.

Todos los cazadores colocados á su rededor, complacíanse en contemplar sus extraordinarias proporciones. El uno media la longitud del animal, otro la de sus colmillos, un tercero levantaba su cabeza para poder apre-

ciar su peso, mientras que el rey enjugaba el sudor de su frente, y la sangre cuyas manos estaban manchadas, y Catalina de Sandoval, con una encantadora tranquilidad, abanicábase afectadamente con su pañuelo.

—Voto á brios! qué lozano! exclamó Santillana examinando al javalí; el animal estaba bien cebado, y á lo que parece, tenia buena gana de vivir.

—Ah! el golpe ha sido bien dirigido, dijo á su vez Benavente mirando la herida. Su garganta está traspasada de parte á parte. Es un primor, y por San Hubert! conozco mas de un caballero experimentado en el arte de la montería, que podria glorificarse de una semejante hazaña. Señorita, añadió el conde, recibid mis sinceros cumplimientos: habeis merecido los elogios de los verdaderos aficionados á este noble ejercicio.

—Y sobre todo, de nosotros señores, dijo don Enrique; porque si vuestro rey está aun en pié y vivo, lo debeis al valor, destreza, y presencia de espíritu de la señorita: y por esto, la nombramos condesa de Sandoval, y unimos á este título una pension anual y vitali-

cia de dos mil ducados, que le será pagada sobre nuestra caja particular. Su blason será burilado en plata y azul, así como su parte superior, con tres venablos de oro acompañados de una cabeza de javalí y de dos trompetas de caza entrelazadas, adornadas y torneadas de bocas y contrapuestas. El escudo timbrado con corona de conde, adornada con un casco de plata, y orlado de oro. Tendrá un león del mismo metal naciente del yelmo, y llevando un chuzo de hierro en el cual estará atada una banderilla con esta leyenda: «Fortiter», cuya inscripción, si son fieles nuestros recuerdos de latinidad, significa valientemente. La divisa será: «Es mi placer porque tal es el nuestro, señores; así pues, tendrá ejecución como lo mandamos.»

—Ved aquí un blasón airosamente encontrado, dijo en voz baja Santillana á Benavente, no creía que S. A. estuviese tan adelantado en la ciencia heráldica.

—Lo entendeis, señores, añadió Enrique levantando la voz, saludó á la nueva condesa de Sandoval.

Todos los cortesanos inclináronse ante Ca-

talina, y se descubrieron. La jóven estaba encarnada de emoci3n, y mostrábase bastante confusa de los favores inesperados de que era honrada. Aun estuvo casi dispuesta para reusar la recompensa que se le ofrecia, pero juzgó que en esta circunstancia seria tal vez desagradar al rey.

—Señor, contentóse con decir, os doy infinitas gracias de los nuevos favores de que creéis honrarme: pero no hice mas, que lo que otro hubiera hecho sin duda en mi lugar.

— No, no, usted perdone, respondió Enrique, porque conozco mas de una señora que ciertamente no habria obrado asi, y en presencia del jabalí hubiérase desmayado y tal vez escapada á toda priesa, y luego dirigiéndose al condestable; conde de Haro, hareis llevar el javalí á los reverendos frailes predicadores del convento de santa Cruz de Segovia, á fin de que no nos olviden en sus oraciones. Esta orden hizo arrugar las cejas á los picadores, y aun á algunos de los caballeros descontentos, viendo una presa tan pingüe ir á enterrarse en los estómagos religiosos de los buenos padres, mientras

que les parecia mas justo y natural, que perteneciese á los que habian ayudado á derribarle.

—Entonces Santillana adelantose y dijo al rey: Señor, atreveriamе á pedirlos el favor de hacer quitar una cuarta parte de este hermoso animal para ser ofrecida, bajo una forma apetecible como trofeo glorioso de caza á V. A.?

—A fe mia! Santillana, respondió Enrique á quien le sonreia mucho esta proposición, no encuentro obstáculo en eso. Por último aun cuando los buenos, padres tuvieran un cuarto de venado menos, imagino que no podrán quejarse? asi sea hecho como lo deseas.

—Tal vez hallarán ser mejor, añadió maliciosamente Benavente, si es verdad como se dice, que apesar de las apariencias no se observa rigurosamente la sobriedad entre los reverendos padres.

Entonces cuatro picadores ayudados de dos guardas, cargaron el jabalí sobre una mula, y este convoy ópimo, tomó el camino de las cocinas de palacio antes de pasar á la de los frailes predicadores.

—Vámonos señores, partamos, dijo Enrique cojeando un poco, para montar sobre otro caballo que uno de los picadores le presentó: partamos ya, no cazaremos mas hoy, pero añadió el rey mirando á su rededor; no apercibo aquí al gran maestro ni á nuestro fiel tesorero; se sabe lo que le ha pasado, Diego? preguntó Enrique, no has visto á tu padre?

--No señor, respondió el jóven Pacheco. Arrastrado lejos de aquí con la cuadrilla que perseguia el javalí, dejé mi padre á vuestro lado, y no le he vuelto á ver mas; pero supongo que siendo causado, habrá tal vez vuelto á Segovia.

—Pero Cabrera... preguntó Enrique.

—El señor Cabrera habrá hecho tal vez como el gran maestro, dijo el condestable, la edad de aquellos dos señores, hace la suposicion bastante probable.

—Pronto sabremos á que atenernos sobre este punto, murmuró el rey, con el tono de una persona poco convencida de la realidad de esta suposicion.

—Entretanto, Diego y tú Sanchez, añadió

el rey dirigiéndose á dos picadores suyos, recorred los alrededores y el bosque cercano, y procurad de descubrir la causa de esta ausencia.

—Pido á V. A. dijo el hijo del gran maestro de juntarme á los dos picadores.

—Asi sea, D. Diego, contestó Enrique; no podemos rehusar á un hijo la permission de buscar á su padre, y las tres personas designadas, alejéronse en la direccion del bosque de Balsain.

Luego el rey y su escolta tomaron el camino de Segovia, y volvieron al castillo.

Pero mientras que cada uno estaba entregado á las emociones de la caza, habia acontecido, en otro punto, un episodio no menos dramático, aunque muy silencioso, de el que dió lugar la muerte estrepitosa del javali. Este episodio nos explicará la observacion que hizo el rey de la ausencia del gran maestro, y la del tesorero del castillo de Segovia, y vamos á dar conocimiento del motivo, en el siguiente capitulo.

CAPITULO IV.

Un duelo en el bosque.

Se puede creer, que no era por algun sentimiento de afecto particular hácia el rey que Catalina de Sandoval habiase sacrificado de ese modo y arriesgado su vida para salvar la suya, no habia obedecido como hemos dicho ya mas que á un sentimiento de humanidad. Buena y generosa viéndolo en una posiccion tan crítica no habia podido resistir á aquel impetu imperioso que impele á socorrer á nuestros semejantes en peligro de muerte, asi es como se habia arrojado.

Pero el rey fué conmovido profundamente de aquel espontáneo sacrificio, con la audacia y dicha de que aquel golpe habia sido ejecutado, lo impresionaron vivamente, y mas que nunca consideró á Catalina de Sandoval como una protegida del cielo y dotada de un misterioso poder; desde entonces un pro-

fundo respeto y una especie de veneracion secreta por la joven, sucedió en su corazon al sentimiento mas terrestre que antes tenia: su amor se purificó, y creyó declaradamente que Catalina habia sido llamada cerca de él para hacer el papel de aquella misma Inés Sorel tan leal de que le habian alabado la sabiduria y patriotismo.

Así es que desde aquel momento gobernó enteramente como dueña en palacio, y sobre las voluntades de D. Enrique, ya no hacia nada sin consultarla, y por lo demas, dotada de un buen sentido y grande rectitud de juicio, no le daba nunca un consejo sin que al instante no lo ejecutára.

Luego tendremos que referir algo sobre esta influencia, y el modo en que se ejercitó; diremos solamente que si Enrique no hubiese sido un príncipe tan débil, y tenido posibilidad de chocar de frente con unas antiguas costumbres de placer y disipacion, aplicar su imaginacion á la práctica de los negocios y desplegar mas energia, perseverancia, y vigor en la represion de los crímenes excesos y abusos de que su reinado fue mancha-

do la España con él podia ser salvada; pero no lo quizo, y el cielo reservó este papel hermoso á la infanta Isabel su hermana, á aquella ilustre heroína quien por su valor, inteligencia, y firmeza; hacia ya presentir que saldria un dia de su sangre un héroe digno de ella. Efectivamente, se sabe que de Juana llamada la loca, su hija casada en 1496 con Felipe archiduque de Austria, hijo del Emperador Masimiliano, nació Carlos quinto.

—Pero volvamos á nuestro asunto.

Las palabras que Cabrera dirigió al rey concernientes á Pacheco habian enojado vivamente á este, ya existian demasiados motivos de odio y resentimiento entre ellos para que no estallára en la menor ocasion. Los dos se aborrecian profundamente, eran rivales, y procuraban á lo mas pronto posible, perjudicarse, pues era menester que pronto ó tarde esta reciproca ira encontrase medio de satisfacerse y el instante pareció favorable á Pacheco.

En efecto, poco despues de la observacion hecha al rey con intencion relativamente, á

la conducta política del gran maestro, y su opinion en el negocio de los infantes y no pudiendo dominar su cólera é indignacion se resolvió á pedir satisfaccion de la nueva injuria indirecta, pero claramente dirigida por su enemigo. Aunque no hubiese sido nombrado no era posible equivocarse sobre la persona que oyó designar en su observacion para hablar á Cabrera sin que pudiesen sospechar el objeto de su conversacion. Dispuesto para llegar al mismo sitio en donde se suponía estar refugiado el javalí y mientras que todos seguian su huella, tuvo efecto una dispersion general en el lugar de que se trata. Bien pronto unos fueron á derecha, y otros á izquierda, de modo que llegó un momento en que D. Andrés de Cabrera encontróse solo, y aislado del restante de la gente. Entonces el gran maestro lanzó su caballo hacia el del tesorero, y cuando se encontró bastante cerca para ser oido de Cabrera.

— Señor, le dijo pálido de cólera; deciros podría dos palabras á solas, lejos del ruido y de los importunos? tendré que pedir os una explica-

cion bastante importante. El bosque de Balsain no está muy lejos de aquí; es un lugar seguro, sosegado y cómodo; iremos cada uno por nuestro lado, y podremos encontrarnos allí en un instante.

—Con mucho placer, señor, respondió el conde de Moya: nunca rehusó esplicaciones á quien me las pide con respeto y cortesía.

—Os seguiré pues, añadió el conde, dirigiendo su caballo por el lado del bosque.

—Y yo voy delante, replicó el gran maestro arrojando á su adversario una furiosa mirada, y alejándose á triple galope.

Don Andrés de Cabrera comprendió muy bien, á que objeto aspiraba el gran maestro, por la esplicacion que queria. Pero tambien él, no estaba allí sin ningun motivo; y tenia asi mismo contra su rival, un vivo resentimiento. Por otra parte, estaba satisfecho de tomar venganza del gran maestro, y tantear sus fuerzas.

Estaban los dos adversarios animados uno contra otro, con igual cólera y ódio, á pesar de sus canas, eran valientes y determinados; estando en estas disposiciones, llegaron pron-

to á algunos minutos de intervalo, al bosque, lugar de la cita.

Por lo demás, aquellos dos personajes eran el tipo de aquel carácter español, arrogante, altanero, brioso y vengativo, implacable en su resentimiento, é impreso de una salvage energia.

Cuando llegó Cabrera, el gran maestre ya estaba allí; bajaron del caballo á la entrada del bosque, ataron cada uno el suyo á un árbol y se internaron en la selva. Marcharon así tristes y silenciosos durante un cuarto de hora, buscando un lugar cómodo para concluir su contienda.

Finalmente, lo encontraron. Una especie de claro, formado por la separacion de los árboles se ofreció á su vista: era como un circuito rodeado de pequeños pinos, encinas, alerces y sicomores, presentando un espacio de algunas dos varas cuadradas; un musgo fino y suave, servia de alfombra; era el lugar admirablemente adecuado á un combate desesperado y sin testigos; estaba apartado, solitario y misterioso; ningun importuno podia molestar á los dos campeones, hay mas, la cor-

ta distancia de las plantas impedia usar astucia con el adversario, si hubiera pensado recurrir á esta táctica. Todo estaba sosegado y apacible en este sitio, y la inmensa soledad de la selva, habitada solamente por sus huéspedes, no estaba turbada mas que por el gozoso silbido del mirlo, el canto tan alegre del pinzon, el arrullo lastimero de la tórtola, y por el gorgceo de todos los pájaros saltando de rama en rama, ó volando de un árbol á otro.

Desde que Pacheco apercibió el claro le dijo á su enemigo:

—Aqui si quereis, señor, no podemos encontrar un lugar mas á propósito.

—Corriente, respondió Cabrera. La caza no vendrá á incomodarnos, y supongo que el javalí no será perseguido en esta direccion.

—Sí, añadió Pacheco echando su sombrero en el suelo, y disponiéndose para quitarse su jubon. Si, aqui es don Andrés de Cabrera, donde cuento lavar en vuestra sangre vuestros insultos y ultrages, y dar finalmente una justa satisfaccion á mi interminable ódio; y por último, es menester que uno de

los dos ceda el lugar al otro; por mi parte, estoy cansado, de ver delante de mí, enderezarse incesantemente como una pared de bronce, y como un obstáculo, encarnizado á mi pérdida, un enemigo como vos, pérfido y peligroso, poderoso y fementido, un enemigo inevitable, que encuentro en todas partes sobre mi camino, destruyendo, y derribando con una mano lo que levanto con la otra, envidioso de mi hacienda y ansioso de la suya, un hombre en fin, que el cielo en su cólera, parece haber atado á mis plantas, como un génio del mal, cuidando solamente de perjudicarme y calumniarme.

—Señor, estais hablando ahora de mí, lo que pienso de vos, respondió Cabrera, que habia ya imitado el ejemplo de su adversario quitándose su casaca. Sí, nuestro ódio, es ya muy viejo, nuestros agravios profundos, y nuestro enojo muy viváz: hé aquí el momento de darnos recíprocamente satisfacciones. Lo habeis dicho, es menester que uno de los dos ceda el lugar á su rival, y estoy enteramente dispuesto á no cederlo sino con ardor, ¿será pues entre nosotros un combate sin gracia?...

—Sin perdon! respondió Pacheco con resolución.

—La lucha no debe cesar sino cuando el herido no pueda mas.

—No lo entiendo de otro modo, replicó el gran maestro, no he venido aqui para tomar leccion de esgrima.

—Si lo juzgais á propósito, será con la espada y el puñal, continuó el conde de Moya, sacando uno y otro, imitando al gran maestro.

—Asi sea; á la espada y puñal repitió este.

—Solamente, observó Cabrera, debemos hacer un convenio, que si uno de los dos sucumbe, hará advertir á sus parientes y amigos, á fin de darle una sepultura conveniente, y para que su cuerpo no sirva de pasto á las aves de rapiña, y á los animales feroces.

—Consiento en ello, con mucho placer, respondió don Juan, y os prometo si la suerte me favorece, desempeñar este deber.

—Y yo os hago la misma promesa, dijo Cabrera.

—Ahora pues, en posicion, añadió el conde, y que Dios perdone á dos ancianos la sangre que van á derramar!...

Al instante cruzáronse las dos armas y empezó el combate con igual encarnizamiento. Pacheco y Cabrera, á pesar de su edad no carecian de vigor ni agilidad. Acostumbrados temprano, como todos los hombres de accion de aquella época, á los combates y manejo de las armas, no habia debilitado sus edades, ni el ardor, ni la actividad; eran casi de la misma fuerza: solamente la destreza debia decidir la victoria. Pero los dos se descargaban terribles golpes, porque las dagas ó puñales de que se servian de concierto con la espada, hacian recíprocamente el combate mas mortal.

Ya corria la sangre y su recíproco furor parecia aumentarse. El gran maestro era mas apto y ligero á la embestida y respuesta, y mas vigoroso que el gobernador, pero este era mas diestro y profesor que él, y por consiguiente calculaba mejor sus golpes.

Los movimientos eran apresurados; don Juan descargaba á Cabrera duras estocadas, mientras que este evitaba sus ataques con mucha destreza; el gobernador rechazaba los golpes con extrema prudencia, y parecia esperar

una ocasion favorable para tomar su desquite y hacerse á su turno agresor. Esta táctica enojaba al gran maestro contrariado de la inutilidad de sus esfuerzos, y habria deseado que su adversario se entregára mas, lo que este se guardaba muy bien de hacer. Cuando Pacheco se adelantaba demasiado sobre él, Cabrera rompía la medida hasta los árboles, límites estrechos de aquella estacada, y le presentaba siempre á la cara la punta de su espada, levantando al mismo tiempo la de su adversario, mientras que su puñal le cubria el pecho. Pacheco entonces redoblaba sus ataques, á los que el gobernador oponia siempre su fuerza de inercia y su perfido sistema de dilacion.

Hubiérase dicho que segun esta maniobra, queria cansar á su adversario, agitar el impetu primero de su ardor, mientras cuidaba hábilmente del suyo. Aun no habia heridas peligrosas, pero el brazo izquierdo de cada uno habia ya recibido numerosas muescas proviniendo las puñaladas, y la sangre que manaba de aquella herida, corria hasta el suelo.

El combate duraba despues de media hora

sin resultado decisivo. cuando Pacheco, mas enojado que nunca, se arrojó con impetuosidad sobre su antagonista con la espada y el puñal, descubriéndose con demasiada imprudencia y preeipitacion. Cabrera apartó vivamente por una doble maniobra la espada del gran maestro, la rechazó, y presentándole la punta de la suya, la mantuvo asi á distancia, para impedir ser ofendido con su puñal; luego, aprovechándose hábilmente de la posicion peligrosa de Pacheco, cuyo pecho estaba descubierto, empujó impetuosamente hácia él, lo hirió con su puñal en la region del corazon, y murmurando: «Recomendad vuestra alma á Dios, señor Pacheco, ha llegado creo vuestra última hora.»

Fué dirigido el golpe con tanta violencia, que Cabrera perdió el equilibrio y cayó, y la hoja de su puñal se rompió en la parte ofendida, quedándole en su mano la otra mitad.

—Muerto, por vida mia! estoy herido! murmuró Pacheco vacilando con un suspiro de rabia.

Cayeron los dos campeones á la vez, Cabrera sin mal ninguno, y Pacheco gravemen-

te herido, pues que su golpe parecia ser mortal; sin embargo, no lo era gracias al arma, que en rompiéndose habiase desviado un poco, y deslizada sobre los huesos de su pecho.

Pacheco perdió al instante el conocimiento; sus facciones se pusieron de un color pálido, y Cabrera, despues de haberlo contemplado un poco, lo creyó muerto, aunque respiraba todavia. Pero alejado de todo socorro y sin esperanza de obtenerlo en medio de un bosque en donde nadie podria imaginarse de encontrarlos, el gobernador de Segovia, no podria pensar en remediar la posicion critica de su enemigo. Por otra parte es menester decirlo, el odio de que estaba animado contra él no lo disponia á inquietarse mucho de su estado.

Sin embargo, despues de haber por un restante de humanidad vendado bien ó mal con el auxilio de su pañuelo, la herida del paciente, y haberlo arrastrado cerca de un árbol contra el cual apoyó su cabeza, dejó el bosque, montó á caballo, y segun la leal promesa hecha antes del combate, se fué apresuradamente á Segovia, á fin de hacer

por prevenir á la familia del gran maestro ó á sus amigos, lo que acababa de suceder.

Entre tanto D. Diego Pacheco, acompañado de los dos picadores habiase puesto en camino para buscar á su padre. Dejando la caza, se dirigieron desde luego hácia el bosque de Balsain, tal vez habrían buscado largo tiempo el lugar en donde yacia el desgraciado Pacheco, si la vista de su caballo atado á uno de los arboles en la entrada del bosque, punto hácia el cual habian dirigido sus pasos por casualidad, no hubiese sido un indicio revelador de la presencia del gran maestro.

Por lo demas reconoció perfectamente el caballo y los ricos jaeses de que estaba cubierto. No dudó pues, que su padre hubiese venido este sitio apercibiendo solo el caballo, pensó que hubiera podido ser acometido y asesinado en este lugar. Lleno de una solicitud toda filial internóse al instante en el bosque seguido de sus compañeros.

Bien pronto unos dolientes gemidos hicieron oír no muy lejos de ellos. Guiados por aquellos sonidos inarticulados, que Diego

creyó reconocer, dirigiéronse hacia el punto de donde parecían salir, y acabaron por descubrir al desdichado Pacheco, solo, abandonado, yaciendo en el suelo y bañado en su sangre, á pesar del vendage postizo de la herida, egecutado por Cabrera.

Dispensaremos de referir á nuestros lectores el asombro que ocasionó este descubrimiento á nuestros exploradores y el profundo dolor del jóven Pacheco, al aspecto de su padre herido y moribundo.

Apresuráronse todos á su rededor. Pero en el lugar en que se encontraban era imposible algun socorro, luego fue menester pensar en trasportar el herido á otra parte. Este era demasiado débil para poderse mantener á caballo: D. Diego ayudado de los picadores apresuráronse mediante su cuchillo de caza á cortar algunas ramas y formar una especie de camilla. Despues de haberla cubierto con la casaca del herido, y de sus chaquetas colocaron en ella al gran maestro que empezaba á volver en si, lo llevaron los dos picadores mientras que Diego despues de haber atado sus caballos y el de su

padre, volvía á montar sobre el suyo, conociendo tambien por la rienda los de sus compañeros.

En esta órden tomó aquella triste comitiva el camino de Segovia.

CAPITULO V.

Doble message.

La noticia de la brillante accion de Catalina, del favor que recibió, y el modo con que sacó al rey de un peligro tan inminente se supo al instante en la corte, y en la ciudad. Cada uno admiraba su heróico valor, pero muchos mientras la alababan acompañaban sus elogios de comentarios malévolos y poco caritativos, que nacen naturalmente de la posición particular de Catalina en la corte de D. Enrique.

Considerada por mucha gente como la dama privilegiada del rey, y el sacrificio de que hizo prueba en su favor fué mirado, por la mayor parte, como la señal evidente de un apego apasionado y aun fabuloso.

No se tuvieron ninguna cuenta sobre la generosidad natural de su carácter ni de

ese primero é involuntario movimiento que dispone á ciertas almas grandes á arrojarse espontáneamente á socorrer á un hermano en peligro, y que en aquellas circunstancias consultan mucho mas su humanidad que los cálculos de su amor propio, ó de su vanidad. Otros, complacianse en abultar desmedidamente el estado de ese acontecimiento y sacar de él unas instigaciones exageradas sobre el favor y la futura suerte de que un sacrificio tan caballeresco parecia ser el presagio por la jóven.

Entre todos erán los cortesanos los mas apresurados en comentar el incidente de la caza en el sentido que acabamos de indicar, y aunque muchos de entre ellos supiesen perfectamente á que atenerse respecto á ese pretendido apego fabuloso y apasionado de Catalina, sin embargo, la necesidad de murmurar, calumniar y envidiar, mas particular, á esa ralea encantadora de jóvenes calaveras, los impelia á desnaturalizar una accion en su objeto muy simple y facil de explicar, á pesar de su escentricidad.

No habia tardado Alfonso en estar ins-

truido de esta particularidad; y como muchos otros, creyó que semejante accion, ocultaba un afecto profundo al rey; como se puede pensar esta idea no le sonreia mucho cualquiera que fuese el peligro en que Enrique habiase encontrado, no admitia que sin una secreta y viva pasion por el rey, una jóven pudiese esponerse tan atrevidamente á los ataques furiosos de un animal feróz; no esplicabase la necesidad de esta accion heroica en medio de una caza en que el rey tenia á su lado bastantes caballeros y servidores á quienes parecia mucho mas convenir ese papel caballeresco.

Crejó pues, que Catalina lo habia engañado, que aquel menosprecio arrogante, y envanecido desden, que afectaba por el rey, no cesistian tal vez sino para darle el cambio sobre sus verdaderos sentimientos y que finalmente el celo patriótico de que parecia animada no era mas que un medio para satisfacer su ambicion, y adquirir una influencia necesaria para acentar su dominio.

Tales eran los pensamientos que acometian al jóven capitan, cuando supo la noticia

del peligro de que D. Enrique habia sido arrancando por Catalina.

Sin embargo, habia desempeñado la comision confiada á su celo por la jóven favorita, haciendo llegar á su anciano padre la carta que se le habia entregado.

Entonces no se viajaba tan facilmente, sobre todo en España, y las postas debidas como se sabe al genio de Luis Onceno no habian aun estendido en la Peninsula los beneficios de sus cómodas y rápidas comunicaciones. No pudiendo Alfonso ir él mismo á Andalucia, encargó un mensajero seguro y fiel de la dichosa comision. El comisionado salió para Granada sobre una buena mula y llegó sin estorbo ninguno al lugar de su destino. Se juzgará facilmente del gozo y alegria del desdichado Sandoval en leyendo aquellos caracteres trazados por una mano tan cara para él y sobre todo de cerciorarse de la existencia de su querida hija, que habia creído perdida para siempre. Dejaremos al dichoso anciano entregado enteramente á su gozo; como tambien volver á leerlos mil veces con trabajo á causa de su vista debili-

tada, y apretar contra su corazón aquella carta inesperada, manantial de tanta dicha y dulces emociones, para volver á donde nos llamen mas grandes acontecimientos.

Estaba Alfonso receloso contra Catalina, con las injustas sospechas de que acabamos de referir, el mismo dia que tuvo lugar la caza, y poco despues de ser informado del incidente en que Catalina había matado el furioso javalí cuando vió entrar en su casa un escudero del rey, vestido con su traje de guerrero, y llevando un pergamino doblado, sobre el cual estaba plantado un sello de cera encarnada con las armas del rey. El mencionado llamado Gil-Perez, despues de haber sido introducido cerca de Alfonso por el escudero adicto á su persona y nombrado Tellez-Giron, le presentó el pergamino inclinándose profundamente.

Cuando el escudero del rey entró estaba Alfonso en su aposento entregado á las penosas reflexiones que le inspiraba el sacrificio intempestivo de Catalina. Acordábase del episodio fabuloso de la noche, su forzada fuga por la ventana y la presencia inopinada del

rey á semejante hora, no dejaba de parecerle bastante oscuro, y apenas lo aseguraba sobre la virtud problemática de su prometida. El verdadero amor siempre es susceptible y temeroso: pues bien á pesar de las protestaciones sinceras de la joven y del tono tan franco, honesto, y leal de que habiase altamente defendido, de nunca haber concedido nada á D. Enrique, sin embargo de todo esto, Alfonso, por dispuesto que estuviese á creer á la joven, estaba poco asegurado; Enrique era rey, el prestigio de la condicion del nacimiento, y resplandor régio tienen tambien su poder y ceguedad; y recelaba que ese titulo de favorita no hubiese sido siempre para su futura un titulo puramente honorífico. El episodio de la caza acababa singularmente de corroborar sus temores sobre este punto. Asi es que estaba mas enojado aun contra el rey, é indignábase del medio odioso en que el incapáz monarca no se habia sonrojado de rebajarse hasta ponerla en su poder. Estaba pues, de mal humor.

Para distraerse, é interin tuviese una es-
plicacion con la favorita, divertíase en vol-

ver á leer la carta misteriosa que le hizo remitir la reina, se sabe ya por quién y cómo.

Sentado en un vasto sillón cuadrado de de alto respaldar, y colocado ante de una mesa de encina redonda, el jóven capitán parecia estar absorto en las reflexiones provocadas por el extraño secreto de que esa misión habia sido rodeada, la cita particular á la cual debia ir era por la misma noche, y no entreveia sin alguna emocion el instante decisivo en que ese enigma aun indefinible, le seria explicado, ciertamente no se dudaba entonces que su misma vida dependia del resultado de aquella misteriosa entrevista,

Por lo demas, perdiase en conjeturas sobre el incógnito autor de la carta, y el motivo que la habia dictado, ya temia que fuese un lazo que letendian ó asesinato por algun enemigo; otra vez, aprehendia una mistificacion; pero enemigos no los conocia, en todo eso habia un raro misterio que titilaba su curiosidad y escitaba vivamente el deseo natural que tenia de satisfacerla.

El pergamino presentado á Alfonso, eran las cédulas que le conferian el título de con-

de con las condiciones, honor y prerrogativas unidas á esa distincion nobiliaria.

El capitan de los arcabuceros abrió el pergamino, echó encima una rápida mirada, luego, habiendo visto lo que contenia, lo rasgó, y arrojó los pedazos al suelo, diciendo al enviado del rey.

—Caballero, decid á vuestro dueño, que reuso el favor con que cree honrarme, y que si él está contento conmigo, yo no tengo motivos para estarlo con él.

—¿Qué haceis señor? dijo el escudero estupefacto, reusar una dignidad semejante! ¿qué dirá S. A. si sabe el modo con que recibís sus favores?

—Qué me importa lo que dirá! respondió enérgicamente, con tal que mi conciencia no me reproche nada! id á referir al rey mi respuesta, y añadid si lo juzgais á propósito, que es una accion fea para un príncipe la de arrebatar á la ternura de un padre á su hija única y querida, y arrancar al amor de un amante la jóven prometida por legítimos enlaces, sobre todo, cuando ese amante está ocupado peleando por el mismo rey, y asegurar

el triunfo de sus armas; si no os comprende, decid'le se entere por Catalina de Sandoval, su favorita, del sentido de mis palabras, que serán bastante claras para él.

—Verdaderamente, señor, respondió el escudero mas embarazado que nunca; no sé como anunciar á S. A. un acto que parece atestiguar un desprecio tan superior por las recompensas de que se digna concederos?

—Y que no me digno aceptar, respondió Alfonso con el mismo desden.

—Lo quereis... asi sea, contestó Gil Perez; estareis satisfecho, señor; mi deber me impone dar cuenta á S. A. del resultado de mi comision: me guardaré muy bien de faltar á eso, y rogaré al ser supremo que os guarde. Y despues de haberlo saludado, se alejó singularmente admirado del écsito que acababa de tener el encargo confiado á su celo y cuidados.

Este incidente alteró algun poco á don Alfonso. No ignoraba que la insultante negativa que acababa de oponer á la muestra de satisfaccion por la cual Enrique habia querido recompensar su brillante conducta en la guerra

emprendida contra los moros de Granada, le seria fielmente referido, y podrian perjudicar gravemente á su porvenir, pero Alfonso era honesto y leal, y creia tener demasiadas quejas de él para titubear en obrar segun las inspiraciones de su conciencia y de su deber, aun á costa de un sacrificio personal.

Abandonado nuevamente á las reflexiones suscitadas por este incidente, habíase levantado, y recorria su cuarto precipitadamente, haciendo resonar sobre el piso los acicates de sus espuelas, cuando otra persona se presentó despues de haber empujado con tiento la puerta de su habitacion, y lo sacó de sus meditaciones.

Esta persona no era sino Josefa, la dueña vigilante de Catalina de Sandoval.

Ya saben nuestros lectores, que esta, con su energia y firmeza, habia conseguido finalmente, amanzar á ese dragon hembra. Un poco de maña y algunos doblones distribuidos á propósito, acabaron para ponerla enteramente en sus intereses. Por lo demás, es lo que infaliblemente debia suceder con una jóven de un carácter tan decidido como lo era el de do-

ña Catalina de Sandoval. Si su dueña no hubiese querido mostrarse obsequiosa, hubiera sido forzada á dejar su servicio, no estando de humor para sufrir á su lado, una espia incesantemente ocupada en censurar su conducta, y vigilar sus pasos. Por su parte Josefa habria sido bastante contrariada de abandonar el servicio de la favorita, á causa de los pequeños provechos que encontraba. En efecto, acabó por comprender que valia mas vivir en paz con una persona que la trataba tan bien, que estar mal con ella, y perder con sus buenas gracias, las mismas ventajas de que la jóven no se mostraba avara, sobre todo, desde que se manifestó dócil á sus voluntades.

El rey, señalaba á Catalina, sobre su caja particular, una pension bastante redonda, aumentada luego por la que le habia concedido de resultas del episodio de la caza del javali, y Josefa hallábase satisfecha de las prodigalidades de su señora.

La dueña estaba pues sometida á las voluntades de la jóven, y el incidente dramático de la caza, ya llevado en triunfo á palacio por los picadores, venia á añadir al respecto y de-

ferencia de que ya no creia poder dispensarse hácia una jóven que desempeñaba unas cosas tan poco ordinarias, sobre todo en un siglo ignorante y grosero, en donde las acciones, en la esterioridad del círculo habitual de la vida, tomaban con tanta facilidad, unas proporciones maravillosas y sobrenaturales.

Catalina, inquieta sobre el resultado de la fuga nocturna de Alfonso, enviaba secretamente á su dueña hácia él, para saber si se habia herido cayendo, y además, si habia llegado á su destino la carta dirigida á su padre. Estas razones motivaron la presencia de Josefa en su casa.

Como conviene á una mensagera prudente y discreta, presentóse á Alfonso con ese aire misterioso y reservado, de que una verdadera dueña no podria dispensarse. No estaba enmascarada, pero herméticamente envuelta en un manto oscuro, de una tela bastante comun, y la cabeza cubierta con una especie de capilla de linon, é inaccesible á toda mirada indiscreta.

Alfonso sin estar sorprendido de esta visita inesperada, creyó antes que era la muger del

billete secreto, por cuya causa estaba tan turbado; pero cuando Josefa le dijo sus nombres y calidades, preparóse para saber de su nueva visitadora el objeto de su presencia.

—Caballero, dijo haciéndole una profunda reverencia, vengo de parte de la señorita Catalina de Sandoval, para saber si os ha sucedido alguna desgracia ayer noche, durante vuestra salida por la ventana de su cuarto.

—Ninguna, respondió Alfonso, y decidle de parte mia, que le doy infinitas gracias de su solicitud para conmigo.

—La señorita, replicó la dueña, siente con mucha sinceridad, la estremidad á que fuisteis reducido en aquella circunstancia, y me encargó tambien el rogaros de excusar ese triste contratiempo.

—Está ya excusado, señora.

—Me ha igualmente enviado hácia vos, para preguntaros si tuvisteis la bondad de enviar al señor de Sandoval su padre, la comision de que habeis querido encargaros.

--El mensajero, hombre seguro y fiel, portador de la carta, salió esta mañana muy temprano; y espero que cumplirá dichosamente su viage y comision.

—Y vos señor, preguntó la dueña con aire oficioso; no teneis nada que decirme para la señorita? os dejaré sin llevarle algunas palabras de ternura ó de amistad?

—Verdaderamente, no! replicó Alfonso con una sonrisa amarga, tengo al contrario que hacerle grandes cumplimientos: decidle pues, si os place, que la felicito de su destreza en matar javalies, y sobre todo, de su noble sacrificio para salvar la vida del rey, decidle que no me figuraba fuese tan hábil en el manejo del venablo, ni en el arte de la monteria; y añadid que generalmente se supone, que para esponer asi su vida á fin de salvar la de otro aunque fuese la del rey, es menester conservarle un profundo agradecimiento, ó ser guiado por un afecto muy grande.

Estas palabras fueron pronunciadas con la espresion de ese amargo despecho de un hombre ofendido, viendo un rival detestado, ser objeto de una tãn bella aficion, la dueña comprendió el secreto enfado del jóven caballero, y el reproche indirecto que encerraban aquellas palabras por Catalina. Asi es que se apresuró á decir:

—Es eso, señor, todo lo que he de referir á la señorita? pareceis enojado contra ella, pero antes de condenarla, seria tal vez conveniente oirla.

—Si es verdad! teneis razon señora, dijo el capitan, como arrepentido de haberse dejado arrastrar á ese movimiento de enfado; si continuó, necesitaba verla oirla, y sobre todo creer en su inocencia y sinceridad en los juramentos de amor y fidelidad que otras veces recibí de ella.

—Pues bien! esta noche por la puertecita del castillo, añadió vivamente Josefa, yendo asi como dueña inteligente adelante de los deseos del capitan, avisaré á la señorita de vuestra visita; no necesitareis de la llave, estaré alli dispuesta para abriros.

—Esta noche, repitió Alfonso con el tono de un hombre á quien hace cambiar de idea una repentina reflexion, esta noche no puedo.

—Que quiere decir esto, señor? preguntó la dueña con tono demostrativo sin fijar ninguna importancia á su cuestion, aunque en el fondo deseando saber la causa de

su impedimento repentino? os detendria esta noche un negocio de importancia? Tened la bondad de decirmelo á fin de que no os esperemos en vano.

—Sí, tenéis razon, respondió el capitán: podria no estar libre á la hora convenida, y para no haceros esperar inútilmente, prefiero diferir nuestra entrevista para otra ocasion.

—Diré á la señorita, replicó la dueña contrariada de no poder descubrir mas sobre el obstáculo de Alfonso, y procurando siempre provocarle á alguna declaracion, diré que un asunto gráve, de la mayor importancia, que no permite dilacion; no es verdad? ó tal vez una cita... Libreme Dios de pensar en una cita de amor! diré que una entrevista cualquiera de que no podeis dispensaros de asistir, os impide el ir esta noche.

—Componed todo eso como os agrade, respondió Alfonso; pero decid á la señorita Sandoval, que cuento verla lo mas pronto posible, y probablemente mañana á la noche á lo mas tardar, tendré este placer.

—Bien está, dijo Josefa, le trasmitiré fielmente vuestras intenciones sobre este asunto.

Ah! olvidaba, dijo de repente como para recordar su pensamiento: olvidaba decirnos, que la señorita, es ahora condesa.

—Si, lo sé, replicó con una especie de indiferencia; condesa... en nombre de la muerte del javalí. Dicen que el rey compuso su blason en el cual está presentado un chuzo y una cabeza de javalí... La idea es extravagante, murmuró Alfonso.

—Pues qué señor, no encontráis que este título sentará bien á la señorita, y que la corona de condesa realzará admirablemente el resplandor de aquella hermosa frente tan blanca y tan pura?

—Estoy conforme; pero á los veinte años se necesita de semejante adorno? la juventud y hermosura, no son dos coronas bastante brillantes para poderse pasar sin un blason inútil?

—Sin duda, pero á mi juicio la juventud y hermosura no son menos resplandecientes, cuando están realzadas con ilustres armas. Eso, por mas que vuestra merced diga, no perjudica nada, y arregla frecuentemente muchas cosas á buen número de gente. Tal co-

mo me veis, añadió la dueña, cuya charla, una vez escitada, deteníase difícilmente; soy baronesa de Alcantara, y Ayensa, y Peña, y Zamora; ningun blason, ni aun el del mismo rey, es mas noble que el mio, y confieso que en mi juventud, no me disgustaba oirme llamar ostentosamente la señorita Josefa del Ri- beo, baronesa de Alcántara, y Ayensa, y Pe- ña, y...

—Etcetera, interrumpió Alfonso, abrevian- do la numeracion nobiliaria de la dueña, sobre la cual apoyábase con complacencia, y ensal- zándose en su orgullo aristocático.

—Pero, perdonad, caballero, replicó Jose- fa con estrema volubilidad; os detengo aquí, y me distraigo sin pensar que la señorita me espera, y que mi servicio me llama á su lado. Asi pues, es convenido; le diré que no cuente con vos esta noche, que un asunto indispen- sable y urgente... una cita...

—Sí, todo lo que querais, y hasta la vista, interrumpió Alfonso, que empezaba á impa- cientarse con la persistencia indiscreta de la dueña.

Esta que habia juzgado á propósito para

sentarse, habíase ya levantado, y disponíase á salir.

Envolvióse en su capa, bajó sobre su cabeza el capucho, ajustó un poco las otras partes de su adorno, y despues de una púdica y profunda reverencia, salió finalmente del aposento, con ese aire misterioso y reservado, que le era tan familiar; apenas la oyó Alfonso bajar la escalera de madera que correspondia á su cuarto, cuando dijo:

—«Maldita picotera! pardiez! la señorita tene allí una confidente, cuya lengua es de un extraordinario desenfreno!»

Despues de este incidente, acabó de vestirse para ir al cuartel, ocupado por la compañía de arcabuceros que mandaba, y cuyo servicio llamaba su vigilancia.

Se verá pronto el terrible conflicto que debia acarrear la visita poco importante en apariencia de la dueña, á don Alfonso de Córdoba.

CAPÍTULO VI.

Mágia blanca.

Supersticiosa y crédula como generalmente lo era en el siglo XV y principalmente en España, Juana de Portugal no habia podido evitar la influencia cabalística ó mas bien la ignorancia general de la época. Como muchos otros, creia en los agoreros, en la mágia blanca ó negra, en la ciencia hermética, y en otros secretos maravillosos de la astrología, quiromancia, sideromancia y sus numerosos derivados; finalmente, en todo lo que constituia el favor imposible y sobrenatural de penetrar en el porvenir, concedido en otro tiempo á ciertos hombres ó mas bien á ciertos charlatanes, manantial inagotable de tantos errores, engaños, absurdos, é increíbles mentiras.

No cabe duda que se podrian hacer muchos tomos de todos los absurdos y delirios

producidos por las ciencias ocultas desde los agüeros y oráculos de Roma, hasta Cagliostro, sin olvidar á Angelo de Catho alternativamente astrólogo y limosnero del duque de Borgoña, y á Luis Onceno, ni de Galeotti Martivalle, cuya presencia en la corte de aquel príncipe, imaginada por Walter Scott en su novela tan admirable, titulada «Quintin Durward», y considerada por varios críticos como un evidente anacronismo; no hablamos tampoco del mas célebre de todos aquellos profetas dudosos, del grande Nostradamus, ni de Claudio Ruggieri, á quien la astuta Catalina de Médicis le gustaba tanto interrogar los contemplativos horóscopos, ni finalmente de la célebre Pitonisa de nuestro siglo la señorita Lenormand, que cierra la numerosa lista de aquellos hábiles impostores, que en todas las épocas, han abusado de la credulidad de ciertos espíritus.

Suprimimos los mejores como se puede pensar, y aun no citamos aqui todos los almadrotes indigentes en que han dado lugar las ciencias ocultas, desde el «Enchiridium Leonis papae», pequeño libro maravilloso, regalado

por un papa á Carlo Magno, y que el inmortal emperador sirvióse de él con tanta felicidad, como dice la crónica hasta la clavicula de Salomon, y á los secretos no menos maravillosos de la mágia natural y cabalística, del grande y pequeño Alberto.

Lo que hay de mas admirable en todo eso es, que no solamente la habilidad y seguridad son las que todos aquellos charlatanes especulaban sobre la credulidad pública, sino tambien la robusta fé prestada á sus secretas prácticas y al poder sobrenatural de que los creian revestidos.

Despues de todo, ¿por qué admirarse de semejantes debilidades? ¿no ha sido siempre el hombre amigo de lo maravilloso? ¿no se ven todavia en este tiempo en nuestras campiñas unos pobres desgraciados creer en brujos, que sin embargo la mayor parte no tienen semblante de serlo? Entonces, por qué admirarse si en siglos de ignorancia y barbárie hayan podido prestar una entera fé á las predicciones de los astrólogos y brujas de aquellos tiempos?

Luego no podia Juana evitar la influencia

de la mágia y ciencias ocultas, de que casi todo el mundo creía. Así es como estaba sinceramente agarrada en ella; no emprendía ninguna acción, ni diligencia de alguna importancia, sin consultar antes á su acostumbrada sibila.

Vivia entonces en Segovia, una de aquellas agoreras ó brujas, que hacían el oficio de sacar la buena ventura, y revelar los secretos de un porvenir desconocido á todos.

Solamente el asilo profundo é impenetrable misterio que la rodeaba, hubieran podido tal vez salvarla de la hoguera, á la cual indubitablemente como bruja habria sido entregada. Apenas conocían su existencia. No se atrevían á ir á su casa mas que al anochecer, para no ser apercibidos, tanto temían confesar toda correspondencia con una hechicera; y aunque su clientela fuese bastante numerosa, nadie osaba jactarse de haber ido á su casa. Los mas atrevidos se santiguaban al entrar y salir; y gracias á la vida casi claustral que llevaba, entregábase sin inquietud al cuidado enteramente cabalístico para explicar el presente, é interrogar el porvenir.

Tal era la Pitonisa que la reina consultaba. Llamábase Ouled-Zegri, su familia no era conocida, á menos que no fuese de origen moro.

En la casa que habitaba cerca del Alcázar, parecia suficientemente anunciar la persona que moraba en ella. Efectivamente, la fachada principal estaba casi murada, á la manera oriental. Solamente en lo alto, á la parte que figuraba el primer piso, dos ahuecaduras estrechas de ventanas distribuian en el interior una claridad avara y dudosa. La puerta, de fuerte encina, y sólidamente herrada, apenas podia dar entrada á una persona, y además de todo esto, estaba provista de una doble trampilla que no permitia ninguna entrada indiscreta, sospechosa ó profana, en aquella cueva sibilina.

Habia en el interior una barandilla de madera al rededor de un patio, cubierto solamente de algun plátano, pero tan profundo y silencioso, como la misma casa, que parecia privada de todo habitante, tanto, que su aspecto era sombrío y severo. Acostumbraba habitar Ouled-Zegri la parte superior de su casa, encima de la cual habia una especie

de pequeña azotea ú observatorio, en donde á ciertas horas de la noche iba á estudiar el estado del firmamento, la posicion de las estrellas, y calcular la influencia de las constelaciones, llegábase á esta parte por una escalera de madera oscura y angosta y hubiérase dicho, hecha espresamente para hacer mas inaccesible el lugar en donde la sibila daba sus oráculos, una vez llegado á lo alto de la escalera y cuando queriase penetrar mas adentro, encontrábase uno detenido por una distribucion de habitaciones, gabinetes, y puertas secretas, tan bien enredadas unas y otras que ofrécian el aspecto de una especie de laberinto. Se necesitaba conocer perfectamente las vueltas y revueltas de aquello para no estrañarse, y aventurarse sin alguna guía.

Seria tambien imposible dar aqui una descripcion clara y determinada de las disposiciones, y ardorno de todas aquellas piezas combinadas para un objeto misterioso y de naturaleza en sorprender la imaginacion. Todo eso, por lo demas poco importa á nuestro asunto y nos limitaremos solamente á dar

una idea de la habitacion en la cual tenia la bruja costumbre de dar sus consultas fatidicas.

Este cuarto ofrecia aquella extraordinaria miscelánea y pintoresco enredo que en todas épocas, han distinguido las estrañas habitaciones de aquellos austeros y traficantes practicos de vulgo incognitios; alquimistas astrólogos, agoreros nigrománticos brujos, ó pretendidos tales etc.

Estaba el aposento todo cubierto de sarga negra, apenas habia una ventana en uno de los rincones para dejar penetrar una luz crepuscular. El aspecto de esta lúgubre y silenciosa mansion, es menester decirlo tenia algo de solemne y sorprendente, Nadie podia entrar allí sin preservarse de un terror secreto, porque la disposicion de este lugar, era ya por su misma naturaleza propio para impresionar vivamente las imaginaciones.

Unas redomas, algunos, cuernos, y virottes varios cedazos, y unas vasijas, llenas de espiritu de vino en donde nadaban fetos de animales, y culebras abigarradas; estaban colocados sobre una vasta mesa de en-

cina en un rincón del aposento. Encima de otra unos libros abiertos, escritos la mayor parte en hebreo ó llenos de caracteres geroglíficos, estendian sus enigmas indecifrables hácia la mitad de la pieza una calavera blanca como el marfil descansaba sobre una pequeña cómoda de ébano, mientras que podia-se tropezar facilmente debajo de la mesa, no sin algun espanto con un cocodrilo y una ibis rellenos de paja. Acá y allá, un planetario, varias pequeñas figuras de cera, unas plantas de secretas propiedades y algunos vasos de barro ó de cristal con sus formas adecuadas para su destinacion estaban esparcidos en aquel extravagante pandemonio. Dos seres animados que por lo demas no estaban allí sino con el objeto de aumentar la especie de terror de que no se podia preservar penetrando allí, residian habitualmente en aquella satánica vivienda y estos eran una ave nocturna y una serpiente colocadas cada una en uno de los ángulos del cuarto las dos estaban vivas, y muy gordas; el pájaro estaba encaramado sobre un palo negro fijado en la pared, y parecia, desde lo alto de su

magestad sepulcral presidir á las operaciones cabalísticas del cuarto. En cuanto á la serpiente era inofensiva, un árabe se la regaló Ouled-Zegri enteramente domesticada en recuerdo de un horóscopo que le sacó, la cuidaba esta con mucho esmero y la habia colocado sobre una manta de lana, encima de la cual, el reptil civilizado, despues de haber comido, enroscábase con la indolencia de un lazzarone ó la molicie de un sibarita, para distraerse jugaba la maga algunas veces con ella y complaciase en provocar su cólera. Entonces el ojo endormecido del animal irritado, brillaba de un insólito resplandor, levantaba orgullosamente la cabeza, y hacia oír un pequeño silvido agudo; pero sea familiaridad, ó efecto de la domesticquez, ó bien sca que el instinto le hubiese revelado su impotencia para dañar y la privacion de su veneno, resultaba que esta esplosion de cólera limitabase á esa domostracion inofensiva, y que tampoco procuraba de morder la mano conocida que lo provocaba.

Lo restante de aquellos objetos, espuestos en aquella morada particular no ofrecia nada

mas de remarcable. Solamente, y como para añadir aun al lóbrego aspecto del lugar, una lámpara de barro, de forma antigua, ardiendo dia y noche, estaba colgada en el techo, y proyectaba en toda la vivienda sus pálidos é inciertos reflejos.

Un sillón de cuero de cordobán en donde estaba echada una magnífica piel de león, servia de trípode á la hechicera, mientras que sus pies descansaban sobre otra de tigre admirablemente salpicada de varios colores,

Tal era la estancia habitada por la maga, en compañía de los huéspedes que acabamos de citar y de una vieja criada llamada Ouled-Nalpa, africana como ella, de la edad de sesenta años, cuya piel pagiza y seca, figura delgada, ojo pequeño, y cabellera erizada, y cuyo aspecto en una palabra, realizaba el tipo fantástico de la bruja como de unos Ouled-Zegri, era una muger de cuarenta años. Su bronceada figura tenia aquel caracter de gravedad y energia salvage, peculiar á la casta morisca y árabe. Sin embargo, su rostro á pesar de su aspereza no carecia de agrado, y distincion y demostraba toda-

via las huellas visibles de una admirable hermosura, sus ojos eran negros, vivos, y bien rasgados, y sus dientes perfectamente blancos.

Tu talle mas que mediano, habia conservado su flecsibilidad y estaba realzado por un traje teatral de un efecto bastante hermoso. Llevaba un turbante formado con un cachemir de Indias, terminado detras por una ancha tirilla guarnecida con franja de plata que bajaba sobre el cuello. Un rico vestido terciopelo de Génova, arastrando, con anchas mangas, pendientes, abiertas á la altura del codo, ocultaba bajo la amplitud de sus vestiduras las bellas formas de la hechicera. Este vestido estaba salpicado con pequeñas estrellas de plata bordadas sobre la tela, y cerraba su talle una cinta de pergamino virgen, sobre el cual figuraban, en un relieve carmesí, los doce signos del zodiaco. Calzaban los pies bastante pequeños de Ouled-Zegri unas chinelas de maroquí á la moda turca encarnado con una estrella de plata en el medio, y sus manos llenas de sortijas y alhajas conside-

radas por ella como otros tantos talismanes.

Gracias á algunas predicciones en donde sin duda alguna habian influido mas la casualidad y situacion de las cosas que su adivinatoria ciencia, habia no obstante adquirido una grande reputacion en el arte cabalístico. No le faltaba ni perspicacia, ni destreza; pero débese creer que la ignorancia y credulidad de la gente en aquella época contribuian mas bien á su buen acierto, que á su arte infinitamente problemático.

Juana de Portugal sobre todo tenia confianza en ella, y como ya hemos dicho no emprendia nada sin consultarla.

Ahora pues, ya se sabe los graves y terribles proyectos que ocupaban su génio vengativo. Tampoco se ignora la pasion secreta que experimentaba por D. Alfonso. Varios motivos la obligaban á ir á consultar su acostumbrado oráculo, sobre los varios sucesos mas ó menos dichosos prometidos á su amor y proyectos.

Es menester añadir tambien que por mas prudencia y misterio, era en casa de la maga en donde citó á D. Alfonso.

Ya tuvo la precaucion de informarla de sus designios, le dió las instrucciones necesarias sobre el modo que debia ser introducido el jóven y lindo capitán de los arcabuceros del rey, y él en la esperanza de ese afortunado momento que fué á su casa para suplicarla de sacar su buena ventura sobre los acontecimientos que tan vivamente la interesaban.

Conocia la persona elevada que tenia el insigne honor de recibir y como encontrábase tan satisfecha de sus liberalidades mostrose muy complaciente hácia ella.

Enmascarada y envuelta herméticamente en un mant de raso negro, dirigióse Juana al anochechar hácia la casa de la hechicera, acompañada, de su fiel dueña, la doña Beatriz de Lajara.

Ningun incidente estorbó el corto tránsito que habia desde el palacio hasta al antiguo Alcázar cerca del cual vivia la misteriosa gitana.

La noche estaba oscura y sosegada, Juana y Beatriz caminaron rápidamente. Las calles estaban desiertas y silenciosas, no ha-

biendo ni policia ni guardia. Ningun triste encuentro interrumpió su marcha nocturna.

Llegaron pronto á la casa de la maga.

Llamó Beatriz á la puerta fuertemente con la aldaba, un momento despues asomóse la vieja Ouled-Nalfa por la trampilla y abrió la puerta cuando conoció las personas.

Entonces dijo Juana algunas palabras en voz baja al oido de Beatriz. Esta en lugar de entrar con ella se volvió otra vez atrás, cerróse la puerta y al instante fué introducida ante Ouled-Zegri que la esperaba en el referido gabinete,

Cuando entró la reina en aquel santuario cabalístico, parecia la maga meditar profundamente, sentada en su sillón. Un testo arabe, escrito sobre pergamino, y colocado sobre una mesita, estaba abierto delante de ella.

Luego que vió entrar á la reina se levantó gravemente y la saludó, pero con las maneras de una persona cuya presencia y condicion tan elevada no imponia, porque creia su dignidad realzada por el estudio de la

ciencia maravillosa de que trataba adivinar los secretos.

Quitóse Juana al entrar su máscara rebujó el capucho de su manto, y sentóse en un vasto sillón, cerca de la maga y esta tomó asiento en el suyo,

—Pareceis sumergida en graves reflexiones, dijo la reina, empezando ella misma la conversacion y echando al mismo tiempo á su rededor una mirada investigadora, como si tratára reconocerse.

—Es verdad señora, respondió Ouled-Zegri á quien por una larga permanencia en España habiase enteramente familiarizado con el idioma de este país; estaba ocupada mientras viniérais en leer un viejo manuscrito árabe que encierra la sublimidad de las ciencias ocultas; y procuraba profundizar un objeto tan importante.

—Sí, continuó Juana; ciencia maravillosa, y poder sobre humano aquel en que están dotados algunos entes privilegiados quienes como vos, saben consultar el porvenir y para los cuales el destino nada tiene de oculto.

—Si nuestra ciencia tiene algo de bueno,

respondió Ouled-Zegri, y sobre todo porque nos facilita los medios para conjurar los maleficios de Satanás, é impedir á las pobres y débiles criaturas de caer en sus celadas, y evitar los lazos estendidos á su fragilidad.

—Indudablemente, continuó Juana, pero vuestro arte sobrenatural tiene todavía otras muchas virtudes, mediante mil combinaciones, y numerosas pruebas de que solamente vosotros, teneis los secretos para podernos decir las suertes reservadas á una importante empresa, á graves proyectos, y á una afición sobre la cual quiere una fijarse. Todo esto digo, podeis decirnoslos antes?

—Nuestro poder Alteza, por grande que os lo figurais es bien débil algunas veces cuando Satanás, nuestro mas acérrimo enemigo, lucha contra nosotros, y que para paralizar nuestros esfuerzos despliega toda la astucia, perfidia, y maldad que nunca la abandonan.

—Pero vamos al caso, Ouled-Zegri replicó Juana impaciente para llegar á su objeto y veamos si el destino me será favorable lo habeis interrogado segun los cálculos

y revelaciones de vuestra ciencia y conforme los indicios de que os he suministrado esta mañana sobre las varias eventualidades que tanto me interesan conocer?

—Sí, alteza, respondió Ouled-Zegri, todo nos hace conjeturar un completo suceso, en la empresa atrevida que perseguís; tal vez encontrareis algunos obstáculos, puede ser también que hallareis momentáneamente algunos impedimentos, pero con perseverancia y firmeza acabareis por triunfar en todas vuestras empresas.

—Lo creéis, sabia agorera? preguntó Juana, procurando leer en la mirada de la maga, el fondo de su pensamiento.

—Sí, continuó esta, todo anuncia ecsito y suceso, lo que es lo mismo, tened añadió, vamos á verificarlo por lo que nosotros llamamos la dactiliomancia, es decir la prueba de la sortija por el vaso de agua, la suerte dichosa ó no que os espera; levautóse entonces, tomó de encima de la mesa un vaso de cristal, lo llenó y luego abriendo una cajita de piel, sacó una sortija de oro preparada sin duda de antemano para la espe-

riencia en la que contaba entregarse.

—Esta prueba es decisiva, dijo Ouled-Zegri, para que la operacion sea favorable es menester que el anillo en lugar de sumergirse esté en la superficie, en este caso está asegurado el suceso; y si al contrario como es la propiedad de todo metal, va al fondo, es señal de desgracia.

Tomando entonces su varita adivinatoria ó de virtud con la mano derecha, y con la otra la sortija de oro ó tal vez de madera dorada, pusóse un instante abstracta, y con tono inspirado y solemne, tocando alternativamente con tiento la sortija y el vaso murmuró en árabe algunas palabras ininteligibles, mezcladas de hebreo, y exclamó con voz acentuada,

«Anillo misterioso. Te ordeno á despecho del demonio, y de sus negros complices, gnomos, dijunos, lamias, duendes, y sus maleficios, mando pues que seas favorable, segun nuestros deseos..., yedehoui, ydeoni, Jadedehal...»

Luego lo dejó caer en el vaso y se quedó onéima.

Pareció Juana maravillada.

—Lo veís, Alteza, dijo la hechicera con aire satisfecho, la prueba por el agua es decisiva. La del fuego que nombramos piro-mancia, sin la cual en magia nada puede tener efecto, será lo mismo, vamos á probarla.

Tomó entonces una de las pequeñas figuras de cera del tamaño del dedo mediano, groseramente amaldoda. Esta figura representaba un angel armado con una espada flamijera derribando un demonio,

Fué á buscar en una pieza inmediata unas trebedes sobre las cuales estaba colocadó un brasero en donde encubriáanse debajo de las cenizas algunos carbones ardiendo. Reanimó al instante el fuego, y le echó encima un polvo que pronto se inflamó, derramando una luz pálida y azuleja, como la del espíritu de vino mezclado con sal.

— Cuando esta prueba dé un buen resultado, podrá ser considerada como un pronóstico muy favorable para el suceso de una empresa proyectada, estando hecha según las reglas del arte, y sobre todo bajo la influencia de las invocaciones y súplicas aplicables á

la circunstancia. Es menester sobre todo que la persona interesada sea dotada de un poder bastante grande, para combatir victoriosamente la practica perniciosa de los genios malos, y la de los agentes infernales suscitados y ligados contra nosotros. Nada en el mundo es mas fundible como la cera, repitió la maga. Pues bien! voy á poner sobre las ardientes ascuas esta figura de cera virgen que representa como V. A. ve un árcangel ó buen génio derribando un demonio. Para que la prueba sea decisiva y por consiguiente favorable, solamente el demonio debe fundirse, y desaparecer enteramente. El angel al contrario, perderá su forma primera ó mas bien su envolvedero de cera, imagen de nuestro mortal despojo: pero no perecerá totalmente, quedará algo de él; y luego, oh espectáculo admirablemente y nuevo! el fuego no tendrá absolutamente ningun poder contra este indestructible despojo; su accion no podrá destruir ni la forma, ni el color, indicio seguro del suceso que os espera, el cual os indicará claramente el triunfo de los obstáculos, y la total destruccion de las barre-

ras que podrian encontrarse en vuestros proyectos.

Juana la escucha con grande atencion, y parecia mas que nunca convencida de la realidad de su poder sobrenatural.

El aire inspirado, la voz y los solemnes gestos de la hechicera, con sus graves posturas teatrales y magestuosas, inspiraban á la reina una profunda impresion.

Apartóse nuevamente, tomó con su diestra mano la varita mágica, la levantó encima del brasero, y con la otra la figura de cera; la arrojó en el fuego, derramó sobre las ardientes ascuas unos polvos odoríferos, de donde exalóse un perfume suave, semejante al ambar, y pronunció estas palabras:

—«Del mismo modo que esta cera se funde y desaparece bajo la accion del fuego de este brasero, asi pueden desaparecer los obstáculos representados bajo la imagen de este demonio, el que podria, señora, oponerse al cumplimiento de vuestros deseos, ó al resultado de vuestros proyectos. (Megonim! Melehesim! Menaches!)...

Despues de haber acompañado aquellas pa-

labras con algunos ademanes cabalísticos, hechos con su barita, sentóse otra vez, y pareció esperar con grande ansiedad el resultado de la operacion.

Como lo habia anunciado, derritióse al instante la figura de cera representando el demonio, asi como la del arcángel: cuando la cera, cuya imágen del ángel estaba formada, hubo desaparecido bajo la accion del fuego, quedó despues una especie de filamento lustroso y suave que se mantuvo intacto en medio del brasero. El fuego no alteró ni su forma, ni color, ni calidad.

Permanecieron silenciosas á contemplar un momento los efectos maravillosos de esta experiencia.

Finalmente, cuando Ouled-Zegri hubo dejado el tiempo necesario á Juana para convenirse de la realidad por la prueba hecha ante su vista, dijo:

—Lo veis, señora? no me habia engañado; es una gran suerte para vos, y todo anuncia un buen resultado.

—Eso parece un milagro, murmuró Juana embobada; y no pudiendo distraer su atencion

del objeto colocado en medio del brasero, que el fuego no le habia ofendido.

Ahora pues, la estratagemá á que habia recurrido era muy simple, y la profunda ignorancia que tenian entonces sobre las propiedades de una infinidad de plantas y sustancias, puede esplicar solamente la admiracion y profundo asombro de la reina, al aspecto de un resultado, que en nuestro tiempo á nadie sorprenderia.

Efectivamente, Ouled-Zegri cubrió de cera el ángel esterminador que estaba compuesto de Amianto, y como Juana ignoraba la virtud incombustible de esta planta, que tal vez es la sola en la naturaleza, que goza de un privilegio tan extraño, se esplica de si misma su admiracion.

Despues de esta prueba de que la reina pareció tan satisfecha, se llevó Ouled-Zegri el brasero, y lo colocó otra vez en donde lo habia tomado.

—Con que, preguntó Juana con profundo sentimiento de reflexion; ¿mis proyectos saldrán bien?

—Todo lo indica, señora, respondió la ma-

ga, á la cual debemos decirlo, no le habia comunicado ni sus proyectos ni sus intenciones.

—Por mas certidumbre, alteza, continuó la hechicera, no he querido limitar mis pruebas solamente á la esperiencia de la mágia blanca; quise tambien consultar la astrología, de que poseo algunas nociones, y aunque desgraciadamente esta ciencia sublime no me sea tan familiar como la mágia, me entregué con el auxilio de este planisferio, á algunas combinaciones, que sin embargo os debo confesar, no me han satisfecho tan plenamente como las esperiencias que acabo de practicar.

Desarrolló entonces Ouled-Zegri ante la reina un planisferio que fué á buscar sobre la mesa en donde gustosamente descansaba. No fué trazado por ella, porque semejante obra exigia unos conocimientos en astronomía que no tenia, pero se lo hizo otras veces un astrólogo italiano, por la necesidad que tenia de su dudosa ciencia, y de la que se servia á cada ocasion, como si hubiese emanado de ella.

Mostrando, pues, con el dedo sobre el planetario los varios signos que estaban señalados, dijo:

—La posicion de la luna respecto á Saturno, y el ascendiente de Júpiter, parecen al principio un pronóstico de suceso en favor de aquellos que intentan una empresa. Esta union parece prometer buen resultado á quien persigue esta empresa; pero por otro lado, estando Saturno en combustion, esta misma union amenaza peligros y descalabros, y desde entonces hay grandes dudas sobre el resultado dichoso de los proyectos ejecutados bajo la influencia de esta desfavorable union. Tal es á lo menos mi dictámen. Alteza añadió la maga terminando.

—Lo creéis, sábia agorera? dijo Juana; comprendí vuestro pensamiento, añadió aunque no comprendió nada en la esplicacion astrológica que acababa de darle. Ahora, continuó la reina, decidme si me quiere, y en caso contrario, ¿cual seria el medio para hacerse amar? decidme tambien si tendré ó no motivo para quedar satisfecha de la próxima entrevista que aqui mismo tendremos?

Acabando estas palabras, se dispuso Juana á escuchar á la maga con grande atencion.

—Noble señora, le dijo esta con gravedad

despues de haberse colocado otra vez en su vasto sillón, que habia dejado momentáneamente; me he aplicado á investigar mediante unos secretos de nuestro arte, las causas mas ó menos probables, segun las cuales, podeis esperar un tierno agradecimiento por parte de el que quereis. Sin embargo, os debo decir, que segun las pruebas, cálculos, y estudios á que me he dedicado, no encontré entre vos y él la simpatia perfectamente establecida.

—Eso está conforme con el ensueño que tuve, dijo Juana entristecida con la revelacion de la maga.

—Pero ese sueño preguntó esta, de qué manera os vino? ¿es acaso de resultas de alguna contrariedad, ó de algun acceso de cólera? en seguida, estábais acostada sobre el lado derecho ó izquierdo?

—Oh! respecto á las contrariedades, respondió Juana con vivacidad, no me faltan nunca, y tambien mi cólera encuentra siempre á mi rededor un alimento demasiado justo.

Luego contó la especie de éstasis soporífero en que la habia sumergido el «hachis»,

y las circunstancias, bajo cuyo imperio habia tomado esta preparacion, refirió el extraño alucinamiento de que habia sido presa, y acabó por manifestarle que habitualmente dormia sobre el lado derecho.

Ouled-Zegri despues de escucharla con atencion le respondió:

—Descuidad, noble señora, este sueño ó mas bien esta fantasia, no puede perjudicar en nada contra los tiernos sentimientos que debísteis inspirar al galan caballero que dignásteis honrar con vuestras bondades, porque no emana de una causa natural, y que ha sido violentamente provocado en vuestra imaginacion por la preparacion que habeis usado. Por lo demás, ¿qué caballero, por altamente colocado, por lindo y distinguido que sea, no se encontraria infinitamente dichoso de haber llamado la atencion á la reina de Castilla, la hermosa y brillante Juana de Portugal? Debeis pues, ser querida, todo parece indicarlo.

—Ojalá dijerais verdad! suspiró Juana un poco asegurada por las palabras consoladoras de la hechicera; pero, añadió, y si amára á otra persona? ¿y si su corazon estuviese ya empeñado?

—Nada importa, replicó Ouled-Zegri, tenemos medios casi seguros para atraer hácia nosotros los corazones incostantes, lijeros é indiferentes. Para eso, los talismanes, los amuletos y sellos celestes, sirven con efecto maravilloso.

—No podriais procurarme algunos de ellos, docta maga? preguntó Juana.

—Seguramente, y hago cuenta de ofreceros un talisman destinado para preservaros de todo desden, en el caso poco probable que esto sucediese; y aun la virtud simpática de este talisman, es tal, que puede cambiar en amor violento el ódio mas profundo.

—Ah! veamos, veamos, exclamó Juana, es tan penoso, murmuró con un suspiro de no ser recíprocamente querida.

Levantóse entonces la maga, y fué á abrir un armario de ébano colocado contra la pared, y cerrado á doble llave; quitó un pedacito de estofa de seda verde en guisa de bolsillo, de donde sacó una lámina redonda de metal.

—Tened, señora, ved aqui un poderoso talisman, con el que experimentaréis los mas di-

chosos efectos. Está compuesto segun el método y principios de los profesores mas famosos en astrologia, cabalística natural, y notablemente segun los del grande Zoroastro, Paracelso, Agrippa, del sabio Robm, Isaac, Raviel, y aun por los preconizados sobre la clavicula de Salomon. Este talisman, continuó Ouled-Zegri, está compuesto del oro mas puro del Arabia ó de Hungria. El número misterioso de 175 distribuido en siete lineas, está grabado en uno de sus lados; sobre el otro está igualmente la figura geroglifica de una muger, ó mas bien de una diosa, vestida de corto y que es Venus, correspondiendo al planeta bajo cuya influencia ha sido formado. La figura tiene cerca de su pierna derecha un pequeño amor alado, teniendo aljaba y flecha inflamada, y la diosa una lira en su mano izquierda, y una estrella con esta palabra Venus, resplandeece en su frente. Hay mas; este precioso objeto ha sido hecho en el momento en que la constelacion de Venus estaba en buen aspecto con la de Marte, habiendo entrado la luna en el signo del Tauro. Poseyéndolo, sereis amada ardientemente, y so-

bre todo, si pudiérais hacer beber mañosamente á la persona que quereis un licor en donde habrá pasado el talisman.

—Bien está, os doy infinitas gracias, sábia Ouled-Zegri, dijo la reina con una marcada satisfacción, tomando el talisman de las manos de la gitana, y el pequeño bolsillo en donde estaba encerrado; no tardaré en experimentar su virtud simpática, porque se acerca la hora de nuestra cita, y os confieso que no puedo pensar en él sin experimentar una viva emoción.

Acabando estas palabras pasó al rededor de su cuello el cordon de seda en que estaba suspendido el talisman, y lo colocó en su pecho por el lado del corazon.

—Así pues, preguntó Juana, las suertes son favorables para mí por todas partes?

—Teneis que esperar todo de ellas, respondió la bruja.

—En hora buena, estoy mas sosegada, luego mudando de conversacion, dijo: hicisteis preparar lo necesario para nuestra entrevista?

—Vuestras órdenes, han sido fielmente ejecutadas, noble señora.

En este momento oyóse raspar ligeramente á la puerta del gabinete misterioso.

—Hay alguno ahí? dijo Juana.

—Sí, respondió Ouled-Zegri, es mi vieja criada: sin duda que viene á advertirme la llegada de la persona que estais esperando. Ouled-Nalfa tiene órden de no penetrar aqui so pretesto cualquiera, y sobre todo, cuando estoy dando audiencia: debe limitarse solamente en raspar á la puerta, y esto es lo que hizo. Está ahí, señora, no le haciedle esperar demasiado; considerad la emocion y perplejidad que tendrá en una cita tan misteriosa.

—Ah! murmuró Juana con espresion; ¡su emocion no podrá ser mas fuerte que la mia!

Juana habíase ya levantado; apresuróse en volverse á poner su mascarilla de terciopelo, bajó el capucho de su manto, y mientras hacia aquellos preparativos, puso sobre el rincon de una mesa una bolsa llena de monedas de oro, y produjeron un sonido metálico, que oyó distintamente Ouled-Zegri.

Pero de repente un incidente bastante extraño vino á turbar sus preparativos de salida.

Efectivamente, el extraordinario huésped que guardaba en su gabinete Ouled Zegri, en una palabra, era la serpiente, que ó bien por hambre, capricho ó necesidad de accion, habia dejado la modesta cama, sobre la cual ostentaba un momento antes, su piel abigarrada, y arrastrábase silenciosamente acá y allá por el gabinete.

Juana, absorta con las esplicaciones cabalísticas en que estaba tan interesada, no habia reparado en aquel espantoso animal.

Sintió repentinamente su pié, deslizarse sobre una cosa redonda y blanda á la vez; era el imprudente reptil á quien acababa de pisar. Enderezóse furiosa la serpiente, silbó y mordió vanamente el zapato de maroqui de la linda visitadora, huyó y fué á esconderse en un rincón.

Juana, aunque dotada de una energia bastante grande, estremecióse de terror y espanto, y prorrumpió en alaridos al aspecto del atroz ovíparo.

—Esto no es nada, dijo la bruja con la mas grande tranquilidad; es «Lucifer», mi serpiente que ha dejado su escondrijo; no ten-

gais ningun cuidado señora, no es malo: de-
beis saber alteza, añadió sonriendo, que está
escrito: «la muger aplastará la cabeza de la
serpiente.»

Juana, desconcertada y turbada desme-
damente, le gustó poco el chiste y apresuró-
se á dejar el gabinete. Una puerta secreta cu-
bierta por una espesa tapiceria abrióse enton-
ces, y guiada lentamente por la criada, que
la precedía con una linterna, se fué hasta el
apósito en donde la esperaba don Alfonso de
Córdoba.

Pero en el instante de dejar á la maga, po-
niendo un dedo la reina delante de su boca,
le dijo con una espresion particular de firmeza.

—Sobre todo, ni una sola palabra acerca
de esto, discreta maga; sed mas muda que el
sepulcro, ó sino...

No acabó.

—Id con Dios, noble señora, respondió
Ouled-Zegri con el mas grande sosiego; ten-
go demasiado interés para estar callada con
todos, y con mas razon lo debo estar con vos.

CAPITULO VII.

La cita.

Hemos dejado á don Alfonso saliendo de su casa despues del doble incidente, la negativa de las cédulas que le concedia el rey creándolo conde, y la visita de doña Josefa la dueña de Catalina.

Aquel dia no se presentó á la corte para no tener que sufrir las euestiones indiscretas, reparos y observaciones importunas de los favoritos y cortesanos sobre la estraordinaria é inesperada resolucion que acababa de tomar. Despues de haber cumplido con varias ocupaciones de su empleo, volvió á su casa y esperó con impaciencia la hora de su cita misteriosa. Llegó por fin aquel momento deseado.

Antes que diesen las doce en el reloj de San Facundio de Segovia, el jóven capitán juzgando como cortés caballero, que mas va-

lia esperar á su desconocida que hacerse esperar, habíase puesto en camino hácia el Alcázar.

Sin embargo, como no sabia definitivamente con quien iba á verse, se había armado sólidamente por un justo sentimiento de desconfianza. Puso en su cinturón un puñal y una corta espada bien afilada, y también sus manoplas de acero; precaución inútil sin duda, pero que en su situación, y en aquellos tiempos tan aciagos, no se debe admirar tomara estas medidas. Luego con su sombrero viudo de el hermoso plumero que no había aun reemplazado, y envuelto en una vasta capa parda, partió para su cita, como si fuese á alguna expedición.

Pero mientras que el lindo capitán singularmente euredado en el misterio de ese negocio, iba á buscar su explicación, Catalina de Sandoval por su parte, estaba también entregada á todas las perplejidades de las mas celosas sospechas. En efecto, la dueña adicta ya á su causa, no había faltado de comunicarle la imposibilidad en que se encontraba Alfonso de presentarse aquella misma

noche, la especie de secreto, obstáculo, é irresolucion de que hizo prueba, escusándose de no poder adherirse á su amable ofrecimiento, y sobre todo la porfia que parecia haber puesto en ocultarle la causa de su negativa: todo esto pareció sospechoso á la astuta camarera. No faltó en manifestar sus dudas á Catalina, sobre la verdadera causa de esta negativa, que desde allí á la sospecha el tránsito es simple y fácil, tanto mas cuanto que la imaginacion viva y apasionada de la hermosa favorita, no estaba sino muy dispuesta á recibir aquellas impresiones celosas.

Asi es, que cuando la dueña hubo deslizado en el corazon de su señora aquella serpiente cruel que se llama celos, no tuvo ni tregua ni piedad, hasta que no estuviese asegurada de la realidad de sus sospechas. Pero de qué manera? un solo medio conveniente ofrecióse á ellas, y lo adoptaron sin dificultad ninguna:

La noche que Alfonso debia ir á la cita, era la que habia declarado no poder satisfacer á la invitacion de Catalina, impedido por un asunto cualquiera, pero ignorado de esta y de su dueña. Presentóse un medio á las dos,

para descubrir el fondo de este misterio, y fué el de azechar los pasos y diligencias del capitán, seguirlo á donde fuera, y asegurarse de esta manera, sobre las dudas que comenzaba á formar contra él. Alfonso sin ninguna desconfianza, no creyéndose el objeto de semejante vigilancia, debía necesariamente obrar en consecuencia, ir derecho y sin rodeo á donde lo esperaban, y desde entonces era fácil saber en una ciudad tan pequeña como Segovia, la casa á donde iba, y el motivo que allí lo conducía.

Encargó á Josefa aquella comision de vigilancia, y le dió orden de volver pronto á informarla del resultado de sus descubrimientos é investigaciones.

Justamente siendo detenido el rey aquella noche en sus aposentos, por las recepciones, dejaba el campo libre para obrar á su favorita. Por ío demas aquella tarde fingió una ligera indisposicion; y le habia manifestado el deseo de quedarse sola en su cuarto. De manera, que despues de la brillante hazaña de la mañana y el sacrificio de que habia dado prueba hácia su persona, estaba mas que

nunca dispuesto á respetar sus menores voluntades.

Pues bien, á la hora señalada doña Josefa, misteriosamente envuelta en una capa negra, y el capucho bajado sobre la cabeza, fué á colocarse en centinela en el ángulo de una puerta inmediata á la de Alfonso, y esperó allí pacientemente su salida. No tardó en efectuarse como acabamos de decirlo. Siguió entonces de lejos al capitán, que no pareció apercibirse de la vigilancia ejercitada sobre él.

De pues de un cuarto de hora de marcha y cuando Alfonso hubo llegado á la calle en donde estaba situado el Alcazar, á pesar de la oscuridad de la noche pudo ver á este acercársele una muger que llevaba el mismo traje que ella, y pareció trocar rápidamente algunas palabras con el capitán, vió despues á este, seguir la desconocida como si hubiese esperado positivamente allí, para guiarlo, un momento despues, habiéndose aprocsimado un poco mas apercibió á la desconocida pararse delante de una casa enteramente amurallada, y por eso mismo muy facil á recono-

cer, vió tambien á la muger raspar con tiento á la puerta y entrar los recién llegados. Luego cerrarse, y quedar todo en el silencio y descanso. Josefa viendo al jóven caballero introducido, experimentó una estraña sorpresa, y casi un sentimiento de espanto. Entonces acercóse allí con precaucion á fin de asegurarse de su identidad, luego alejóse vivamente y volvió á entrar en palacio por la puertecita y se apresuró á dar cuenta á Catalina, del resultado de su comision.

Ahora bien, la desconocida que se habia acercado á D. Alfonso en la calle, como se habrá adivinado, era doña Beatriz la camarista de la reina, que fué encargada de acompañarla.

Desde que este entró en aquella casa de apariencia bastante estraña, para no decir sospechosa, apoderóse de él una especie de secreto sobresalto, tanto mas, cuanto que al pálido resplandor de la linterna que llevaba la que le servia de guia, pudo echar una rápida mirada sobre su cara y aspecto casi satánico, cuyas dos cosas no lo habian satisfecho. Por la razon de que á su entrada habia

dejado Beatriz el cuidado de conducirlo á Ouled-Nalfa y es por esta misma razon que su primera ojeada é impresion, no fueron favorables, ni á su nuevo conductor, ni al aspecto de los lugares.

Una tranquilidad triste y sepulcral, justificada en parte por la hora avanzada de la noche, parecia reinar por todas partes en esta extraordinaria mansion. Alfonso tenia miedo, no atreviéndose sin embargo á dejarlo aparentar. Pero este miedo, provenia menos del peligro que hubiera podido experimentar encontrándose cara á cara con cualquiera adversario, que del temor de un asesinato, ó de una vil traicion.

Asi es, que le parecia á cada instante, sentir alguna trampa secreta ó algun *vade in pace* abrirse bajo de sus pies dispuesto á tragarlo. Una mano apoyada sobre el puño de su espada y la otra en la concha de su puñal seguia maquinalmente la vieja, estaba preparado para todo acontecimiento, y maldecia interiormente la idea fatal en que habia cedido aceptando, ciegamente una cita de una naturaleza tan equívoca. Además de

eso, la vieja no hablaba el español, apenas podía pronunciar algunas palabras en este idioma. No conocia mas que el árabe, su lengua natural, ahora pues, D. Alfonso habiase mucho mas aplicado en combatir á los moros que á estudiar su dialecto del cual no conocia sino muy pocas palabras. La vieja afectaba un silencio que aterraba. Beatriz los habia dejado, despues de su entrada de manera que no le quedaba otro partido sino el de seguir resueltamente á la vieja ó retirarse; pero habiase adelantado demasiado para retroceder, y ademas haciendo esto parecia manifestar un temor, y espanto, indignos de un valiente militar.

Ouled-Nalfa, observando siempre el mismo silencio, lo condujo á le estremidad de un largo corredor. Detúvose delante de una pequeña puerta, hecha á ogiva muy baja y que podia asemejarse á la de una bóveda funeraria, la abrió con una llave que sacó de su bolsillo y presentóse á su vista, una escalera angosta y escabrosa, la criada alumbró con su linterna, para facilitar la subida á D. Alfonso; y mientras que subia los primeros es-

calones, oyó cerrar detras de él, unos enormes cerrojos.

Finalmente al cabo de veinte y seis escalones, terminados por un pequeño palier, abrió la vieja otra puerta, y una luz amorosamente entretenida por varias bugias verdes y rosas, sorprendió agradablemente la vista de Alfonso.

Hasta ahora pensamos no hay mucho mal, esperaremos el resultado.

Entró pronto en una pieza perfectamente cerrada, pero mas elegantemente dispuesta de lo que anunciaba la apariencia exterior de la casa.

Las paredes estaban colgadas con una tapiceria un poco usada, pero aun muy presentable.

En medio del aposento encontrábase aderezada una mesita muy curiosa, alumbrada por dos hachas de cera rosada; sobre cuya mesa resplandecian unos vasos y frascos de cristal, llenos de varios vinos y licores tintos dorados ó diapreados, dátiles naranjas, y otras magnificas frutas, confituras, y pasteles, de un aspecto muy apetecible, esta-

ban simétricamente colocados sobre unos platos de losa de Sajonia muy viejos, cuya fecha se perdía en la oscuridad del arte cerámico.

Había contra la pared, un ancho canapé, sobrecargado de blandas almohadillas, mientras que en una alcoba cerrada hasta á la mitad por unas cortinas de seda levantábase un lecho ricamente adornado, y cubierto de raso carmesí.

Varios braseros de forma oriental derramaban en el aposento un perfume embriagador.

Al aspecto de aquella confortativa y excelente elegancia, sintió Alfonso desvanecerse poco á poco sus secretos temores, y salvo los vinos y licores del ambigü en los cuales, á pesar de su apariencia seductora, no tenía una confianza; privado de toda sospecha venenosa encontraba que el desconocido ó desconocida, habían hasta allí hecho las cosas convenientemente bien.

Cuando Ouled-Nalfa hubo conducido á Alfonso á la citada pieza haciéndole señas, lo instó á que se sentara sobre uno de los si-

liones colocados en uno de los lados de la mesa, dándole á entender que todo lo que allí habia estaba á su disposicion, y que algunos iban á venir bien pronto para darle compañía, luego salió.

Quedando solo entregado á una emocion difícil de describir, y tan fuerte como la que tenia cuando estaba enfrente al enemigo, echóse en uno de los sillones. Es inutil decir, que no pensó en aprovecharse de la recomendacion gastronómica que le hizo la vieja. La situacion era nueva y graciosa para él, y forjaba en su imaginacion mil quimeras; su corazon latia con extrema violencia; unos pensamientos estraños, terribles, ó graciosos, sucedianse sin consecuencia en su cerebro, y sin que tuviese posibilidad de detenerse en ninguno.

—Que es lo que iba á aparecer? alguna vieja enamorada como la que acababa de dejar ó algunos asesinos dispuestos á echarse encima de él para despojarlo, ó finalmente imagen mas consoladora, alguna jóven y bella persona, dulce tímida, encarnada de pudor, y emocion, y escusándose con la mas encan-

tadora confusion, de la libertadde semejante procedimiento?

Tuvo un momento el pensamiento que podia ser tal vez su muy amada Catalina ella misma quien para probar su fidelidad, acaso le armaba una asechanza ó que tambien fuese, para verlo con mas comodidad, practicando esta galante sorpresa.

Pero esta suposicion no era admisible porque la diligencia que hizo Josefa hácia él desbarataba esta idea enteramente inverosimil.

Estaba pues, entregado á las perplejidades mas contradictorias. A medida que sentia aprocsimarse el momento, parecia crecer su emocion, y nunca habiase visto entregado á angustias tan vivas, á una ansiedad, y agitacion tan penetrantes. Una hora todavia de una incertidumbre semejante, y habria renunciado á sufrirla, tanto las pulsaciones de su corazon eran precipitadas que alteraban su cerebro.

Finalmente, despues de un cuarto de hora de mortal espera que le pareció un siglo, oyó á la puerta como el roce de un vestido de seda, luego ponerse una mano con mucho

tiento sobre la cerraja, apretar el resorte, y abrirse la puerta.

Vió entonces adelantarse hácia él una señora enmascarada, envuelta en una capa de raso negro, pero cuyo exterior, haciendo traicion á una confusion bastante esplicada por la rareza de la situacion y escentricidad de la accion, parecia revelar una persona de distincion.

Un pié pulido calzado con zapatos de marroqui encarnado y una pequeña mano finamente cubierta con guantes, vinieron á confirmarlo en sus posiciones favorables.

A esta amable aparicion, el capitán, asegurado, se levantó y saludó á la incógnita con las señales del mas profundo respeto, y despues de haber cumplido con esta cortesía, apresuróse á ofrecerle el otro sillón colocado delante de la mesa, y acercándolos al canapé. Examinando atentamente la actitud de la desconocida pudo convencerse de que no era Catalina. Un momento de silencio, durante el cual los dos personajes parecieron embarazados, siguió á esta primera entrevista.

Alfonso creyó que lo debía romper y dijo á la incógnita :

— Pareceis conmovida y turbada , señora : descuidad.... Estais con un caballero cortés y discreto , que no ignora los miramientos debidos á las señoras , sobre todo cuando parecen bellas y distinguidas como vos.

— Pura suposicion por parte vuestra , caballero , dijo esforzándose la desconocida en mudar su voz , que no era sino la de la misma reina ; pura galanteria , porque no habeis visto mi cara ; á este propósito y ante todo tengo que obtener de vos una promesa.

— ¿ Y cuál es , señora ? Si está en mi poder concedéros la me guardaré muy bien de faltar.

— ¡ Ah ! eso pende absolutamente de vos.

— Veamos pues.

— Es menester que me deis vuestra palabra leal de gentil-hombre , que por lo que pueda suceder no tocareis á esta careta y no hareis ningun esfuerzo para saber quién soy ni dirigirme ninguna cuestion indiscreta.

— La condicion me parece un poco severa , atrevióse á contestar Alfonso.

— La exijo de vos, caballero, ó si no me retiro.

El tono de estas palabras anunciaban bastante á don Alfonso que la incógnita estaba dispuesta á ejecutar su amenaza.

— De manera que debéis considerar, añadió, que eso depende enteramente de vos.... Por lo demas no olvidéis lo que vos mismo acabais de decirme, que sois un caballero discreto y cortés, no ignorando las consideraciones debidas á las señoras.

— Es verdad, señora, y seré bastante dichoso probándoos que en esto he dicho la verdad: os doy, pues, mi palabra que haré todo lo que exigis de mí.

— Bien está, señor; si estoy satisfecha de vuestra discrecion me vereis mas de una vez con la cara descubierta, y vuestra admiracion será tal vez grande conociendo quién soy.

— ¡Ah! todo me indica que sois una persona distinguida, respondió el capitán cuya misteriosa entrevista y severo incógnito de que Juana parecia conservar comenzaban á excitar vivamente; todo me hace presentir que sois jóven, graciosa y bella sobre todo....

—Juzgad, pues, si me descubriera y que no encontrarais en mi todos los tesoros reunidos de que os imaginais, juzgad, digo, de mi confusion! Asi es que por hoy os contentareis con el placer de entretenerme.

—Así sea, bella condesa, adorable marquesa, respondió Alfonso; porque sois á lo menos una ú otra. Este placer será una felicidad para mi.

—Ahora supongo, replicó Juana, que mi procedimiento debe pareceros algo extraño; lo es en efecto, y convengo en ello; pero vuestra fama y grande valor me hizo olvidar por un instante la reserva habitual á nuestro sexo; quise ver de cerca un caballero cumplido y en el abandono de él á solas el jóven y brillante capitán, cuyo nombre es para los infieles un objeto de terror y de espanto; ya veo que la fama no ha publicado nada que no sea perfectamente justificado.

A este elogio lisonjero un repentino rubor coloró la frente del jóven guerrero, cuya modestia, es menester decirlo, igualaba al valor. Inclínose y dijo con sosiego:

—Soy dichoso, señora, que os dignais tener

buena opinion de mí; pero en esto no hice mas que mi deber hácia la patria y el rey mi dueño.

La reina mudaba continuamente su voz, y por consiguiente era imposible reconocerla. Procuraba adivinar en su imaginacion á qué clase podian referirse los indicios vagos y fugitivos que le permitiesen acertar la voz ó ademan de su desconocida; pero nada podia indagar: fluctuaban siempre sus inciertas ideas; por lo demas conocia pocas cortesanas y fuera de la córte ninguna; y por eso mismo estaba entregado su espíritu á la mas completa irresolucion. Estaba tan lejos de imaginar que se hallaba á solas con la reina de Castilla que ni aun lo pensó. Creyó mas bien que tenia en su presencia á alguna jóven cortesana, impedida por mera curiosidad á ese procedimiento particular, y que una vez lejos ya no oiria hablar mas de ella. Pero sin embargo, estaba lisonjeado de ser el objeto de semejante atencion. Continuó la conversacion entre los dos interlocutores.

—Santa Virgen! dijo la reina apercibiendo en el cinturon del capitán resplandecer su pu-

ñal; cómo estais armado? contábais tener algun ataque ó algun enemigo á quien combatir?

— Ay de mí! señora, respondió galanamente Alfonso, ahora me apereibo que es solamente mi corazon, quien está en peligro con vos.

Pero concebireis que en estos tiempos, un puñal es á mi juicio un compañero de viage, de que nunca debe uno separarse. Acaso pueden encontrarse por allí, algunos hermanos, maridos, ó aun algunos rivales de mal humor, ver unos salteadores contra los cuales, puede uno ser obligado á defenderse, y que algunas veces es menester matar para enseñarles á vivir.

— Frecuentais á menudo la corte, señor?

— Muy poco.

— Sin embargo, jóven valiente y distinguido como sois, es una mansion que debe tener muchos atractivos para vos.

— No precisamente, detenido casi siempre por los deberes de mi empleo, lejos de Segovia y de varios otros lugares en donde resido no he tenido tiempo para frecuentarla. Desde mi vuelta de Granada, la ví apenas una ó dos veces.

—Os disgustaria la corte?

—No, pero no la amo mucho, porque suceden alli varias cosas y se ven algunas gentes, que no tienen el don de agradarme.

—Corriente, pero con todo, en la ocasion eso no impide la diversion que allí se disfruta; y dicen que S. A. don Enrique de Castilla, está él mismo bastante inclinado á querer que se diviertan; tal vez vuestro corazon estará ocupado en otra parte, añadió Juana como por forma de insinuacion, y entonces concibo...

No acabó.

Pareciendo esperar su respuesta, y el modo con que acogeria esta pregunta; pero Alfonso, ante todo, franco y leal, no fué desconcertado por esta cuestion, y respondió con mucho teson.

—No pretendo señora haber estado siempre insensible, ni aun serlo ahora, al contrario...

—Por lo que veo amais.

—Mentiria si afirmára lo contrario.

—Y es una cortesana?

—Teneis interés en saberlo?

—Sí, nombrádmela.

—Os la nombraré si quereis quitaros esa fea máscara de terciopelo, que me oculta ese interesante y lindo rostro, que quisiera ver tan abiertamente.

—No puedo: ea, oigamos su nombre, que sepa quien es la dichosa mortal de que vuestro espíritu está ocupado.

—No puedo, respondió Alfonso con el mismo tono.

—Malo! dijo Juana con un movimiento de humor muy pronunciado; sería tan fácil de contentarme?

—Y á vos tan poco para satisfacerme?

—Su nombre!

—Vuestra máscara!

—Pues bien! la primera letra de su nombre?

—Pues bien! un pequeño rincon solamente de esa máscara que os estorba tanto, como á mi me hace envidioso.

—Ah! lo sabré, y nada me quitará de la idea, que esa debe ser una cortesana.

—Nada me quitará de la mia, que sois tan linda, como amable y bella... Ese talle ele-

gante, y esa mano que procura en vano ocultarme, todo me prueba vuestra juventud.

Hablando así el atrevido capitan, emancipábase algun tanto, y estrechaba dulcemente el talle y la mano de la reina. Pero esta, rechazándolo con vivacidad, dijo:

—Dejadme por gracia, caballero, ó me retiro. No lograreis nada de mí, sino me entregais su nombre.

—Ah! qué os importa, señora? dejemos ese nombre y ocupémonos de vos.

—A lo menos podriais decirme sin comprometeros, cual es la de las cortesanas, cuya hermosura os ha admirado mas, ó que habeis mas reparado?

—Question engañosa, señora, hay en la corte tantas bellezas, dignas de ser observadas, que á fé mia me contenté de admirarlas, sin poder en este momento dar una preferencia á mi admiracion.

—Vuestra respuesta es muy sagaz, pero no es convincente para mí. Es imposible que no hayais advertido lo que todos admiran en la corte?

--Tuve el honor de deciros, señora, que la frecuentaba muy poco.

--Qué importa! tiene una necesidad de estar en ella para ignorar lo que tanta gente sabe sin haber ido nunca allí?

--Pues bien, añadió Alfonso, si os debo decir mi dictámen, las bellezas mas admirables de la corte, son á mi juicio la reina y doña Sandoval la favorita del rey.

--Y podeis añadir su querida!

--Sin embargo, afirman que nunca lo ha sido, en el sentido general de esta palabra.

--¿Y la reina, preguntó Juana con una especie de ansiedad, qué pensais de ella?

--Dispensadme, señora, de decir mi sentimiento respecto á eso, respondió con gravedad.

--Pero aun...., añadió Juana titubeando un poco.

Alfonso no respondió á esta cuestion, porque estaba preocupado sobre un objeto que tenia en aquel momento entre sus dedos la misteriosa desconocida.

En efecto, mientras estaba hablando habia sacado Juana, como por distraccion, de de-

bajo de su corsé la hebilla de oro guarnecida de brillantes, encontrada en el jardín, y que parecía maquinalmente jugar con ella; creyó entónces debérsela mostrar al capitán, diciéndole:

—La otra noche tuve un hallazgo particular: es una hebilla de gran valor, guarnecida de pedrería, ¿qué os parece?

Alfonso que realmente no sabia de qué modo habia perdido este objeto, al cual apreciaba tanto porque era una alhaja de familia, lo reconoció al instante, y despues de haberlo examinado exclamó:

—¿Qué es lo que veo! Este objeto me pertenece, señora, ó á lo menos se parece mucho al que perdí; lo reconozco perfectamente. Atreveríame á preguntaros de qué manera se halla en vuestro poder?

Esto fue un rayo de luz para Juana; ya no dudó que Alfonso fuese el galán nocturno que habia visto salir de casa de la favorita y huir precipitadamente en medio del jardín. Procuraba vanamente Alfonso esplicarse quién podia ser la persona que poseia aquella alhaja.

--¿Quién podia encontrarse en el jardín, á la

misma hora sino una persona perteneciendo al servicio del rey, ó á lo menos al de alguna cortesana? Entónces sospechó que su incógnita podia ser alguna cortesana curiosa ó enamorada de él, tal vez alguna dueña de edad mas que madura, fea, arrugada y enamorada por colmo de infortunio.

Sin embargo, al tono elegante y distinguido de su desconocida estaba unida la blancura de su cuello, que de tiempo en tiempo dejaba entrever los firmes y graciosos contornos á los matices lustrosos de una negra cabellera, abundante y perfumada, y finalmente, á todos aquellos indicios de tesoros ocultos aun mas seductores, Alfonso sentia revelarse una muger jóven y hermosa.

—¿No acabo de decirlo que la encontré? repitió Juana, respondiendo y la última cuestion de Alfonso; las pedrerías son verdaderamente muy finas, añadió examinando la alhaja con mas atencion.

—He perdido igualmente el penacho fijado en mi sombrero por medio de esta hebilla, observó Alfonso mostrándoselo privado de uno y otro.

—Cuando el amor hace perder la cabeza, dijo maliciosamente Juana, se puede muy bien perder otras cosas con ella.

—¡Cruel! os burlais de mí.

—No; digo solamente que no hay nada de particular que viendo un pájaro preso en el lazo se dejen escapar algunas plumas de su ala.

—Veamos: ¿no quereis devolverme este objeto? Tengo mucho interés en poseerle, es una alhaja de familia; mi padre que descansaba en el cielo lo llevaba los dias de gala á la córte de Juan II.

—Os la devolveré luego, dijo Juana escondiendo la hebilla debajo de su corsé, permitidme que la guarde.... Asi, pnes, replicó veo que amais en otra parte, y la persona que quereis pertenece á la córte, lo sé....

—¿Quién os lo ha dicho?

—Os digo que lo sé, respondió Juana con una vivacidad que no admitia réplica: supongo ser la favorita, el objeto de vuestro amor, añadió arrojando á don Alfonso una mirada penetrante, como para ver el efecto que producian sus palabras.

—Y cuando fuese verdad, respondió el capitán con serenidad, ¿no es tan libre ella como yo?

—Ah! si la reina lo supiera, como se reiría á costa del rey; porque no debeis ignorar que S. A. cree que su favorita es de una fidelidad á toda prueba...

—La reina! replicó Alfonso un poco ofendido del tono burlon con el cual fueron pronunciadas aquellas palabras; la reina! no habladme de esa muger; porque en cuanto á mí, señora, la detesto. Efectivamente, quién no odiaría una reina! que por sus desórdenes y mala conducta envilece la magestad real! Una muger cuyas culpables intrigas escandalizan la corte y la ciudad! Para mí, os lo confieso, no soy mas que un simple gentil hombre; pero nunca llegaría á amar una semejante muger sin ser correspondido, fuese reina ó emperatriz! Catalina al contrario, á pesar de lo que dicen, es el honor y la virtud; desengañaos, jamás ha sido la querida del rey; y considero por infames impostores á todos aquellos que osan llevar contra ella una semejante acusacion. Esto, bien entendido, no se

dirige á vos, señora, añadió Alfonso, moderándose; porque ignorais sin duda, lo que puedo saber, porque estoy al corriente de todo eso.

Quedóse la reina como confusa por esta injuriosa y fulminante reprension. Si entonces se hubiera podido ver su rostro al través de su máscara, habríase apercibido su color animado de cólera, sus ojos resplandecientes con el fuego de una indignacion, tanto mas viva, quanto que la decepcion que experimentaba era mas grande. Comprendió cuán vana era la irrisible influencia del pretendido talisman, de que la bruja le habia ensalzado tanto su irresistible poder, y al cual demasiado crédula, le habia prestado una fé tan completa. Pero Juana era viva, altiva, ardiente y arrebatada. Un semejante ultrage, á pesar de que Alfonso no creyó dirigirlo á la reina, la ofendió profundamente, y sintió de repente cambiarse en ódio terrible y violento, la tierna inclinacion, de que un momento antes se sentia animada.

Levantándose pues, con toda la espresion de una disimulada cólera, dijo:

--Basta, señor, no puedo mas oír injuriar á la reina, y veo que os explicais sobre su conducta con una falta de respeto, que tal vez con justa razon, se podria calificar severamente.

--O Dios mio! señora, exclamó Alfonso contrariado de haberse dejado arrastrar por una conversacion tan atrevida delante de una persona que no conocia; os habria ofendido sin quererlo? os juro, que no era tal mi pensamiento, y no me imaginaba hallarme en presencia de un amigo ó partidario de la reina.

--Sí, es verdad, soy de sus amigas; y con todo eso, me guardaré muy bien en vuestro interés, de referir á S. A. la inconveniente manera con que acabais de tratarla... Ah! señor Alfonso, no creéis en mi ternura, pues bien! experimentaréis mi ódio y tal vez mi venganza.

--Dignaos señora, excusarme, despues de todo, la reina no sabrá nada de esto.

--No es verdad, continuó Juana enojada sin reparar en las observaciones del capitan, que prefirió mas bien el amor de una querida del rey, el de vuestra Sandoval, que se jacta

de una modesta sabiduría, y quiere mezclarse en la política, para singularizarse, y hacer hablar de ella.

¡Ah! en verdad que le hace á la reina la aprobacion de un caballero que tan poco la estima... Adios, señor, añadió con la espresion de un amargo despecho, y con la evidente intencion de ofenderlo hasta lo vivo. Id, volved sin tardar cerca de vuestra favorita, á fin de no encontrar la plaza ocupada. Adios... repitió dando algunos pasos para salir, y echando con un tono desdeñoso y arrogante una mirada fulminante á don Alfonso asustado.

--¡Gran Dios! ¿Qué lize yo, murmuró Alfonso, si fuese la misma reina? discurrió.

Pero Juana iba á atravesar el humbral, y disponiase para ir á ver á la maga y felicitarla sobre la eficacia del talisman, cuando oyeron desde fuera un ruido semejante al de una persona que se acerca con rapidéz.

Al instante abrióse vivamente la puerta y apareció Catalina de Sandoval con un puñal en la mano, y enderezóse sobre el humbral con

la cabeza erguida y el ojo amenazador. mientras que Ouled-Nalfa espantada, con su linterna en la mano, parecia no haberla acompañado sino á su pesar.

CAPITULO VIII.

El talisman.

Algunas palabras son necesarias para explicar la presencia de la favorita en el aposento de la reina.

Desde que Josefa hubo dado cuenta á Catalina del resultado de su mision nocturna no titubeó esta en ir ella misma á cerciorarse de la realidad de sus sospechas.

Se sabe ya que Catalina, de un génio vivo y decidido, nunca se detenía en sus proyectos por temor ó consideraciones vulgares.

Cuando su dueña le contó el encuentro misterioso de Alfonso y su entrada tan estraña en casa de la hechicera no dudó que todo eso ocultaba alguna secreta intriga y traicion que Alfonso queria encubrirle. Se cuidó tambien de referirle que la casa en donde se presentó no era sino la de la bruja cuyo nombre se pronunciaba en voz baja á causa de los

tratos diabólicos de que los pobres brujos ó pretendidos tales estaban entonces sospechados. Aun tuvo cuidado de santiguarse dos ó tres veces, haciendo á Catalina esta revelacion inesperada.

Todo eso no dejó de admirar singularmente á la favorita. ¿Qué negocios podia tener en aquella casa sospechosa? ¿Qué relacion podia existir entre una bruja y él? Creia tal vez á la maga y á su ciencia cabalística? ¿Habia tenido necesidad de consultar la agorera por su propia cuenta? ¿O bien habia sido atraido á la cueva de la sibila por un indiferente motivo ó cita amorosa de cuyo secreto queria asegurarse, escogiendo una semejante mansion?

Estos fueron los pensamientos que acometieron á la imaginacion de la jóven; pero decidida á penetrar este misterio, é impelida por los celos y curiosidad, resolvió, como dijimos arriba, de conocer la palabra de este enigma; un vago presentimiento parecia decirle que en todo eso se trataba mucho menos de brujería que de amor: y entónces su cólera contra la perfidia é infidelidad de Alfonso no conocian

limites, ¡Ay de él, murmuraba, si me hace traicion, y sobre todo ay de la cómplice de su traicion!

En un abrir y cerrar de ojos echóse sobre sus espaldas una manta de seda, y bajó el capucho sobre su cabeza; se puso despues una máscara de terciopelo, armóse del puñal que nunca lo dejaba y ordenó á Josefa que la siguiese.

Salieron por la puertecita del castillo y llegaron pronto ante la casa de Ouled-Zegri.

No atemorizó á Catalina la hora avanzada de la noche. Por lo demas hacia un tiempo claro y magnífico. La noche era hermosa, y aunque la luna no juzgó á propósito demostrar su blanca y plácida figura, centelleaban al horizonte innumerables estrellas y echaban sobre la tierra sus apagados é inciertos resplendores.

Cuando apercibieron la vivienda cabalística un santo movimiento de espanto hiz, retroceder á la dueña, quien se imaginaba ver á todos los demonios perseguirla, tanto mas, cuanto que pensaba que era justamente la hora en que Satanás y sus legiones entraban en su

baile, ejecutando sus cachuchas y zarabandas desenfrenadas, entregándose á sus maleficios para perjudicar á los pobres humanos, y comenzando por todas partes su diabólico bullicio.

La vieja, pues, para conjurar los espíritus malignos santiguóse dos ó tres veces, y no creyó poder dispensarse de oponer á su perniciosa influencia un *Ave Maria*, rezada mentalmente. Por lo demas no comprendia cómo podria penetrar su jóven señora á semejante hora en aquel casarum tan temido, y si los habitantes misteriosos de aquella tenebrosa mansion consentirian en abriete su puerta: en su interior hubiera querido que por una causa ó cualquiera otro impedimento renunciára á sus proyectos. Pero Catalina que dominaba á la dueña, atemorizada con todo el poder de una firme voluntad y de un designio bien determinado, parecia no temer nada y se hallaba dispuesta á emprenderlo todo, aun cuando viese al mismo demonio.

Llamó á la puerta con precaucion, como si hubiera temido asustar á la gente de la casa. Un momento despues, la cara delgada y

arrugada de la criada africana, asomóse á la trampilla con su linterna en la mano.

A la pregunta que hizo Catalina, la primera respuesta de Nalfa fue que en aquella hora no podian recibir á nadie y que debian volverse. Esta contestacion fué esplicada, mediante unos gestos mas ó menos expresivos, porque como ya se sabe la africana apenas hablaba el español.

Afortunadamente Catalina sabia algunas palabras de árabe, mediante las cuales hizo comprender á la vieja que marchando la mañana siguiente muy temprano para un viaje muy lejano, en que dependia su fortuna y tal vez su vida, estaba interesada en saber la suerte reservada en esta empresa, y que por este objeto venia á suplicar á la maga que le sacase su buena ventura añadiendo, mostrando una bolsa bien provista, que no se arrepentiria de haber querido incomodarse y acceder á sus deseos.

Ouled-Nalfa puso todavia alguna dificultad; pero finalmente, la vista de la bolsa conmovió sus resoluciones, que acabaron por ceder á la tentacion pecuniaria ofrecida á su

codicia. Abrió, pues, la puerta; pero reservándose expresamente la facultad de ir á ver si convenia á su ama recibir á la que le pedia audiencia.

La puerta abierta era todo lo que queria Catalina. Efectivamente, apenas lo estuvo cuando agarrando por el brazo á la vieja y poniéndole el puñal á la garganta le dijo:

—Escucha, si hablas mueres. Hace poco que un jóven caballero entró aqui. Tengo grande necesidad de verle y hablarle ahora mismo; guíame á donde está y esta bolsa te pertenece; si no ¡ay de tí! Vámonos, añadió Catalina resueltamente, aunque en su interior no tenia ciertamente la intencion de herir á la vieja: vamos, ningun cumplimento ni negativa, ¡marchemos...?

Haciendo brillar expresamente á su vista el puñal amenazador hablaba con un tono á la vez tan decidido é imperioso que Nalfa, un poco asustada, prefirió la bolsa á la puñalada y resignóse temblando á conducirla al cuarto en donde hallábase Alfonso y la reina.

Le hizo seguir el mismo camino por donde fue conducido Alfonso. No era el que tomó la

reina, porque la casa tenia dos cuerpos, á cuyo rededor habia un corredor de madera. La reina tomó la primera vez por la izquierda para ir al cuarto de la maga, y la habian acompañado en seguida al aposento ya citado en medio de varias piezas: la otra direccion, que correspondia á la derecha es por donde fué conducida Catalina, ordenando á la dueña que la esperára á la puerta de entrada.

Todo esto fué ejecutado prontamente, sin ruido, y no pudo ser oido de Ouled-Zegri estando entonces en una parte apartada de la casa. Por lo demas, como estaba obligada á rodearse de misterio no podia dar ningun escándalo en el caso que hubiese intentado hacerlo.

El golpe atrevido de Catalina tuvo un completo suceso. Prefiriendo Nalfa ganar buenos ducados bien sonantes y trabucautes que recibir algunas puñaladas, cuya perspectiva no tenia para ella ningun atractivo, la condujo al lugar señalado.

Hizo marchar adelante á la vieja: era una situacion bastante chistosa la de aquellas dos

mujeres, adelantando grave y silenciosamente, la una tendiendo con una mano las llaves y con la otra la linterna, y Catalina siguiendo á su guia con el puñal levantado sobre ella y con la otra mostrando una bolsa.

Cuando llegaron señaló la vieja la puerta á Catalina diciéndole: allí es, y al mismo tiempo alargó la mano para recibir la bolsa. Se la entregó diciéndole en voz baja: te daré otro tanto si dentro de media hora me vienes á buscar para acompañarme otra vez.

Ouled-Nalfa abrió los ojos embobados, hizo un gesto con la cabeza en señal de aprobacion y alejóse, no sin parecer espantada de las consecuencias que dejaba presagiar la introduccion inesperada.

Pero pareció tomar su partido, murmurando con una flema oriental: (Eso estaba escrito.)

Catalina abrió entonces la puerta del cuarto y encontróse en presencia de Alfonso y de la reina, tan sorprendidos como consternados por esa inopinada visita.

Estas fueron las circunstancias que la precedieron y que sirven para explicarla.

Catalina quitó su máscara que hasta entonces habia guardado y luego, dirigiéndose á Alfonso con un acento en donde se manifestaban la mas mordaz amargura é ironía le dijo:

—Caballero, mi presencia os parece contrariar... lo concibo; no me esperábais, y teniais mas de una razon para ocultaros de mí. En verdad, vos que pareciais tan ofendido á la sola sospecha de una infidelidad por parte mia, veo que no teneis los mismos escrúpulos! Pero os doy el parabien de encontraros en semejante lugar, y en tan buena sociedad. Quién es esta muger? añadió con una espresion de desden muy pronunciada, mirando de piés á cabeza á la reina, mientras que esta, lejos de parecer intimidada, volvía á su rival con el gesto y desden por desden.

Como se puede imaginar, la posicion de Alfonso era muy dificultosa: era inocente de toda infidelidad, y sin embargo, en esta ocasion las apariencias parecian acusarlo terriblemente. Colocado entre el temor de atraerse aun mas el odio de la princesa, la cual sospechaba su presencia, y afligido de haberse tan ener-

gicamente explicado sobre su proceder, y temiendo mas el enojo de Catalina, hallábase en las mas crueles perplejidades.

Sin embargo, bien decidido á salir lo mas pronto posible de aquella posicion falsa y ridicula:

—Catalina, le dijo con serenidad, lo confieso, las apariencias están todas en contra de mí; no obstante, si os dignais escucharme, quedareis convencida...

—Pero decidme quien es esta muger? dijo Catalina animándose.

—Yo mismo lo ignoro.

—Quién sois, señora? preguntó determinadamente Catalina á Juana, acercándose hácia ella, mientras que esta, echando sobre la favorita una mirada desdeñosa, parecia desear poner término á esta escena, y disponiéndose á salir.

Pero Catalina, colocándose delante de la reina, dijo con un tono decidido:

—Aun, una vez, señora, me direis quien sois? ó sino arranco vuestra máscara!

Y como Catalina parecia casi dispuesta á llegar á esta estremidad, interpúsose el capi-

tan entre las dos, y dijo en voz baja á la favorita:

—Qué vais á hacer, señorita? sabeis si esta persona, no tiene derecho á vuestro respeto, por su nacimiento y condicion?

—Nada es mas justo, señor, tomad su defensa; colocadla bajo vuestra proteccion; nada es mas natural, dijo Catalina con irónica sonrisa; es una muger respetable por su nacimiento y condicion. Debo respetarla, pero eso no quita para admirarme, de encontrar una muger respetable, arriesgarse á las doce de la noche en una cita galante, en casa de una bruja, con un capitán de arcabuceros del rey, jóven, lindo, distinguido y bien formado de su persona. Pues bien! á menos que no sea vuestra madre, hermana ó tia, finadas desde tan largo tiempo, semejante proceder, hasta una prueba contraria, no debe inspirar ningun respeto.

Pero mientras que Catalina entregada á un resentimiento siempre mas fuerte, amenazaba sin cesar de arrancar le máscara á la reina; escitada esta por Alfonso de sus ataques, encontró medio para llegar hasta la puerta,

abandonada á una cólera sorda y totalmente violenta, que al alejarse hizo esplosion, y en su arrebató, exclamó con un tono... respirando odio y venganza:

—Adios! don Alfonso, no os olvidaré, y vos doña Sandoval, querida del rey, tambien de vos me acordaré. Y alejose con rapidéz.

—¡Querida yo del rey! gritó Catalina con indignacion; cualquiera que seais, señora, afirmo que es una indigna mentira! añadió con energia; y luego, procurando de recordar sus ideas, esclamó:

--Es particular, murmuró, esta voz no me es desconocida; la he oido seguramente en alguna parte, pero en dónde? no podria decirlo?

--Apenas me atrevo á confesarlo, señorita, dijo Alfonso con misterio: os juro que ignoro el nombre de esa persona; pero sabeis quien sospecho que sea? la misma reina.

--Si, teneis razon, exclamó Catalina con vivacidad; es la reina, aquella es su voz, su actitud altiva y desdeñosa; la reconozco ahora... ella es; pero me esplicareis este misterio extraordinario? me direis de que manera

se hallaba á solas con vos, y lo que significaba esta cita?

—Con mucho placer, señorita, respondió Alfonso, la cosa no será ni larga ni difícil de explicar. Entonces le refirió la cita misteriosa que le dió, y la manera con que le había sido entregada la carta secreta, en una palabra, todas las particularidades relativas á esta extraña entrevista.

—Pero creedlo, señorita, os juro otra vez sobre mi honor, que ignorabà absolutamente, la persona con quien debia tratar: la curiosidad, una curiosidad que tal vez me será fatal, me ha impelido solamente á esta cita.

—Qué quiere decir eso? preguntó Catalina apaciguada por las esplicaciones del capitán: qué temeis de la reina?

—Pues qué! no oísteis el tono amenazador con el cual acaba de decirnos que no nos olvidaria? No conoceis su espíritu odioso y vengativo? y luego quereis que os lo diga? esto es que no creyendo hablar á S. A., la maltraté en la conversacion, á la que se mostró vivamente ofendida.

— Si, fuisteis imprudente.

—Ademas de eso, lo que aun me hace presumir que es ella, es que me mostró una hebilla de oro guarnecida de pedrerias, semejante en todo, á la que creo haber perdido en el jardin de palacio, escalando vuestra ventana. Pues bien, quién otro sino la reina podria encontrarse en posesion de este objeto?

—En efecto, todo parece manifestarnos la presencia de aquella funesta muger, observó Catalina.

La jóven favorita, aunque viva y arrebatada, en el fondo era buena y confiada.

El tono sincero y natural con el cual Alfonso se esplicaba y la completa verosimilitud de sus esplicaciones la convencieron plenamente. Apaciguóse su enojo tan fácilmente cuanto que habia sido pronto para encenderse: guardó su puñal, y alargándole una mano amiga:

—Alfonso, le dijo con un abandono encañador, ¿es verdad que me habeis sido fiel? Decidme, ¿es verdad que no me engañásteis?

—Os lo juro, Catalina, respondió Alfonso.

—¡Ah! hubiérais hecho muy mal, continuó la jóven, de abusar asi de la confianza que he

tenido siempre en vos.... Está bien : ahora me habeis confesado todo ; vuestras palabras me parecen sinceras y las creo, don Alfonso ; solamente, añadió, cuando otra vez recibais algunas citas misteriosas participádmelas ; podría ayudaros á esclarecerlas y ademas me evitareis crueles y tristes sospechas.

—Asi será, respondió Alfonso, en adelante sabreis todo, Catalina ; porque ya veo que la simpatía y confianza son necesarias para la felicidad ; mi sola falta en este negocio es el de no habéroslo manifestado ; pero este secreto no pertenecia á mí solo é ignoraba hasta qué punto podia disponer de él.

—Asi es tambien que esta nueva circunstancia apresurará la realizacion de nuestros proyectos, es decir, de mi fuga de la córte ; no quiero que mi muy amado Alfonso quede espuesto á tantas seducciones y citas misteriosas ; pero necesito aun dos ó tres dias para prepararla, despues de lo cual volveremos á Córdoba....

—Me encontrareis siempre dispuesto á seguir, Catalina, porque no quiero yo tampoco dejaros entregada á tantos peligros, ni ex-

poneros á que os maten cazando algun feróz jabali para salvar la vida del rey.

—¿Pues qué, Alfonso, vos, tan valiente, pensariais hacerme un crimen en una accion de que solo la humanidad ha tenido parte en en ella?

—Quiero creerlo, y efectivamente estoy convencido de eso; pero semejantes acciones podrian ser fatales para vos, Catalina; y sin desaprobador el valor y resolucion que tuvisteis en aquella circunstancia prefiero que otra vez no os espongais á semejante peligro.

—Estoy conforme; me abstendré de eso ya que tal es vuestro deseo, mi señor y dueño, respondió sonriendo Catalina, en adelante no nos arriesgaremos á hacernos matar sino por vos solo.

Catalina tenia uno de aquellos caracteres móviles y violentos tan prontos á apaciguarse como fáciles en exaltarse, pasando con igual espontaneidad del llanto á la risa y del gozo á la tristeza. Con una palabra la hubieran sacado al campo y con media la llamaban mas pronto. Sin embargo, era muy capaz de una enérgica resolucion; pero para eso nece-

sitaba un profundo enojo, suscitado por graves injusticias ó procedimientos injuriosos: El arrepentimiento la encontraba siempre accesible al perdón: esta es la propiedad de las almas nobles y generosas.

Así es que todo estaba ya olvidado entre ellos, y sentíase dichosa de haber vuelto á encontrar fiel al que sospechaba de infidelidad.

—Ahora es menester alejarnos y dejar esta casa sospechosa, dijo Alfonso.

—¿Pero de qué manera saldremos de semejante laberinto? preguntó Catalina; no conozco aquí ningunos seres ni los rodeos que hay.

—Ni yo tampoco, dijo Alfonso; sin embargo, no podemos permanecer aquí mas tiempo.

—¡Paciencia! respondió la favorita; la vieja africana que me condujo me prometió volver dentro de media hora á buscarme; no puede tardar y tengo motivo para creer que no faltará á su palabra.

—Esperemos, murmuró Alfonso resignándose.

Los varios incidentes de esta escena y las preocupaciones producidas en la imaginacion de Catalina no le permitieron observar el lugar ni las disposiciones tomadas para embellecerlo y hacerlo agradable.

Repuesta ya de su primera emocion habíase sentado en el mismo sillón que ocupaba la reina. Echando una ojeada á su rededor apercibió la especie de merienda servida sobre la mesa con tanta profusion, y á la cual no habian tocado.

—A la verdad, don Alfonso, dijo sonriendo la reina, ó si quereis mejor vuestra desconocida, porque nada nos asegura aun que sea ella, á pesar de que todo lo haga presumir tal, digo, pues, que vuestra incógnita os ha tratado dignamente, y á buen seguro que no queria dejaros perecer de hambre: frutas, pasteles, confituras, licores y vinos exquisitos, ó que á lo menos supongo tales, nada falta aquí, y todo está con una elegancia y esmero verdaderamente sin par.

—Sí, convengo que el cubierto es muy atractivo; pero os juro que no he tenido mucha gana de tocarlo.

—Pues bien, no tendré el mismo escrúpulo: por lo demas es menester ocupar el tiempo, y verdaderamente encuentro interesante el hacer pagar á S. A. los gastos de nuestra cita; ¿qué os parece? Quería arrebatarme vuestro corazon y yo no quiero quitarle mas que una débil parte de su merienda. Tendria derecho de quejarse? En cuanto á vos don Alfonso, sois caballero demasiado cortés para no ayudarme en esta apetitosa empresa. Ea veamos, imitadme.

Y tomando alegremente uno de los pasteles colocados encima de un plato mordió en él con mucho donaire.

Alfonso, arrastrado por el ejemplo, se dispuso á hacer lo mismo, diciendo:

—A fé mia, querida Catalina, tuvisteis una escelente idea. Es tan delicioso merendar á costa de la reina.

—Decid mas bien de almorzar, observó Catalina, porque, si no me engaño no debe tardar en amanecer.

—Almuerzo sea, replicó el capitan; pero la aventura es graciosa y es menester convenir en que S. A. hizo las cosas por lo mejor.

Los dos improvisados convidados entregábanse ya con buen humor á los encantos de una comida frugal, iba á destapar Alfonso un frasco de Jeréz para brindar á la salud de la reina cuando de repente se le presentó una idea extraordinaria que vino á turbar su festín madrugador.

—Pero ahora que pienso en eso, Catalina, si todo esto fuese envenenado...!

—Envenenado? eso podría bien ser, respondió levantándose de repente y arrojando con un movimiento de horror el pastel que aun no había acabado.

Imitó su ejemplo Alfonso diciendo:

—La reina es capaz de todo; mas vale que cada uno almuerce en su casa que en la de la reina ó á lo menos con los manjares que hace traer....

Interrumpieron al instante su comida y se alejaron de la mesa.

—Sin embargo, es verdaderamente una lástima, dijo Catalina; estas frutas y pasteles tienen una traza tan buena! pero en nuestro tiempo el veneno se desliza tanto por todas partes que no se podría evitar sus ataques.

—La vieja tarda mucho, dijo Alfonso impaciente.

—No me engaño ya, murmuró Catalina acercándose á la puerta como si oyera un ruido afuera, creo que vienen por este lado; si, sí, vienen; por su paso lánguido conozco á la vieja africana.... Preparémonos á seguirla..., Alfonso, añadió, me acompañareis hasta palacio; mi dueña que tiene un miedo infernal de los brujos me espera no sé en qué parte de esta misteriosa casa, y no acertaré á encontrarla.... Dentro de poco os avisaré por medio de Josefa de la noche, lugar y hora en que podreis venir á verme para que huyamos de una ciudad en donde ni vos ni yo estamos con seguridad. Tendreis cuidado solamente de buscar dos buenas mulas y alguna gente fiel para que nos proteja en caso de necesidad.

Y así discurriendo, habiase puesto otra vez su máscara y bajado el capucho del manto, mientras que Alfonso por su parte se puso el sombrero y la capa.

Apenas habianse acabado aquellos preparativos, cuando la vieja raspó lijeramente á la



puerta, indicando con eso su esactitud en venir á la hora determinada, y su discrecion, no queriendo entrar en el aposento sin ser autorizada para ello.

Tema su linterna en la mano, esperando con impaciencia la salida de Catalina. Su admiracion fué estremada viéndola así dispuesta, y acompañada de Alfonso, quien hallándose antes con la reina, habia mudado de dama, sin que Nalsa pudiese explicar aquella inesperada mudanza.

Guiados por la vieja, tomaron silenciosamente el camino de la puerta principal. Llegados allí, sacó Catalina una pequeña bolsa llena de monedas de oro, y la entregó discretamente á la vieja, diciéndole en voz baja, mitad en árabe y español: «habeis tenido vuestra palabra, y yo tambien tengo la mia.»

Inclinóse le vieja con todas las señales de una obsequiosidad agradecida. Abrióse la puerta, y cerróse al instante otra vez con doble vuelta de llave.

Pero, aun no habian pasado el umbral cuando encontraron á Josefa acurrucada en el portal, esperando con una heróica paciencia la

salida de la jóven favorita, cuya responsabilidad tenia. Sin embargo, su terror para con los brujos era tan grande, que prefirió mas bien quedarse fuera que dentro, hasta la vuelta de su peligrosa expedicion.

—Alabado sea Dios! señoritar exclamó Josefa levantando las manos al cielo; os veo por fin salvada á los maleficios de los brujos ó de Satanás, porque es lo mismo, es sin duda el efecto de los cinco padre nuestro, y otras tantas Ave Maria, que rezé en vuestra ausencia, por la salvacion de ambos. Porque os veo en buena compañía, añadió apercibiendo á Alfonso.

—Vámonos! dijo este.

Y dichosos de haber salido sanos y salvos de una casa en donde habian entrado con tantos secretos terrores, encamináronse silenciosamente hácia el palacio. Llegó Catalina sin otro incidente, mientras que Alfonso volvió á tomar el camino de su casa, sin estorbo ni molestia.

Juana furiosa de haber sido tan ultrajada y completamente abortado el pretendido poder del talisman que le habia dado la maga,

habia vuelto hácia esta, guiada por la vieja entre los rodeos de la casa, quien recibió órden de esperarla en una pieza inmediata.

Entró en su gabinete con todo el parasismo de la cólera é indignacion. En este momento, Zegri jugaba con Lucifer, su serpiente favorita. Abrió violentamente la puerta y presentóse ante la hechicera, con ese aire de altivo furor y arrogancia, que la dominaba cuando estaba profundamente ofendida.

Sea que el ruido de la entrada hubiese espantado el reptil, ó que oyendo venir alguno, la misma Zegri la hubiese soltado, ello es que la serpiente familiar fué desatinadamente á echarse aun esta vez debajo de los piés de la reina.

Esta vez, escitada por una cólera que la escedia, y que parecia quererla desahogar sobre cualquier objeto, no tuvo miedo de él, y echándole ligeramente un furioso puntapié, lo arrojó contra la pared del cuarto, diciendo con uná increíble espresion de ironía:

—No hay bastantes vivoras en el mundo, sin encontrar serpientes en vuestra casa debajo de los piés, inteligente maga?

—Ahora os digo Ouled-Zegri, añadió, que vuestro arte no es sino una mentira, vuestros pronósticos imposturas, y me habeis indignamente engañado.

Y sacando el talisman, lo arrojó enfurecidamente en medio del aposento diciendo:

—Tened maga de la desgracia! hé aquí el caso que hago de vuestros regalos, y aprended que no debe uno burlarse tan impunemente de la reina de Castilla.

A esta violenta calificación, Ouled-Zegri quedó desconcertada, porque comprendió que los acontecimientos habian cruelmente desmentido sus pronósticos y sortilegios, perdió su firmeza y acostumbrada gravedad.

—Me atreveria preguntar á V. A. lo que pueda causar tan terrible cólera?

—Id á preguntarlo á las personas que en vuestra misma casa, y á pesar de la virtud tan mentirosa del talisman, me han insultado y despreciado.

—Qué es lo que oigo? dijo Ouled-Zegri admirada: se han atrevido...

—Sí, interrumpió Juana con un tono burlesco; gracias á la influencia simpática de vues-

tro talisman, he encontrado odio y desprecio en donde me habiais prometido amor y respeto; pero es bastante revelar mi humillacion; ella pide venganza, y por Dios! sabré obtenerla, murmuró. Ahora, añadió en voz mas alta, debo apresurar mi retirada de este lugar funesto, y volver á palacio. Venga al instante Beatriz mi camarista, que debe esperarme en algun rincon de vuestro taller infernal.

Levantóse entonces con un insólito apresuramiento, estimulada por la cólera de la reina, sacó de su bolsillo un pequeño silbato de plata con el cual dió un silbido agudo y penetrante, que retumbó en toda la casa.

A esta señal, apareció al instante la vieja con una celeridad templada como podian permitirle sus dos piernas delgadas.

Dirigió en árabe algunas palabras á su criada quien se alejó, y volvió poco despues con Beatriz, que la habia conducido antes á un cuarto, en donde la digna camarista habíase adormecido apaciblemente.

Juana siempre enojada, dejó la casa seguida de Beatriz, y volvió sin accidente alguno á palacio.

Llegando á su aposento, alumbrado siempre por una lámpara de bronce colgada en el techo del oratorio, encontró á Pedro de Mudarra que la esperaba segun su costumbre.

Echó á lo lejos su máscara, desembarazóse de su capa, y dejó ver al gitano ocultado por la tapicería de la puerta del oratorio, de donde podia ver fácilmente á la reina, que estaba entonces en su cuarto, apartando un poco la cortina de seda, la encorvadura y redondés de un talle de Ninfa. Despues de lo cual, despachó asperamente á Beatriz, de pié delante de ella, dispuesta á recibir sus órdenes.

Presentóse entonces Pedro, y encontráronse solos. Por la agitacion y frente severa de Juana, comprendió desde luego que no tenia ocasion de estar satisfecha; no dudó mas de eso, cuando despues de haberla saludado respetuosamente, oyó decirle con una voz temblorosa de cólera.

—Pedro, necesito de toda tu energia y de todo tu celo.

—Están enteramente á vuestras órdenes, respondió Mudarra tranquilo y grave.

—Es menester que me vengues, porque acabo de ser insultada y ultrajada; porque acabo de ser el objeto del mas sangriento desprecio. Ah! mi venganza nunca llegará bastante pronto!

—Y el culpable quien es? cómo ha sucedido eso?

—Oh! no puedo decírtelo, en el estado turbado en que me hallo; que sepas solamente y deploras mi debilidad, que lo queria, mi amor ha sido despreciado! me detesta! y me prefiere á quién? á la querida del rey!

—Su nombre! preguntó Pedro, quien se habia estremecido á esta declaracion inesperada.

—Su nombre no lo has adivinado ya? es don Alfonso de Córdoba, capitan de los arcabuceros.

—Sí, debia dudar de eso, murmuró el Gitano.

—Anda pues, replicó Juana con vivacidad en el parasismo de la esaltacion, vete, hiere, ninguna gracia ni perdon, no me pidas esplicaciones ni reflexiones, tal vez dentro de una hora, no quisiera lo que ahora deseo; tengo la cabeza perdida; todo lo que sé es, que aho-

ra, como siempre, quiero ser vengada. Anda, repitió, y miraré este sacrificio como la mas grande prueba de afecto que puedes manifestarme.

—Pero V. A. ha pensado...?

—No necesito pensar en nada interrumpió Juana impaciente; me has comprendido, ó tienes miedo? añadió implacable como una Eumeride.

—Lo quereis...?

—Sí, respondió determinadamente, y que no te vuelva á ver sino vengada.

—Asi sea, respondió el gitano alejándose con rapidez.

Pero apenas salió, Juana se horrorizó de sí misma. El remordimiento apoderóse de aquella alma varonil tan ardiente y vengativa.

—Pedro! Pedro! púsose á gritar llamándolo; pero ya no era tiempo. Este no podia oirla, habiase alejado prontamente en medio del jardin y encontróse fuera en un abrir y cerrar de ojos.

—Grán Dios! Qué hice yo, pensó Juana dejándose caer sobre un sillón anonadada y

entregada á la mas penetrante inaccion.

Quedó asi tres cuartos de hora , sumergida en una especie de postracion moral en consecuencia de las violentas emociones que acababa de experimentar.

Sin embargo, la tranquilidad y frescura de la noche sosegaron un poco aquella alma tan vengativa y enconada.

Entonces se levantó , abrió sus ventanas y se puso á contemplar la magestuosa serenidad del cielo y la profunda apacibilidad de la naturaleza ; espectáculo grandioso y sensible que formaba un contraste tan grande con las tempestades de su corazon y tumulto desordenado de su alma.

Cuando abismada en sus reflexiones se refrescó, si es permitido decirlo, á aquellas imágenes tranquilas y reposadas cuya naturaleza en aquella hora de la noche le ofrecia un poético cuadro, cerró sus ventanas y pensó en acostarse.

Pasó entonces á su oratorio y procuró pedir á la plegaria el consuelo de sus males ó el perdon de sus faltas , despues de lo cual entregóse al descanso.

Pero nunca, muger perseguida por los remordimientos, pasó una noche mas terrible y agitada como la que experimentó Juana.

En efecto, apenas se adormeció, una espantosa pesadilla se apoderó de ella. Su imaginacion, entregada á todos los terrores de la angustia y remordimiento fué al instante el objeto de las mas espantosas visiones.

Ya veia aparecer y enderezarse delante de ella el espectro sangriento de Alfonso, que le mostraba una ancha y profunda herida en el corazon, en donde corria la sangre, mientras que mas lejos Pedro con un puñal en la mano parecia huir y ocultarse en la sombra.

Despues eran las imágenes maldecidas de Alfonso y Catalina, que burlábanse de ellas y parecian insultarla, otra vez era la cara severa de Ouled-Zegri que mirándola enfrente procuraba con sus ojos resplandecientes leer hasta el fondo de su alma: luego de repente enderezábase su serpiente y silvaba á sus oidos de un modo insoportable.

Habia tomado el reptil en su sueño gigantescas proporciones; acercábase á su lecho arrastrando con mucho tiento, mientras que

Juana horrorizada se esforzaba en evitarla, pero no podia huir, parecia clavada en el suelo; y el terrible reptil, enlazándose por todas partes, se enroscaba al rededor de su cuerpo del mismo modo que la serpiente de Laocoon, mientras que Juana tentaba con inútiles y convulsivos esfuerzos escapar á los horribles apretones del espantoso reptil.

Asi pasó Juana aquella terrible noche y se despertó temprano, aun bajo la impresion de aquellas estrañas visiones.

Pero el dia disipó bien pronto hasta el recuerdo y sintió fermentar en su corazon los sentimientos de ódio y despecho, de venganza y celos que tenian en él un tan vasto lugar.

CAPITULO IX.

El convite.

Pasaron dos dias desde los acontecimientos que acabamos de referir. El extraordinario duelo del gran maestro con Cabrera, la accion heróica de Catalina y el favor nobiliario de que habia sido el resultado, y finalmente la negativa atrevida de Alfonso, todo esto ocupaba todavia la atencion de la ciudad y la córte.

No se agotaban los comentarios y reflexiones sobre aquellos diferentes episodios, cada uno los esplicaba á su manera y segun sus impresiones personales.

Por otro lado la cuestion de la reconciliacion con los infantes de Aragon habia hecho progresos decisivos en la imaginacion del rey.

Instado vivamente por el arzobispo de Toledo y Cabrera, gobernador de Segovia, hasta

aquí Enrique no había opuesto mas que una débil resistencia á un acto de que los hábiles mediadores representaban sin cesar la importancia respecto al sistema político. Pero, cosa bastante particular, el peligro de que se había salvado y el celo de Catalina lo determinaron para que tomára en consideracion este dichoso acontecimiento, y sobre todo á sujetarse á los deseos de sus consejeros.

Hemos dicho ya que despues de este incidente Enrique se habia acostumbrado á mirar á Catalina como su buen ángel, y á su modo de ver como una jóven revestida de una mision providencial. Pues bien, aconsejada activamente por el arzobispo y el tesorero, lo habia instado para que se reconciliase con los infantes y esto bastaba para que se rindiese á los deseos de una autoridad tan influyente.

Preparábase todo por una y otra parte á una próxima entrevista entre Enrique, su hermana Isabel y Fernando. Veíase con gran placer en España y sobre todo en la córte esta reconciliacion fraternal, primeramente porque Enrique, si no odiado era poco amado, en seguida porque los españoles habian

podido apreciar el buen sentido, sabiduría, raciocinio y firmeza, por la cual Isabel parecia maravillosamente apta para gobernar el reino y levantarlo de la triste situacion en que lo habia sumergido el ánimo é incapacidad de don Enrique.

Tambien lo es que Isabel contaba en la nacion y la córte muchos partidarios, como ya hemos indicado.

En cuanto á los cortesanos siempre dispuestos á secundar las intenciones de su señor, y embelesados de verlo satisfecho, á fin de que ellos mismos lo estuviesen, aplaudieron su fraternal determinacion.

Era para ellos una ocasion de fiestas y placeres, tanto mas, cuanto que Isabel era jóven y linda y no podian quedar insensibles á tantos motivos de alegría.

Así es que para manifestar al rey todo el placer que les causaba esta próxima reconciliacion y para celebrar á la vez este dichoso acontecimiento y conservacion de sus dias, al mismo tiempo que para festejar el trozo del jabalí, la mayor parte de los cortesanos se reunieron para ofrecerle un banquete, á

fin de regocijarse con este concurso afórtunado de circunstancias. Por lo demas Enrique, demasiado débil y arraigado en sus hábitos de indolencia y molicie para resistirles largo tiempo, habia desnudado completamente las reformas, mejoras y tendencias generosas de que Catalina habia procurado inspirarle. Pudo creerse un momento que esclarecido por sus elocuentes palabras hubiese finalmente comprendido la necesidad de entrar en un mejor rumbo político, mas favorable á los intereses de su reino y felicidad de su pueblo. Las intenciones que manifestó para este objeto no fueron mas que pasajeras, y no tardó en entregarse como antes á todos los desórdenes y disipaciones de una vida escandalosa.

Hubiera sido mas bello y tal vez mas fácil para nuestro papel de novelista representar á don Enrique triunfando de sus malas inclinaciones y siguiendo una conducta mas digna del carácter augusto de que estaba revestido; hubiera sido mas satisfactorio para la moral, y consolador para la humanidad en general y particularmente para la península verlo apli-

cado á su felicidad é intereses, y redimir con una vida espiatoria y ejemplar sus pasados escándalos.

Desgraciadamente la historia, la inflexible historia no puede acomodarse con aquellas ficciones poéticas. No se podría sin ofender la verdad modificar tan profundamente la conducta y carácter de los personajes principales de una época cuya misma historia cuidó de registrar su vida y acciones. Es, pues, con mucho pesar como contamos la ineficacia de los esfuerzos tentados por la generosa Catalina de Sandoval para atraer á don Enrique á una mudanza de conducta, en que estaba interesada la felicidad de España. Abortó en esta loable tentativa como lo habían previsto algunos cortesanos suyos.

Preparábase todo para el convite inaugural de la augusta reconciliacion, fijado por los cortesanos amigos de la infanta Isabel en la misma noche del dia en que empieza este capítulo.

Ese gozoso festin no era mas que el preludio de las fiestas y regocijos ulteriores que debian efectuarse cuando se verificára la en-

entrevista solemne de Isabel y Enrique. En efecto, sucedió esta el día de los Reyes del año de 1474. Cenó primeramente este en el castillo de Segovia con la infanta su hermana y su esposo, que esperaba en Turvegaró á algunas leguas de Segovia, el resultado favorable de la entrevista, lo supo al instante y vino apresuradamente á la corte, en donde fué cordialmente acogido por su real cuñado,

En seguida fueron conducidos al palacio episcopal, de donde salieron la mañana siguiente en compañía del rey, y se pasearon por Segovia con grande aparato á las aclamaciones de una gozosa muchedumbre por una reconciliacion tan fraternal. Despues del paseo comieron en la misma mesa en dicho palacio, en donde don Andrés Cabrera le hizo preparar una comida suntuosa y delicada y que en virtud de un antiguo privilegio de familia asistió solamente don Rodriguez de Villarrando, conde de Ribadeo, de todos los gentiles-hombres de la corte.

Estas fueron sumariamente las fiestas y recepciones que se efectuaron á la llegada de los infantes á Segovia y en tiempo de su en-

trevista con don Enrique. Pero este acontecimiento aun no se habia cumplido en la época que empieza este capítulo, es decir, en el mes de diciembre de 1473.

Juana por su parte informada de las intenciones del rey para reconciliarse con los infantes, habia secretamente tomado sus medidas para derribar con un golpe atrevido sus proyectos políticos, ó mas bien los del arzobispo y de Cabrera.

Pacheco detenido aun en su casa por la grave herida recibida en duelo con el mencionado, no habia podido obrar.

De manera que la reina se encontró sola con algunos partidarios oscuros, adictos á su causa, para contrarestar los acontecimientos á que se apresuraban, y cuyo resultado ya no era dudoso.

Pero implacable en su odio como terrible en su resentimiento, no perdió el ánimo, y resolvió el obrar á su manera para conseguir su intento.

Al número, fuerza é influencia, quizo oponer la astucia, la perfidia y sorpresa, y aun el crimen, firmemente convencida, de que en

cualquiera empresa política, el fin justifica siempre los medios.

Perfectamente instruida por unos emisarios fieles y adictos, sobre las particularidades y detalles puramente gastronómicos que tenían conexión con la comida ofrecida al rey por el marqués de Santillana, el conde de Ribadeo, y otros cortesanos, y que también debía asistir don Andrés de Cabrera, se dispuso en sacar partido de esta circunstancia en provecho de su venganza é intereses políticos.

El mismo día pues, mandó llamar á su agente acostumbrado Pedro de Mudarra, le recordó su promesa, y le dió todos los indicios necesarios para facilitarle la ejecución del crimen concertado ya entre ellos. Sin embargo, eso presentaba más de un obstáculo, y el éxito no era muy fácil, porque era solamente al rey á quien quería alcanzar, y retrocedía á la idea de que otro fuese víctima de su venganza y ambición.

Cómo hacer, pues? un solo medio presentóse á ella: supo que los convidados del rey buscaban algunos criados para el servicio suntuoso del convite. Entonces ordenó á Pedro de

Mudarra, que se presentara al conde de Ribadeo como mozo sin ocupacion deseando emplearse.

Despues de haberse disfrazado con un traje análogo á la nueva condicion de que momentáneamente queria dedicarse, fué el Gitano á ofrecerse al marqués de Santillana, en cuya casa debia efectuarse el festin, para servir de mozo, copero, sumillar ó panetero; en una palabra, para todo lo que agradára al conde hacer de él en aquella circunstancia.

La necesidad en que se encontraba el jóven ordenador de la fiesta para tener cuanto antes gente de servicio, le hizo no titubear en aceptar los ofrecimientos del nuevo criado, y la misma noche, fué admitido en la reposteria del marqués en calidad de copero provisional. No olvidamos de decir, que Mudarra, segun el dictámen de la reina, se cuidó de obtener de estas recomendaciones por el marqués. Ahora pues, como nadie sospechaba aun sus relaciones misteriosas con la reina, pudo ser fácilmente admitido, gracias al disfraz que la misma le suministró, por un criado ó copero de buena ralea.

Esto era todo lo que anhelaban. Habian contado, no sin razon, que en medio de los numerosos convidados, seria bastante dificil de saber para quien y en que manjar ó bebida habria de ser introducida la sustancia venenosa. Lo mas esencial era el obrar diestramente, á fin de evitar el ser descubierto; y para eso, era indispensable hacerlo sobre los lugares, y sobre todo, poder como se suele decir, penetrar en la plaza.

Todo esto, bien arreglado y convenido entre la reina y su fiel cómplice, esperaron el momento para ejecutar el atroz proyecto.

En efecto, por la noche á eso de las siete, todos los convidados del conde de Rivadeo, incluso el rey y Catalina de Sandoval, reuniéronse en una vasta sala baja de la casa del jóven y espiritual marqués de Santillana.

Sin embargo, debemos decirlo, que Juana habia sido cortesmente convidada; pero prestando una repentina indisposicion, deseó ser dispensada del festin, lo que acostumbraba hacer todas las veces que debia encontrarse en la presencia de Enrique y Catalina.

En cuanto á esta, aunque en este momento

estaba poco dispuesta para entregarse á la menor distraccion, no habia podido dispensarse de aceptar el convite, pero no lo habia hecho mas que á pesar suyo.

Además de los personajes que conocemos, habian sido instados á asistir á ese espléndido banquete, otros cortesanos de ambos sexos, amigos de Santillana.

Alumbrada lujosamente la sala por unas bujias color rosa, presentaba el punto de vista mas alegre y animado. Habia como unas cuarenta personas reunidas al rededor de la real mesa, en cuyo centro elevábase triunfalmente sobre una grande bajilla de plata, la enorme cabeza del javali, adornada con una corona de laurel, sobre la cual, fijaron una banderilla con la divisa aplicada por el rey en las armas de la nueva condesa, á saber: por un lado, «Fortiter», y por el otro, «Tal es mi placer». Sobre un segundo plato, descansaba un inmenso trozo del mencionado, aderezado á la española; ya se sabe que lo restante del animal habia sido distribuido á los frailes del convento de Segovia.

Armas, divisas galanes y varias, y com-

pletas panoplias, adornaban las paredes de la sala, cubiertas con tapicería, sobre la cual estaban representados varios guerreros sacados de la historia de España.

Cada convidado tenia para beber una especie de copa, sea de esmalte ó de cristal; servíanse entonces de unos tenedores llamados «bidentes», es decir á dos dientes, los cuales, asi como las cucharas, tenian el mango de oro guarnecido de pedrerías. Toda la bajilla era de plata, y los platos admirables por sus formas primitivas, y sus estraños dibujos; eran unas producciones de la fábrica de loza de Faenza, pequeña ciudad de los Estados Pontificios en la Romania, que desde el siglo XV poseia una fábrica de loza ya célebre; en una palabra, todo estaba servido con aquel lujo régio de las antiguas familias nobles de España, que sin embargo, el Méjico ni el Perú aun no habian enriquecido.

Cuando cada uno despues del llamamiento del rey, hubo tomado asiento á la mesa, empezó el servicio. Enrique tenia á Catalina á su derecha, Santillana á la izquierda, y Andrés de Cabrera enfrente. Los otros personages es-

taban colocados segun su clase y nacimiento, y observando las reglas de la etiqueta.

Se dispuso el servicio segun el uso de las grandes familias, es decir que llevaban los manjares en platos ó fuentes de plata con sus coberteras del mismo metal.

Al instante oyóse retumbar á lo lejos en medio de los corredores que correspondian á la reposteria, los gritos acostumbrados del ugier de cocina, encargado para dirigir el servicio: «A la sopa! á la carne! arriba la gente, y marchar en buen órden!»

Durante este tiempo eran las chanzas y conversaciones muy animadas entre los convidados, hablaban sobre todas cosas, sin consecuencia ni conexi3n, como se acostumbra en una reunion, que á pesar de la etiqueta no ha desterrado de su seno el abandonado é intimista amistad, sino al contrario tolera y provoca una y otra. No era Enrique de los menos apresurados en entregarse á los encantos de una viva y centelleante conversacion.

Iban y venian los pages y criados desde la reposteria á la sala del banquete, mientras que los sumilleres, paneteros y coperos, ocupában-

se cada uno según sus atribuciones, aquellos distribuyendo el pan en elegantes canastillos de mimbre, y los otros armados de frascos, vertían copiosamente el Chypre, el Jerés ó el Porto.

Pedro de Mudarra, tranquilo y grave, tenía de pie detrás del rey, y con su frasco en la mano, llenaba metódicamente de vez en cuando y con admirable sangre fría, la copa del monarca castellano, ufano de verse otra vez con sus alegres costumbres.

Las jóvenes que hermoseauaban el convite, eran todas lindas y amables. La mayor parte de ellas eran las queridas de los favoritos de Enrique, compañeros de sus orgías. Nombrábase, Manolita, Leonor, Dolores, Juanita, Luisa, Berta, y se mostraban así como sus brillantes caballeros, dispuestas á reír y charlar.

—Verdaderamente marqués, dijo el rey á su vecino de la derecha, echando á su alrededor una mirada satisfactoria; has hecho noblemente las cosas.

—Cómo podían ser de otro modo, señor? cuando se trataba de festejar vuestra leal reconciliación con la augusta hermana de que

me confieso el muy humilde servidor y partidario, y celebrar al mismo tiempo el valor de la señorita Sandoval, á cuyo dichoso sacrificio debeis la vida?

—Ah! él pícaro no trabajaba con mano muerta, añadió Enrique, señalando la cabeza del javalí colocada delante de él.

—Con mano muerta? respondió Santillana sonriendo: seguramente vuestra alteza quiere chancear... un javalí?... Pensad pues.

—Pardiez, tienes razon! Santillana, dijo Enrique, riendo el primero de su yerro; que-
ria decir con colmillo muerto.

—Enhorabuena! os comprendo, y apuesto que V. A. preferirá mejor tener el javalí en la punta del tenedor, que en la de su venablo.

—Una es sin duda menos peligrosa que la otra, respondió Enrique; pero sin embargo, no me desagrada la caza del javalí, y confieso que experimento grande satisfacción en forzarlo, y sobre todo derribarlo.

—Con tal que él mismo no os derribe, añadió Villandraudo, porque los javalíes son animales muy feroces, y sus colmillos no respetan á nadie; no distinguen el rey del simple

gentil-hombre, el hidalgo del ciudadano, y el ciudadano del vil rústico; y he visto el momento en que V. A. fué tratado por ellos como un simple particular.

—Y sin embargo, continuó Enrique con un tono, que se esforzaba en hacerlo galan, no necesita alguna vez mas que una pequeña y blanca mano para derribar al mas feróz animal.

—Ved aquí la razon porque vemos tantos hombres tener la misma suerte, dijo placenteramente en voz baja Santillana á Manolita, su linda vecina, quien riendo á carcajadas de este chiste, dejó ver una fila de dientes ó mas bien unas perlas de un esmalte resplandeciente como el cristal.

—Qué piensa sobre eso la bella condesa de Sandoval? preguntó Enrique á Catalina.

—Señor, respondió Catalina con tranquilidad; si me espuse por vos, es porque salvando vuestros dias, los he creido útiles para la felicidad de España. A lo menos me habiais prometido consagrárselos, y temo que hállais olvidado ya vuestra promesa.

—De ningun modo, señorita, replicó el rey;

pero hay tiempo para todo en ocuparse de asuntos del Estado, como para cazar; celebrar vuestros atractivos y valor, como para hacer ahorcar á los criminales.

—A fé mia, dijo en voz baja Santillana á Jorge de Paredes, colocado á su derecha, si se habla tan pronto de política, llegará á ser nuestro convite un consejo de gabinete.

— Señores, dijo Enrique en alta voz, á lo que parece no tenemos con todos la mano dichosa, cuando concedemos algun favor. Creeriais en efecto, que el señor don Alfonso de Cordoba ha rehusado altivamente el título de conde que le habiamos otorgado en recompensa de sus buenos y leales servicios, y notablemente por premio de su bella conducta en la espedicion contra los moros de Granada?

—Tal vez queria ser duque, observó Benavente.

—Hay gente tan descontentadiza! se atrevió á decir don García, uno de los nuevos convidados.

—Sin embargo, la corona de conde no es tan desdeñosa cuando no se tiene mas que el título de gentil-hombre, dijo don Guzman de

Lara, otro nuevo convidado, y conozco mas de un caballero de tan buena familia como don Alfonso, que se encontraria muy honrado de un favor semejante.

—Pero lo que hay de particular en todo eso continuó Enrique es que aun ignoro la verdadera causa de esta negativa. ¿Es orgullo ó modestia, capricho ó menosprecio de las vanidades de este mundo? No sé; pero en todo caso me parece que el señor don Alfonso podia hacerme conocer los motivos de esta accion; no haciéndolo ha faltado á sus deberes y á las mas simples conveniencias, y me propongo no dejárselo ignorar en la primera ocasion, lo que no me impide encontrar esta salsa excelente y este vino esquisito, añadió vaciando su copa...., marqués de Santillana, ¿cómo se llaman tu mayordomo y sumiller?

—Mi mayordomo, señor, es un simple cocinero que hice venir de Italia, porque ya sabeis, en España no saben comer. . .

—Esceptuando en tu casa, marqués, interrumpió el rey en forma de cumplimento.

—En cuanto á mi sumiller, continuó Santillana inclinándose como para responder á la

observacion lisonjera del rey: mi sumiller, dijo, es un pícaro que creo mas esperto en beber mi vino que en cuidarlo.

—Pero ello es, replicó Enrique, que el señor don Alfonso obró muy mal, y le prometo que los moros se volverán cristianos antes que él esperimente los efectos de nuestros reales favores.

—Señor, dijo entonces Catalina con gravedad, es menester oír antes de condenar.

—Pero por todos los diablos, señorita, interrumpió Enrique; consiento en eso, no reuso oír al capitan y estoy enteramente dispuesto á escucharlo; mas á lo menos es menester que se digne presentarse.

—Y tal vez es por un escrúpulo honorífico por lo que el señor don Alfonso ha reusado el insigne favor de que os habeis dignado honrarlo, añadió Catalina.

—Lo creo; pero entonces ¿por qué no viene él mismo á esplicarse? ¿Lo conoceis, señorita?

—He oído decir que es un caballero lleno de valentia y lealtad, de franqueza y rectitud y uno de los mejores oficiales de V. A., respondió Catalina sin titubear.

—La favorita conoce mejor al capitán de lo que quiere decir, dijo en voz baja Villandrando al oído de Benavente.

Mientras que se ventilaba esta conversacion entre los individuos que acabamos de citar, otras charlas mas ó menos interesantes tenian lugar entre varios otros personajes.

—Encantadora Manolita, murmuraba Santillana, vuestros ojos hermosos parecen centellear esta noche, tan vivos y resplandecientes son. ¡Ay de mí! ¡Estoy muy inmediato á vos y el incendio de mi corazón está cerca...!

— Verdaderamente! marqués de Santillana, no os creia tan fácil de inflamar, respondió la jóven sonriendo.... y os encuentro esta noche bien combustible.

—¡Cruel...! murmuraba amorosamente el ingenioso marqués: sabeis muy bien que vuestros ojos producen en mí un efecto eléctrico, magnético y simpático etc.

—Y tal vez mágico, interrumpia Manolita riendo; cuidado, si Leonor os escuchára...!

—Bella Juanita, decia á su jóven vecina don Guzman de Lara; pareceis esta noche distraida y pensativa y no comeis casi nada.

—No, y por una razon muy sencilla; es que no tengo apetito; pero observo y escucho y eso me distrae.

—¡Ay de mí, señorita! suspiraba Guzman; vos que escuchais tan bien á los otros, ¿por qué no quereis escucharme?

—Porque puedo sin cuidado escucharlos y no puedo hablaros sin peligro, replicó la hermosa interlocutora mirándolo tiernamente.

—¡Ay! suspiraba este, ¿qué tengo, pues, de tan peligroso?

--Preguntadle á vuestra querida Berta, quien en este momento nos observa con aire inquieto, respondió Juanita.

Decia en voz baja Garcia Suarez á Dolores su vecina, bella andaluza, cuyos ojos y cabellos negros, cejas admirablemente arqueadas, y que por su tez matizada parecia declarar un origen morisco:

--¿No hallais la favorita mas grave y pensativa que nunca?

--¿Qué quereis, respondió maliciosamente Dolores; asi son tal vez las mugeres de estado, y sin duda que la señorita medita en este momento alguna combinacion política.

--A fé mia, continuaba García, si os debo decis mi modo de pensar, prefiero una muger que hace pensar que la que piensa, y aun mas que sueña en mor, mas que otra pensando en la politica.

--¿Y estais seguro si el pensamiento de la favorita no es justamente de amor?

--Entonces dichoso el mortal á quien lo habrá inspirado! suspiró García.

--¿Os place, pues, la favorita? preguntó Dolores.

--Sí, no lo niego, respondió García; me gusta su penetrante mirada y sus ojos expresivos, su graciosa sonrisa y encantadora boca: sin embargo, hay otras á quien prefiero, añadió, acompañando estas palabras con una mirada significativa.

--¿Cuáles son? preguntó Dolores.

--Estan cerca de mí, y vos los poseeis....

--Dejemos esta chanza, caballero, murmuró Dolores bajando los ojos.

--¿Una chanza? No por mi alma, replicó García; á fé de gentil-hombre os digo todo mi pensamiento. Tambien lo es que una chanza es muchas veces una cosa muy seria.

—¿Señor, no comeis nada? dijo Dolores como para cambiar de conversacion.

—Calle usted, respondió Garcia con una encantadora indiferencia, cuando el corazon está lleno, qué importa que el estómago esté vacío!

Continuaba esta confusion de palabras de una y otra parte con amable abandono: cierta animacion y movimiento de alegría aun mas pronunciada que antes acabó por ganar la mayor parte de los convidados. Los vinos calientes y generosos no cesaban de circular, y Pedro de Mudarra estaba siempre alli de pié detras del rey, impassible y taciturno, vertiendo lenta y silenciosamente, segun el antojo del monarca el vino emponzoñado, cuyo licor parecia saborear con una sensualidad toda sardanapálica.

Pero por un efecto particular, debido sea á la influencia de la bebida, ó bien sea á una indisposicion natural, á medida que bebia su alegría y arrastramiento parecian disminuir, mientras que á su rededor aumentaban; sus ideas se oscurecian y afectaban los objetos un poco tristes. Asi es que apercibiendo á Ca-

brera que reía en su barba sobre su estado y que lo atribuía á una ligera influencia báquica le recordó su duelo con Pacheco.

—Por mi fé, digno tesorero, balbució el rey, estais riendo en este momento; pero apuesto que no estabais tan alegre el otro dia cuando os esgrimiais con ese pobre Pacheco, que Dios guarde, porque lo habeis muy maltratado.

—Señor, respondió Cabrera, es verdad, no reía pero tampoco lloraba.

Habia llegado la comida á aquel momento supremo en que iba á ser acometida la pieza principal del festin, y en donde fijaban la atencion general, menos tal vez por la escelencia del manjar, que por la idea y ovacion con cuyo objeto fué; queremos decir del trozo del javali, que habia sido acomodado segun todas las reglas de cocina que se usaban entonces en España, y cuya tradicion, debemos decirlo, no conocemos.

Duraba ya casi una hora, y á la destruccion total de las tortas rellenas, piernas de carnero, y toda especie de manjar; en una palabra, á las soluciones de continuidad que

se advertían en cada plato, era fácil de concebir, que en general los apetitos habían sido fuertes, y ámpliamente festejados, Baco y Comos, hablando como los clásicos, sin contar Vertumna y Pomona, que también le hicieron mucha honra.

Un ramillete compuesto con las flores más esquisitas, atado con cintas á los colores de Catalina; estaba fijado sobre la enorme pieza de venado, con una pequeña flecha de plata.

Estaba adornado el dicho ramillete con una corona de mirto y laurel, todo compuesto con el gusto galante y caballeresco de la época.

Levantóse Enrique vacilando un poco, quitó el ramillete, desató la corona, ofreció el primero á Catalina, y puso la otra sobre su cabeza diciendo:

—Condesa de Sandoval, el rey de España os ruega el aceptar esta corona, como una débil prenda de su agradecimiento.

Entonces unos vivas y gritos de gozo acogieron esta galantería, y retumbaron en toda la sala: «Viva el rey! viva Catalina! gritaron á porfía todos los caballeros.

La favorita no pudo evitar esta espontánea

ovacion, mas pareció un poco confusa de ser el objeto de ella. En este momento, volvía involuntariamente su pensamiento hácia Alfonso. Este no ignoraba la fiesta en que su prometida debía ser la heroína; pero esta sentíase secretamente entristecida, pensando, que mientras era el objeto de una demostracion tan alegre, Alfonso solo pensativo, y retirado en su aposento, no estaba tal vez ocupado mas que de ella, y ofendido de ser olvidado, entregábase á amargas reflexiones.

Pero no habia ningun medio para ocultarse de aquellas locas demostraciones, y era menester sufrir hasta el fin. Resignóse pues.

Apoderóse al instante el cocinero de la pieza de venado, y se dispuso á despedazarla sobre una mesa apartada. Luego fué distribuido un pedazo á cada convidado. Todos lo encontraron escelente, y se estasiaron sobre su carne tierna; el mérito del cocimiento, y la habilidad culinaria de su preparacion, realzada con finas especias. No tocaron á su cabeza, pues quedó en medio de la mesa como un glorioso trofeo destinado para que apreciaran mejor la heróica accion de Catalina.

—Decidme amigos míos, dijo Enrique aparentando una alegría, que sus facciones parecían desmentir; quisiera saber, si los reverendos padres han festejado dignamente la parte de nuestra caza, que hice llevar á su convento. Esos buenos frailes, son ordinariamente tan sobrios, que un semejante regalo, habrá tal vez espantado su frugalidad!

—Señor, no hay tal cosa, respondió Santillana; los buenos padres han visto y comido muchos otros, y me atrevo á afirmar á V. A. que si algo embarazó á los reverendos, ha sido menos la cantidad, tamaño ó peso del venado, que la cuestion de saber como seria preparado y comido.

—Santillana, dijo el rey, creo verdaderamente que estás censurando la conducta de aquellos buenos religiosos?

—Ah señor! continuó el marqués; ahora veo que no conocéis lo que es el apetito de un fraile, ni menos el de un capuchino; y sobre todo, como tratan á uno en el convento. Conozco algo sobre el particular, y yo que tenia un tío prior en el convento de los Gerónimos de Madrid; muerto el buen padre en omi-

nion de santidad y frugalidad, y quien singularmente me edificó sobre dicho asunto.

Y así hablando, llegaron al momento de los postres, compuestos de frutas, confites, y luego, como entonces se decia, de pasteles, tortas, quesos, dulces y helados.

Don Andrés de Cabrera, quien hasta allí, sea reserva, táctica ó dignidad, habiase abstenido de hablar sin que por eso perdiese un bocado, muy al contrario; Cabrera, decimos pues, elevando su copa á la altura de su frente, pidió al rey permiso para beber á la sucesion de sus armas, como por la dichosa reconciliacion con los infantes.

— Con mucho placer, Cabrera, mi digno consejero, respondió ó mas bien balbuceó el rey, cuya palidéz aumentaba, y debilitándose siempre mas su voz; te lo concedo, repitió, puedes beber á todo lo que quieras, á mi salud, á la tuya, y á toda la compañía; bebe tambien á la de tus amores... en cuanto á mí ya no puedo mas...

— Señorita, dijo Guzman á Juanita; no advertís la palidéz del rey, y como se confunden sus ideas?

—No veis tambien, respondió Juanita, que S. A. se ha olvidado, y que dejó en el fondo de su copa un poco de su razon?

—Sí, dijo Cabrera, de pié con voz firme y teniendo su copa un poco levantada; si señores míos, brindo al triunfo de las armas de S. A. y sobretodo á su próxima y dichosa reconciliacion con los infantes de Aragon, á la cual debe aplaudir todo español amigo de su pais, y que ahora celebramos; brindo tambien á los ojos hermosos y rara sabiduría de la señorita condesa de Sandoval, quien por sus prudentes consejos contribuyó tan poderosamente para hacer tomar al rey esta generosa resolucion, necesaria á la prosperidad de España, como al apaciguamiento de los partidos; y brindo, en fin, á la confusion de los enemigos de la jóven Isabel...!

—Sí, si, bebe siempre, mi digno consejero; en cuanto á mí, te lo repito, ya no puedo mas, balbució Enrique agoviado, mientras que á su rededor los convidados asombrados no sabian si debian atribuir esa especie de prostracion á una embriaguéz mas ó menos completa ó á una indisposicion.

--Supongo, señores míos, continuó Cabrera, que no hay ningún leal español entre vosotros que pueda negarse á secundarme en el triple brindis que doy; así, pues, viva el rey! ¡Viva la infanta Isabel! ¡Viva la jóven y hermosa condesa de Sandoval! exclamó el tesorero.

--Sí, viva el rey! ¡Viva la infanta Isabel! ¡Viva la jóven y bella condesa de Sandoval! repitieron al instante varias voces á la vez.

--Muy bien, amigos míos, viva el rey! murmuró Enrique; en efecto, el rey tiene grande necesidad de vivir, porque se siente morir; pero el ruido de las conversaciones y de los vivas impidió oír estas últimas palabras. Luego, como si hubiese temido dejar ver su estado, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo de repente con una voz casi convulsiva:

Ea veamos, amigos míos, es menester divertirnos; ¿no hay aquí alguno que nos cante una canción...? Tú, Santillana, que respecto al espíritu y alegría nunca te encuentras en falta, canta alguna cosa.

--Dios mío! señor, dijo en este momento

ESPAÑA EN EL SIGLO XV. 14 T. II.

Catalina al rey advirtiendo su palidéz y aire entristecido, ¿estais indispuesto?

--¿Quién yo? esclamó Enrique enderezándose como si esta pregunta le hubiese ofendido; de ningun modo, al contrario, estoy muy bueno. Ea, pues, Santillana, no cantas?

--Estoy dispuesto á ello, señor, respondió el marqués, quien sin hacerse rogar preparóse á cantar sobre un tono español y con voz bastante agradable, unas coplas.

--¡Dios mio, cómo estoy padeciendo! murmuró Enrique con una voz apenas ininteligible, debilitándose nuevamente.

--Señores, dijo Santillana, os advierto que en mi cancion hay un coro y que será menester repetirlo conmigo; ahora, pues, escuchad....

Y el marqués empezó asi:

Aparte los fastidios,
Las zozobras y penas!
Vivan las largas noches,
Vivan las copas llenas!
Mientras que nos verterán
De este nectar celeste;

Amigos míos, por lo demás
Suceda lo que suceda..!

Y elevando todos sus copas repitieron en
coro los cuatro últimos versos.

--Sí, repitió á su turno Enrique, viva....
Viva.... y no pudo acabar, porque lo restan-
te de su frase se perdió en sonidos ininteli-
gibles.

--Decididamente, dijo en voz baja Lara á
Juanita, el rey está borracho.

Santillana replicó:

Pero cuando se acaba el dia,
Vivan nuestras andaluzas
Lánguidas de amor
Y de nosotros tan celosas!
Mientras que nos encanta
Su guapo y delicado pié;
Amigos, míos, por lo demás
Suceda lo que suceda..!

Como en la precedente copla repitieron el
estribillo, despues de lo cual Santillana re-
plicó:

Amar, beber y cantar
Debajo de los sicomoros,
Y valientemente llevar
Rudos golpes á los moros,
Mientras que relucirá
Favorable ó funesta
Una tal suerte..., Por lo demas
Suceda lo que suceda..!

Repitió el mismo coro con mas calor y vivacidad que antes.

Continuó Santillana:

Para perseguir en los bosques,
En los montes y llanura
El ciervo en su trance
O el gamo desalentado,
Mientras que Dios nos conceda
Aquellas comodidades....
Amigos míos, por lo demas
Suceda lo que suceda..!

Repitieron los convidados el estrivillo con mas fuerza que nunca. El estrépito de las voces pareció despertar á Enrique, quien por

una especie de escitacion galvánica murmuró tambien con voz entrecortada y apenas articulada:

—Sí, sí, amigos míos, suceda lo que suceda.

Y con las facciones comprimidas, el rostro abatido, pálido y descolorido, y retorciéndose bajo el esfuerzo de una apretura convulsiva volvió á caer en su abatimiento.

--La embriaguéz está completa, dijo Garcia.

--No, señores, exclamó el condestable, no es embriaguéz; es una verdadera indisposicion; sí, añadió contemplando al rey, S. A. está malo. Aquellas facciones descompuestas, su mortal palidéz, esos pálidos labios, y padecimientos que parece experimentar, todo eso digo que no es embriaguéz.

Un médico! Un médico! gritó al instante Cabrera; que vayan al instante á llamar el de S. A., el señor don Basilio Quesada, y mientras venga ayudaremos á trasportarlo á palacio.

En un instante se levantaron todos y se aprocsimaron al rededor del rey; bien se

puede imaginar el asombro y desorden que causó en la reunion este incidente inesperado.

Sus padecimientos aumentaban siempre; se hacian atroces, y bien pronto no pudo articular una palabra.

Pedro de Mudarra habia asistido en esta mudanza, de que solo poseia el secreto con una sangre fria que nada pudo atemorizar.

Habia consumado su crimen con una habilidad y destreza maravillosa,

El veneno que habia empleado, compuesto con aquel arte infernal de que solo los árabes é italianos tuvieron triple privilegio, de no tener olor ni color, y al contrario, dejar despues de bebido un cierto gusto bastante agradable. Era un polvo fino y blanco cuya composicion ignoramos pero que puesto en cualquiera bebida, se volatisaba, se incorporaba con ella, como el azúcar, la sal ó cualquier otro disolvente, cuya accion enérgica no era inmediata, pero que obraba solamente al cabo de un cierto tiempo.

Provisto de un pequeño tubo de cristal en donde estaba encerrado el veneno en suficiente cantidad, el Gitano habia podido introdu-

cirlo fácilmente en la bebida que servia al rey. Nadie en la algazara de la fiesta habíase apercebido de este manejo. Hecho el golpe, aprovechó el desorden y confusion que un semejante acontecimiento produjo en los convidados, se escapó, volvió á su casa, mudó de trage, se puso el sombrero, y embozado en una vasta capa, se fué inmediatamente hácia Juana que lo estaba esperando

Este desgraciado acontecimiento cambió en tristeza el gozo de todos los convidados. Al principio nadie sospechó de un envenenamiento.

Cada uno creyó que fuese alguna indisposicion pasagera de que habia sido súbitamente acometido. Lo llevaron al instante en unas andas á su aposento, ya como se puede pensar, la fiesta fué al momento interrumpida. Catalina acompañada de Cabrera y de la comitiva del rey, volvió á palacio, en donde llegaron pronto los médicos, que se apoderaron del príncipe casi moribundo.

Los otros personajes tristes y pensativos, volvieron á sus casas, pero el que parecia mas enternecido de todos, era el mismo convida-

por, el jóven marqués de Santillana, en cuya casa tuvo lugar la comida.

La mañana siguiente no se hablaba en Segovia y Madrid, sino de la extraordinaria indisposicion del rey. Pero fué mas vivamente escitada la curiosidad, quando ya no se dudaba que don Enrique habia sido víctima de un envenenamiento.

FIN DEL TOMO II.

3.500

~~2.700~~ 1.800

- AN

- LUI

- SXH